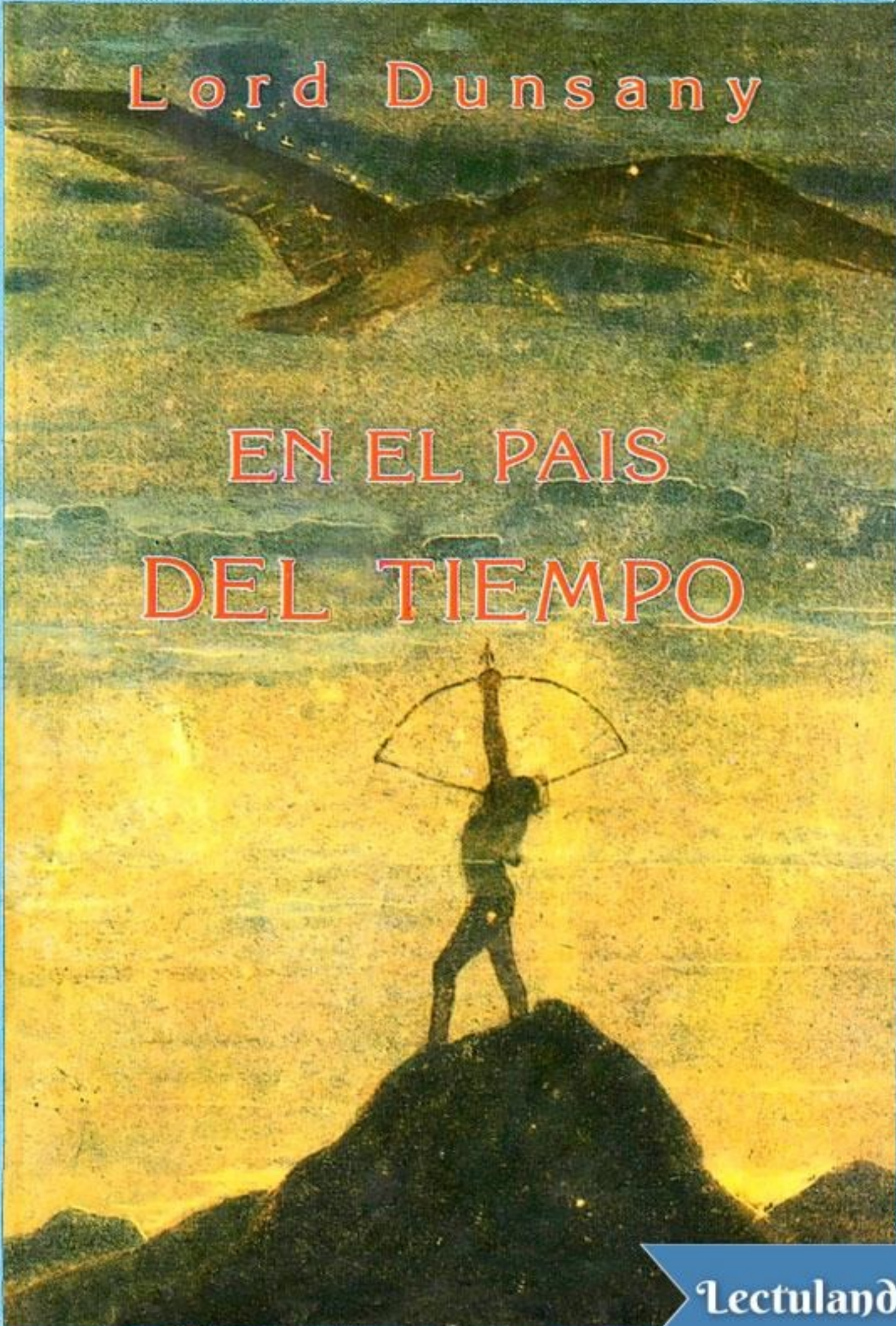




Lord Dunsany

EN EL PAIS
DEL TIEMPO

Lectulandia

La literatura, nos dicen, empieza por cosmogonías y mitos; Edward John Moreton Drax Plunkett, Lord Dunsany, ensayó con felicidad ambos géneros en *The Gods of Pegana* (1905) y *Time and the Gods* (1906). Se ha comparado la cosmogonía de Dunsany con la de William Blake, anterior en un siglo. Hay una diferencia esencial: la de Blake corresponde a una renovación total de la ética, que procede de Swedenborg y que Nietzsche prolongará; la de Lord Dunsany, a un libre y gozoso juego de la imaginación.

Matthew Arnold, en 1867, había declarado que lo esencial de la literatura celta es el sentimiento mágico de la naturaleza; la obra de Dunsany confirmaría espléndidamente esa aseveración.

En 1921 manifestó: «No escribo nunca sobre las cosas que he visto; escribo sobre las que he soñado».

JORGE LUIS BORGES

Lectulandia

Lord Dunsany

El país del tiempo

El ojo sin párpado - 8

ePub r1.0

Titivillus 17.01.15

Título original: *The Estate of Lord Dunsany*

Lord Dunsany, 1905

Traducción: Francisco Torres Oliver

Ilustración de cubierta: *Sagitario*, del ciclo “Los signos del Zodiaco” de Konstantinas Ciurlionis

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRELIMINAR

DIGAMOS, en primer lugar, que ésta es una selección incompleta. Es verdad que casi todas lo son en cierto modo; pero la que ofrecemos ahora lo es por una razón particular: la idea inicial era ofrecer un conjunto de relatos extraídos de los ocho primeros libros que lord Dunsany publicó entre 1905 y 1919, y que constituyen, como toda la crítica reconoce, la parte más original de su obra: The Gods of Pegana, Time and the Gods, The Sword of Welleran, A Dreamer's Tales, The Book of Wonder, Fifty-One Tales, Tales of Wonder, y Tales of Three Hemispheres. Sin embargo, ha habido que descartar A Dreamer's Tales (Cuentos de un soñador), dado que este libro ha aparecido ya dos veces en castellano, y que el número 27 de La Biblioteca de Babel recoge seis de sus mejores cuentos.

Esta exclusión ha permitido, sin embargo, insertar dos cuentos inolvidables: “La torre vigía” y “El hombre de los pendientes de oro”. Invitamos al lector a ir directamente a ellos, y a que juzgue por sí mismo.

Por lo demás, hemos agrupado los cuentos en dos apartados, con los títulos de LOS DIOSES Y LOS ESPECTROS, de acuerdo con el elemento predominante en ellos.

El primero comprende Los dioses de Pegana (1905) y ocho cuentos de Time and the Gods (1906); forman una secuencia más o menos coherente, y giran en torno al origen de los dioses y a la creación de “los mundos”. Ambos temas ejercieron una poderosa fascinación en lord Dunsany, sobre todo al principio; y no tardaron la magia y el misterio de sus visiones cosmogónicas en influir considerablemente en cierto número de escritores, cuyos relatos se tiñeron en seguida de matices dunsanianos. Cómo no recordar, aquí, el caso llamativo de Lovecraft.

El segundo apartado, los espectros, contiene diecinueve cuentos: cuatro pertenecen a The Sword of Welleran (1908), dos a The Book of Wonder (1912), dos a Fifty-One Tales (1914), siete a Tales of Wonder (1916), y cuatro a Tales of Three Hemispheres (1919).

Lord Dunsany es autor también de novelas con la misma atmósfera de poética fantasía que los cuentos (Don Rodríguez, The King of Elfland's Daughter, The Charwoman's Shadow, The Blessings of Pan), así como de gran cantidad de poemas, canciones, obras de teatro, ensayos y autobiografías.

Pero —ya lo hemos dicho— son sus cuentos, a menudo muy breves, lo más original de su producción. Esta selección pretende ser una muestra.

F. Torres Oliver

LOS DIOSES

LOS DIOSES DE PEGANA^[1]

PREFACIO

Hay islas en el Mar Central, cuyas aguas no confina ningún litoral ni surca nave alguna: ésa es la fe de su pueblo.

EN las brumas anteriores al Comienzo, el Destino y el Azar echaron suertes para decidir a quién tocaba jugar; y el ganador traspuso las brumas, fue a MANA-YOOD-SUSHAI, y dijo: «Ahora haz dioses para Mí, pues he ganado, y he de ser Yo el que Juegue». Quién había ganado, y si fue el Destino o el Azar quien traspuso las brumas anteriores al Comienzo y fue ante MANA-YOOD-SUSHAI, nadie lo sabe.

Antes de que los dioses ocupasen el Olimpo, y de que Alá fuese Alá, había trabajado MANA-YOOD-SUSHAI, y se había retirado a descansar.

En Pegana están Mung, Sish y Kib, y el hacedor de todos los dioses menores, que es MANA-YOOD-SUSHAI. Además, creemos en Roon y en Slid.

Y se dice de antiguo que todas las cosas que han existido y existen han sido hechas por los dioses menores; con la sola excepción de MANA-YOOD-SUSHAI, que hizo a los dioses y descansa desde entonces.

Y nadie puede rezar a MANA-YOOD-SUSHAI, sino sólo a los dioses que él ha hecho.

Pero al Final, MANA-YOOD-SUSHAI olvidará su descanso, y volverá a hacer nuevos dioses y otros mundos, y destruirá a los dioses que ha hecho.

Y desaparecerán los dioses y los mundos, y sólo quedará MANA-YOOD-SUSHAI.

DE SKARL, EL TAÑEDOR DEL TAMBOR

CUANDO MANA-YOOD-SUSHAI hubo hecho a los dioses y a Skarl, Skarl se hizo un tambor, y se puso a batirlo como si fuese a hacerlo eternamente. Entonces MANA-YOOD-SUSHAI, fatigado de hacer a los dioses, y del constante batir de tambor de Skarl, sintió sueño y se durmió.

Y cuando los dioses vieron descansar a MANA enmudecieron, y el silencio se extendió por toda Pegana, salvo el batir de tambor de Skarl. Skarl está sentado sobre la bruma, a los pies de MANA-YOOD-SUSHAI, y encima de los dioses de Pegana; allí bate su tambor. Algunos dicen que los Mundos y los Soles no son sino ecos del

tambor de Skarl; otros dicen que son los sueños que el batir de tambor de Skarl suscita en el espíritu de MANA, como los que tiene aquel cuyo descanso turba el rumor de una canción. Pero nadie lo sabe con certeza; pues, ¿quién ha oído la voz de MANA-YOOD-SUSHAI, o quién ha visto a su tañedor de tambor?

Sea invierno o verano, sea de mañana o de noche en los Mundos, Skarl bate constantemente su tambor; pues aún no se han cumplido los designios de los dioses. A veces se cansa el brazo de Skarl; sin embargo, no cesa de batir el tambor para que los dioses puedan hacer su trabajo de dioses, y sigan girando los mundos; pues si lo deja un solo instante, despertará MANA-YOOD-SUSHAI, y los mundos y los dioses dejarán de existir.

Pero cuando al fin el brazo de Skarl deje de batir su tambor, el silencio sobresaltará a toda Pegana como el trueno en una caverna, y acabará el descanso de MANA-YOOD-SUSHAI.

Entonces Skarl se echará a la espalda el tambor, y emprenderá su camino hacia el vacío que hay más allá de los mundos; pues será EL FIN, y el trabajo de Skarl habrá terminado.

Quizá surja otro dios al que Skarl pueda servir; o puede que perezca, si no. Pero eso no importa a Skarl, porque habrá cumplido el trabajo de Skarl.

DE LA CREACION DE LOS MUNDOS

CUANDO MANA-YOOD-SUSHAI hubo hecho a los dioses, sólo había dioses, y se hallaban en medio del Tiempo; pues tenían tanto Tiempo delante como detrás, el cual carecía de fin y de principio.

Y Pegana estaba sin calor, y sin luz, y sin sonido, salvo el constante batir de tambor de Skarl; por lo demás, Pegana ocupaba el Centro de Todas las Cosas, pues había debajo de Pegana lo mismo que encima de ella, y delante se extendía lo mismo que detrás.

Entonces hablaron los dioses —haciendo los signos de los dioses y expresándose con la mano, no fuese a ruborizarse el silencio de Pegana—, y se dijeron, hablando con las manos: «Hagamos mundos para divertirnos mientras MANA descansa. Hagamos mundos, y Vida y Muerte, y colores en el cielo; pero cuidemos de no quebrar el silencio que hay sobre Pegana».

Entonces, alzando la mano cada dios según su signo, hicieron los mundos y los soles, y encendieron una luz en cada casa del cielo.

A continuación se dijeron los dioses: «Hagamos a uno que busque, que busque y no encuentre jamás, el porqué de la creación de los dioses».

Y alzando la mano cada cual según su signo, hicieron al Lucífero, de cola llameante, para que buscase de un extremo al otro de los mundos, y regresase pasados

cien años.

Hombre: cuando veas el cometa, sabe que hay otro que busca, además de ti, que tampoco encontrará.

Entonces dijeron los dioses, hablando otra vez con las manos: «Haya ahora una Vigilante que observe».

E hicieron la Luna, con la cara arrugada de montañas y surcada por mil valles, para que observase con ojos pálidos el juego de los dioses menores, y se encargase de vigilar el descanso de MANA-YOOD-SUSHAI, de mirar y observar todas las cosas, y permaneciese en silencio.

Luego se dijeron los dioses: «Hagamos a una que esté quieta. A una que no busque como el cometa, que no orbite como los mundos, que descansa mientras MANA descansa».

E hicieron la Estrella Permanente, y la pusieron en el Norte.

Hombre: cuando veas en el Norte la Estrella Permanente, sabe que esa estrella descansa como MANA-YOOD-SUSHAI, y que en algún lugar entre los Mundos hay descanso.

Por último se dijeron los dioses: «Hemos hecho mundos y soles, y a uno que busque y a otra que observe; hagamos ahora a alguien que se pregunte».

Y alzando cada dios la mano según su signo, hicieron la Tierra para que se preguntase.

Y la Tierra Existió.

DEL JUEGO DE LOS DIOSSES

UN millón de años transcurrió con el primer juego de los dioses. Y aún descansaba MANA-YOOD-SUSHAI en medio del Tiempo, mientras los dioses jugaban con los Mundos. La Luna observaba, y el Lucífero buscaba y regresaba de su búsqueda.

Entonces Kib se cansó del primer juego de los dioses; y alzó su mano en Pegana, haciendo el signo de Kib, y la Tierra se pobló de animales con que jugar Kib.

Y Kib jugó con los animales.

Pero los otros dioses se dijeron, hablando con la mano: «¿Qué ha hecho Kib?»

Y preguntaron a Kib: «¿Qué son esos seres que se mueven sobre La Tierra, aunque no en círculos como los Mundos, y que, sin embargo, no brillan?»

Y Kib dijo: «Son Vida».

Pero los dioses se dijeron: «Si Kib ha hecho animales, con el tiempo hará Hombres, y pondrá en peligro el secreto de los dioses».

Y Mung tuvo celos de la obra de Kib, y envió a la Muerte entre los animales; pero no pudo aniquilarlos.

Un millón de años transcurrió con el segundo juego de los dioses, y aún era la Mitad del Tiempo.

Y Kib se cansó de este segundo juego, y alzó la mano en El Centro de Todas las Cosas, haciendo el signo de Kib, e hizo a los Hombres; de los animales los hizo, y la Tierra se pobló de Hombres.

Entonces los dioses tuvieron gran temor por la suerte que podía correr el Secreto de los dioses, y extendieron un velo entre el Hombre y lo que ignoraban, para que no pudiese comprender. Y Mung encontró ocupación entre los Hombres.

Pero cuando los otros dioses vieron a Kib jugar a su nuevo juego, acudieron a jugar también. Y seguirán haciéndolo hasta que MANA se levante para amonestarles, diciendo: «¿Qué hacéis jugando con los Mundos y los Soles y los Hombres y la Vida y la Muerte?» Y entonces se avergonzarán de jugar en la hora de la risa de MANA-YOOD-SUSHAI.

Fue Kib el primero que quebró el Silencio de Pegana, hablando con la boca como un hombre.

Y todos los dioses se enojaron con Kib, porque había hablado con la boca.

Y ya no hubo silencio en Pegana ni en los Mundos.

EL CÁNTICO DE LOS DIOSES

SE elevó la voz de los dioses, entonando el cántico de los dioses; y cantaron: «Nosotros somos los dioses: somos los pequeños juguetes de MANA-YOOD-SUSHAI, que ha jugado y ha olvidado.

»MANA-YOOD-SUSHAI nos ha hecho, y Nosotros hemos hecho los Mundos y los Soles.

»Y jugamos con los Mundos y los Soles y la Vida y la Muerte, hasta que MANA se levante para amonestarnos, y nos diga: “¿Qué hacéis jugando con los Mundos y los Soles?”

»Es muy grave que haya Mundos y Soles; sin embargo, aún es más mortificante la risa de MANA-YOOD-SUSHAI.

»Y cuando deje, al Final, su descanso, y se ría de nosotros por jugar con los Mundos y los Soles, nos apresuraremos a esconderlos detrás de nosotros, y no habrá más Mundos».

LAS PALABRAS DE KIB (SENDERO DE LA VIDA DE TODOS LOS MUNDOS)

DIJO Kib: «Yo soy Kib. No soy otro que Kib.

»Kib es Kib. Kib es él y no otro. ¡Creedlo!»

Kib habló cuando el Tiempo era primevo, cuando era verdaderamente primordial, y sólo existía MANA-YOOD-SUSHAI. MANA-YOOD-SUSHAI fue antes del principio de los dioses, y será después que ellos se hayan ido.

Y dijo Kib: «Después que se vayan los dioses, no habrá mundos pequeños ni grandes».

Dijo Kib: «MANA-YOOD-SUSHAI estará solo. Porque así está escrito, ¡creedlo! Pues, ¿acaso no está escrito, o acaso sois más grandes que Kib? Kib es Kib».

ACERCA DE SISH (DESTRUCTOR DE LAS HORAS)

EL Tiempo es el perro sabueso de Sish.

A una orden de Sish, las horas corren delante de él cuando marcha por su camino.

Jamás ha dado Sish un paso atrás, ni se ha demorado; jamás se ha ablandado por cosas que conoció en otro tiempo, ni volvió otra vez sobre ellas.

Delante de Sish marcha Kib, y detrás va Mung.

Muy agradables son las cosas ante el rostro de Sish; pero detrás de él, todas se ajan y envejecen.

Y Sish prosigue sin pausa su camino.

Una vez anduvieron los dioses sobre la Tierra como andan los Hombres, y hablaron con la boca como ellos. Eso fue en Wornath-Mavai. Ahora no andan ya.

Y Wornath-Mavai era un jardín más hermoso que todos los jardines de la Tierra.

Kib se mostraba propicio con él, y Mung no levantaba la mano en su contra, ni Sish lo acometía con sus horas.

Wornath-Mavai está en un valle que mira hacia el sur. Y en las laderas de ese valle descansó Sish, entre las flores, cuando Sish era joven.

De allí entró Sish en el mundo para destruir las ciudades, y azuzar a sus horas a fin de que lo atacasen todo, y lo enmoheciesen con el polvo y la herrumbre.

Y el Tiempo, que es el perro de Sish, devoró todas las cosas; y Sish hizo que creciera la yedra, y propagó la maleza, y la mano de Sish derramó polvo, cubriéndolo todo solemnemente. Sólo dispensó al valle, donde Sish se había solazado cuando él y el Tiempo eran jóvenes, de los ataques de sus horas.

Allí sujetó a su viejo perro, el Tiempo; y en sus límites detuvo Mung sus pasos.

Aún mira Wornath-Mavai hacia el sur, jardín entre los jardines; aún crecen flores en sus laderas, como crecían cuando los dioses eran jóvenes; aún revolotean mariposas, también, en Wornath-Mavai. Pues el espíritu de los dioses es clemente con

sus recuerdos primeros, aunque no lo es con todo lo demás.

Aún mira Wornath-Mavai hacia el sur. Y si alguna vez lo encuentras tú, serás más afortunado que los dioses, pues ellos ya no están allí.

Una vez, el profeta creyó divisar a lo lejos, más allá de las montañas, un jardín hermosísimo y florido; pero le salió al paso Sish, le señaló con la mano, y mandó a su perro sabueso que le persiguiese; y desde entonces no ha cesado de correr tras él.

El Tiempo es el perro de los dioses; pero se ha dicho que un día se volverá contra sus amos, y tratará de matarlos a todos excepto a MANA-YOOD-SUSHAI, cuyos sueños son los dioses mismos... soñados hace mucho tiempo.

LAS PALABRAS DE SLID (CUYA ALMA ESTÁ EN EL MAR)

SLID dijo: «Que nadie rece a MANA-YOOD-SUSHAI; pues, ¿quién está autorizado a turbar a MANA con quejas mortales, ni a molestarle con las aflicciones de todas las moradas de la Tierra?

»Que no se haga tampoco sacrificio ninguno a MANA-YOOD-SUSHAI; pues, ¿qué gloria encontrará él en el sacrificio, ni en los altares que los dioses se han erigido a sí mismos?

»Reza a los dioses menores, que son dioses de la Acción; pues MANA es el dios de lo que Está Hecho: el dios de Lo Hecho y del Descanso.

»Reza a los dioses menores, y ten esperanza en ser escuchado. Sin embargo, ¿qué clemencia pueden tener los dioses menores, cuando son ellos los que han hecho la Muerte y el Dolor; o cómo van a sujetar a su viejo perro, el Tiempo, por ti?

»Slid es sólo un dios menor. Sin embargo, Slid es Slid: así está escrito y se ha dicho.

»Reza, pues, a Slid, y no olvides a Slid; tal vez así se acuerde él de enviarte la Muerte cuando más la necesites».

Y dijeron los Pueblos de la Tierra: «Hay una melodía sobre la Tierra, como de diez mil arroyos cantando juntos de añoranza por el hogar que dejaron en los montes».

Y dijo Slid: «Yo soy el Señor de las aguas que corren, y de las que se agitan y forman espuma, y de las quietas. Yo soy el Señor de todas las aguas del mundo, y de las que guardan los largos ríos en los montes; pero el alma de Slid está en el Mar. A él va a parar todo lo que se desliza sobre la Tierra, y el término de todos los ríos es el Mar».

Y dijo Slid: «Las manos de Slid han jugado con las cataratas, sus pies han hollado el fondo de los valles, y sus ojos miran desde los lagos de las llanuras; pero el alma de Slid está en el Mar».

Gran homenaje recibe Slid en las ciudades de los hombres; gratos son los senderos de los bosques y los caminos de las llanuras, y mucho más los altos valles entre los montes donde danza; pero a Slid no le sujetan diques ni fronteras... por ello, su alma está en el Mar.

Allí puede Slid descansar bajo el sol, y sonreír, con todas las sonrisas de Slid, a los dioses que están encima de él, y ser un dios más dichoso que los dioses que gobiernan los Mundos, de cuyas manos salieron la Vida y la Muerte.

Allí puede estar, y sonreír, y deslizarse entre las naves, o gemir y suspirar alrededor de las islas con gran contento... dueño codicioso de una fortuna más cuantiosa en perlas y rubíes que la que puedan sumar todas las fábulas.

O puede arrojar sus armas tremendas, cuando se siente exultante, o sacudir su cabeza poderosa de innumerables brazas de balanceante cabellera, y entonar con voz tumultuosa los cantos fúnebres de los naufragios, y sentir en todo su ser el peso aplastante de Slid y el balanceo del mar. Entonces el mar, como una legión venturosa que en vísperas de la batalla expresa su júbilo aclamando a su jefe, concentra su fuerza bajo todos los vientos, y ruga y canta y avanza y arremete ansioso por dominar todas las cosas... obediente a la voz de mando de Slid, cuya alma está en el Mar.

Hay tranquilidad en el alma de Slid, y calma en el mar; hay también tormentas en el mar, y desasosiego en el alma de Slid, pues los dioses tienen muchos estados de ánimo. Slid está en muchos lugares, ya que mora en la alta Pegana. También anda Slid a lo largo de los valles, por donde las aguas discurren o se estancan; pero la voz y el grito de Slid vienen del Mar. Y aquél a quien le llega ese grito debe de necesitar seguir y seguir, y abandonar todo lo estable, y unirse a Slid para siempre, y vivir con todos los estados de ánimo de Slid, y no hallar descanso hasta que Slid llegue al Mar. Con la llamada de Slid delante, y los montes originales detrás, han marchado cien mil hasta el mar, sobre cuyos huesos llora Slid con la voz del dios que llora por su pueblo. Incluso los arroyos de las tierras interiores han oído el grito remoto de Slid, y todos juntos han abandonado prados y arboledas para dirigirse a donde Slid se recoge, y gozar donde goza Slid, cantando el canto de Slid, igual que se juntarán al Final todas las Vidas de los Pueblos a los pies de MANA-YOOD-SUSHAI.

LOS HECHOS DE MUNG (SEÑOR DE TODAS LAS MUERTES ENTRE PEGANA Y EL BORDE)

UNA vez, recorriendo Mung la Tierra y sus ciudades y llanuras, topó con un hombre que se asustó cuando le dijo: «¡Yo soy Mung!»

Y dijo Mung: «¿Acaso te fueron insoportables los cuarenta millones de años anteriores a tu venida?»

Y dijo Mung: «¡No menos soportables te van a ser los cuarenta millones de años

que vendrán después!»

Entonces hizo Mung el signo de Mung contra él, y la Vida del Hombre dejó de estar atada de pies y manos.

Al final del vuelo de la saeta está Mung, así como en las moradas y ciudades de los Hombres. Mung camina por todos los lugares y en todos los tiempos. Pero casi siempre prefiere hacerlo en la oscuridad y el silencio, envuelto en las brumas de los ríos, cuando el viento ha calmado, poco antes de que la noche se cruce con la madrugada en el camino que hay entre Pegana y los Mundos.

A veces Mung entra en la casa del pobre; también se inclina profundamente ante El Rey. Entonces hace que las Vidas del pobre y del Rey viajen entre los Mundos.

Y dijo Mung: «Muchas son las vueltas que tiene el camino que Kib ha asignado a cada hombre sobre la Tierra. Detrás de una de esas vueltas acecha Mung».

Andaba, un día, un hombre por el camino que Kib había dispuesto para él, cuando topó súbitamente con Mung. Y cuando Mung dijo: «¡Yo soy Mung!», el hombre exclamó: «¡Desdichado de mí, que he escogido este camino; pues de haber seguido cualquier otro, no me habría tropezado con Mung!»

Y Mung dijo: «Si hubieses podido ir por otro camino, entonces el Plan de las Cosas habría sido otro, y los dioses habrían sido otros dioses. Cuando MANA-YOOD-SUSHAI deje su descanso y haga nuevos dioses, quizá te envíen Ellos otra vez a los Mundos; entonces puede que elijas otro camino, y que no te encuentres con Mung».

Seguidamente, Mung hizo el signo de Mung. Y la Vida de aquel hombre, con todas las penas de ayer, y todos sus viejos sufrimientos y cosas olvidadas, fueron... a donde Mung sabe.

Y prosiguió Mung su tarea de separar la Vida de la carne, y dio con otro hombre que se sintió desfallecer de angustia al ver la sombra de Mung. Pero Mung le dijo: «Cuando, al signo de Mung, tu vida se aleje flotando, desaparecerá también tu sufrimiento, al abandonarlo». Pero el hombre exclamó: «¡Oh, Mung!, espera un poco y no hagas *ahora* el signo de Mung contra mí, pues tengo familia en la Tierra en la que perdurará el dolor, aunque a mí me desaparezca por el signo de Mung».

Y dijo Mung: «Para los dioses, ahora es Ahora. Y antes de que Sish haya desterrado muchos años, el dolor de tu familia por ti habrá emprendido tu mismo camino». Y el hombre vio a Mung hacer el signo de Mung ante sus ojos, que no volvieron a ver más.

EL CÁNTICO DE LOS SACERDOTES

*Éste es el cántico de los Sacerdotes,
De los Sacerdotes de Mung.*

Éste es el cántico de los Sacerdotes.

Todo el día claman a Mung, pero Él no escucha. ¿De qué valen, pues, las plegarias del Pueblo?

Antes bien, traed ofrendas a los Sacerdotes, a los Sacerdotes de Mung.

De ese modo clamarán más fuerte a Mung de lo que suelen.

Y quizá les oiga Mung.

Ya no caerá, entonces, la Sombra de Mung sobre las esperanzas del Pueblo.

Ya no oscurecerá el Paso de Mung los sueños del Pueblo.

Ya no se desasirán las vidas del Pueblo a causa de Mung.

Traed ofrendas a los Sacerdotes, a los Sacerdotes de Mung.

Éste es el cántico de los Sacerdotes.

Es cántico de los Sacerdotes de Mung.

Éste es el cántico de los Sacerdotes.

LAS PALABRAS DE LIMPAN-TUNG (DIOS DEL JÚBILO Y DE LOS MÚSICOS MELODIOSOS)

Y dijo Limpan-Tung: «Los caminos de los dioses son extraños. La flor crece y la flor se desvanece. Quizá sea ésa una sabia disposición de los dioses. El hombre crece desde su nacimiento, y muere un tiempo después. Quizá sea una medida muy sabia también.

»Pero los dioses juegan de acuerdo con un extraño plan.

»Enviaré bromas al mundo y un poco de alegría. Y mientras la Muerte se te antoje lejana como el borde púrpura de las colinas, y la tristeza tan ajena como la lluvia en los días azules del verano, reza a Limpan-Tung. Pero cuando seas viejo, o vayas a morir, no reces a Limpan-Tung; porque habrás pasado a formar parte de un plan que él no comprende.

»Sal a la noche estrellada, y Limpan-Tung danzará contigo como ha danzado desde que los dioses eran jóvenes; él, dios del júbilo y de los músicos melodiosos. U ofrécele una broma a Limpan-Tung; pero no le reces cuando te embargue la tristeza; pues dice de la tristeza: “Quizá es una sabia disposición de los dioses”; pero no la entiende».

Y dijo Limpan-Tung: «Yo estoy por debajo de los dioses; así, pues, reza a los dioses menores, no a Limpan-Tung.

»Sin embargo, a pesar de que entre Pegana y la Tierra fluctúan diez mil millares de plegarias que agitan sus alas contra el rostro de la Muerte, jamás ha sido sujeta la mano de La que Golpea, ni han sido retardados los pasos de la Inexorable en favor de ninguna de ellas.

»¡Pronuncia tu plegaria! Quizá tenga efecto, aunque hayan fracasado esos diez

mil millares.

»Limpan-Tung está por debajo de los dioses, y no comprende».

Y dijo Limpan-Tung: «Para que los hombres de los grandes Mundos no se aburran de mirar siempre un cielo inmutable, pintaré colores en él. Y lo pintaré dos veces al día, mientras los días duren. Tan pronto como surja la luz en los hogares del alba, pintaré sobre el Azul para que los hombres puedan ver mis colores y se deleiten en ellos; y antes de que el día se hunda en la noche, volveré a pintar sobre el Azul, no vayan los hombres a caer en la tristeza».

«Algo es —dijo Limpan-Tung—, incluso para un dios, proporcionar algún placer a los hombres de los Mundos». Y Limpan-Tung ha jurado que jamás serán iguales los cuadros que él pinte mientras haya días; y lo ha jurado con el juramento de los dioses de Pegana, que ningún dios puede quebrantar, con la mano sobre el hombro de cada uno de los dioses, y por la luz que hay detrás de los ojos de todos ellos.

Limpan-Tung ha sonsacado a los ríos con engaño una melodía, y ha robado un himno a los bosques; por él ha gemido el viento en parajes solitarios, y ha entonado el océano sus cantos fúnebres.

Hay música para Limpan-Tung en el rumor de la yerba que se mueve, en la voz de las gentes que se quejan, y en los gritos de los que gozan.

En un territorio montañoso del interior jamás hollado, ha tallado en roca los tubos de su órgano; y allí, cuando sus siervos los vientos acuden de todas partes, ejecuta la melodía de Limpan-Tung. Pero la música, elevándose en la noche, corre como un río y serpea por el mundo, y se oye aquí y allá, entre los pueblos de la tierra; y al punto, todo ser que tiene voz entona el mismo canto a su alma.

Otras veces, caminando en la oscuridad con pasos inaudibles para el hombre, y bajo una forma invisible a los ojos humanos, Limpan-Tung recorre los mundos; y, deteniéndose detrás de los músicos, en las ciudades de canción, agita las manos por encima de ellos; y los músicos se inclinan, ocupados en su menester, mientras se eleva la voz de la música; y entonces rebosa de melodía y de júbilo esa ciudad de canción, y nadie ve a Limpan-Tung erguido detrás de los músicos.

Pero envuelto en brumas, hacia el amanecer, cuando los músicos aún duermen a oscuras, y descansan el júbilo y la melodía, Limpan-Tung regresa a su tierra montañosa.

DE YOHARNETH-LAHAI (DIOS DE LOS PEQUEÑOS SUEÑOS Y FANTASIAS)

YOHARNETH-LAHAI es el dios de los pequeños sueños y fantasías.

Todas las noches envía pequeños sueños de Pegana a las gentes de la Tierra para deleitarlas.

Envía pequeños sueños al pobre y al Rey.

Tanto se afana en enviar sueños a todos, antes de que la noche termine, que olvida quién es el pobre y quién el Rey.

Aquél a quien Yoharneth-Lahai no lleva pequeños sueños y descanso, debe soportar toda la noche las burlas de los dioses en Pegana con sus risas más sonoras.

A lo largo de la noche, Yoharneth-Lahai difunde la paz por las ciudades, hasta la hora del alba y de la partida de Yoharneth-Lahai, momento en que los dioses comienzan a jugar de nuevo con los hombres.

Si son falsos los sueños y fantasías de Yoharneth-Lahai y reales las Cosas que acontecen durante el Día, o falsas las Cosas del Día y ciertos los sueños y fantasías de Yoharneth-Lahai, es algo que nadie sabe salvo MANA-YOOD-SUSHAI, *que no ha hablado*.

DE ROON, DIOS DE LA ANDADURA (Y DE LOS MIL DIOSES DOMÉSTICOS)

ROON dijo: «Hay dioses del movimiento y dioses de la inmovilidad; pero yo soy el dios de la Andadura».

Es por Roon, por lo que los Mundos jamás se detienen; pues las lunas y los mundos y el cometa se mueven por el espíritu de Roon, que dice: «¡Anda! ¡Anda! ¡Anda!»

Roon topó con los Mundos en el mismo amanecer de las Cosas, antes de que hubiese luz sobre Pegana; y Roon danzó ante ellos en el Vacío, y no han vuelto a estar inmóviles desde ese instante. Roon envía todas las aguas al Mar, y todos los ríos al alma de Slid.

Hace Roon el signo de Roon ante las aguas, y he aquí que éstas abandonan las montañas; y Roon ha hablado al Viento del Norte en el oído para que no permanezca quieto nunca más.

Se han oído los pasos de Roon, al anochecer, alrededor de las casas de los hombres, y desde entonces no conocen el sosiego y la estabilidad. Por delante de ellas pasa el camino a todas las tierras, a lo largo de millas, sin un descanso entre el lugar de nacimiento y la sepultura... y todo por mandato de Roon.

A Roon no le han puesto límites las Montañas, ni confines todos los mares.

A donde Roon quiere, allí ha de ir el pueblo de Roon, y los mundos con sus ríos y sus vientos.

Yo he oído el susurro de Roon, al anochecer, que decía: «Hay islas de las especias en el Sur», y la voz de Roon diciendo: «Ve».

Y dijo Roon: «Hay mil dioses domésticos, dioses pequeños que permanecen sentados ante el hogar y cuidan del fuego... Pero hay un *solo* Roon».

Roon dice en un susurro, en un susurro que nadie oye, cuando el sol está muy bajo: «¿Qué hace MANA-YOOD-SUSHAI?» Roon no es un dios al que se puede adorar junto a la chimenea, ni será benevolente con tu casa.

Ofrece tu esfuerzo y tu diligencia a Roon, cuyo incienso es el humo de los fuegos de campamento del Sur, cuya canción es el rumor de la marcha, y cuyos templos se elevan más allá de las colinas más lejanas, en su territorio detrás del Este.

Yarinareth, Yarinareth, Yarinareth, que significa Más Allá: estas palabras están escritas con letras de oro en el arco del gran pórtico del Templo de Roon, que los hombres han construido mirando hacia Oriente, sobre el Mar, y que guarda una efígie de Roon en forma de gigante tocando la trompeta, con la cual señala hacia Oriente, más allá de los Mares.

Quienquiera que oye su voz, la voz de Roon al anochecer, al punto abandona a los dioses domésticos sentados en torno al hogar. Éstos son los dioses del hogar: Pitsu, que acaricia al gato; Hobit, que sosiega al perro; y Habaniah, señor de las ascuas ardientes; y el pequeño Zumbiboo, señor del polvo; y Gribaun, que se sienta en el mismo hogar para convertir la leña en ceniza... todos éstos son dioses domésticos, y no viven en Pegana, y son inferiores a Roon.

También está Kilooloogung, Señor del Humo Ascendente, el cual recoge el humo de las chimeneas y lo envía hacia el cielo, y se siente satisfecho cuando llega a Pegana, de manera que los dioses de Pegana, hablando entre sí, puedan decir: «Kilooloogung cumple el trabajo de Kilooloogung en la tierra».

Todos ellos son dioses tan pequeños que su estatura es inferior a la humana; pero son dioses que gusta tener junto al fuego; y los hombres han rezado a menudo a Kilooloogung, diciendo: «Tú, cuyo humo se eleva hasta Pegana: manda con él nuestras plegarias, que puedan oírlas los dioses». Y Kilooloogung, a quien place que recen los hombres, se despereza en su ascenso, tenue y gris, con los brazos en alto, y manda a su siervo el humo que suba hasta Pegana, a fin de que los dioses de Pegana puedan saber que las gentes les rezan.

Y Jabim es el Señor de las Cosas Rotas, y está sentado detrás de la casa donde llora las cosas que se desechan. Allí seguirá llorando por todo lo que se estropea hasta el fin de los mundos, o hasta que alguien venga a repararlas. O, a veces, se sienta a la orilla del río a llorar por las cosas olvidadas que el río arrastra en su superficie.

Un dios amable es Jabim, cuyo corazón se aflige cuando algo se pierde.

También está Triboogie, Señor del Crepúsculo, cuyos hijos son las sombras, el cual está sentado en un rincón, apartado de Habaniah, y no habla con nadie. Pero una vez que Habaniah se ha retirado a dormir, y el viejo Gribaun ha parpadeado cien veces hasta olvidar qué es la leña y qué la ceniza, Triboogie manda a sus hijos que anden por la habitación y dancen por las paredes, pero que no turben el silencio.

Pero cuando vuelve la luz a los mundos, y llega bailando el alba por el camino de Pegana, entonces Triboogie se retira a su rincón con sus hijos, como si nunca hubiesen danzado por la habitación. Y vienen los esclavos de Habaniah y del viejo

Gribaun, y los despiertan de su sueño sobre el hogar; y Pitsu acaricia al gato, y Hobit tranquiliza al perro, y Kilooloogung estira los brazos hacia Pegana, mientras Triboogie se sosiega y sus hijos se echan a dormir.

Y cuando oscurece, a la hora de Triboogie, sale Hish del bosque con sigilo, Señor del Silencio cuyos hijos son los murciélagos, los cuales han quebrantado el mandato de su padre, aunque en voz siempre muy baja. Hish acalla los rumores de la noche; apaga todos los ruidos. Sólo el grillo se rebela. Pero Hish ha arrojado un hechizo sobre él, de manera que cuando haya cantado mil veces, su voz dejará de oírse y se convertirá en parte del silencio.

Y después de matar los ruidos, Hish se inclina profundamente en el suelo. Entonces entra en la morada, sin un susurro de pies, el dios Yoharneth-Lahai.

Pero allá, en el bosque remoto de donde ha venido Hish, despierta en su madriguera Wohoon, Señor de los Ruidos de la Noche, y sale reptando y recorre el bosque para ver si es cierto que Hish no está.

Entonces, en algún valle frondoso, Wohoon eleva su voz, y grita, de modo que toda la noche pueda saber que es él, Wohoon, quien anda ahora por el bosque. Y el lobo y el zorro y el búho, y las grandes y pequeñas alimañas, elevan sus voces también para aclamar a Wohoon. Y hay entonces rumores de voces y agitar de follaje.

LA REBELIÓN DE LOS DIOSES DOMÉSTICOS

HAY tres grandes ríos de la llanura, nacidos antes de la memoria o la fábula, cuyas madres son tres cumbres grises, y cuyo padre es el temporal. Son sus nombres Eimes, Zanes y Segastrion.

Y Eimes es la alegría de los mugientes rebaños; Zanes ha sometido su cerviz al yugo del hombre, y acarrea madera desde el bosque, en las remotas alturas, hasta el pie de la montaña; en cuanto a Segastrion, canta a los jóvenes pastores antiguas canciones que hablan de su infancia en un barranco solitario, de cómo saltó por los flancos de la montaña y se adentró en la llanura deseoso de ver mundo, y cómo un día se encontrará finalmente con el mar. Ésos son los ríos de la llanura, en los que la llanura se recrea. Pero cuentan los viejos, y sus padres lo oyeron de los ancianos, que en otro tiempo los señores de los tres ríos de la llanura se rebelaron contra la ley de los Mundos, rebasaron sus propios bordes, y se unieron, y sumergieron ciudades y destruyeron hombres, diciendo: «Ahora jugamos nosotros al juego de los dioses, y matamos hombres por gusto, y somos más grandes que los dioses de Pegana».

Y toda la llanura quedó anegada hasta las colinas.

Y Eimes, Zanes y Segastrion se sentaron en lo alto de las montañas, extendieron la mano sobre sus ríos, y éstos se rebelaron por mandato de ellos.

Pero la plegaria de los hombres, elevándose más arriba cada vez, llegó hasta

Pegana, y clamó a los oídos de los dioses: «Hay tres dioses domésticos que nos matan por divertirse, y dicen que son más poderosos que los dioses de Pegana, y juegan al juego de los dioses con los hombres».

Entonces se enojaron todos los dioses de Pegana; pero no pudieron ahogar a los señores de los tres ríos, porque siendo dioses domésticos, aunque pequeños, eran inmortales.

Y nuevamente extendieron los dioses domésticos la mano por encima de sus ríos, con los dedos separados, y las aguas subieron y subieron, y la voz de sus torrentes se hizo atronadora, gritando: «¿Acaso no somos Eimes, Zanes y Segastrion?»

Entonces Mung descendió a un paraje desolado de Afrik, y encontró a Umbool, Señor de la sequía, tendido en el desierto, sobre rocas de hierro, atenazando con garra codiciosa unos huesos humanos y exhalando su aliento abrasador.

Y Mung se plantó ante él, inflando y desinflando sus secos costados, y levantando ramas y huesos con cada resoplido.

Entonces dijo Mung: «¡Amigo de Mung!, ve y enseña los dientes a Eimes, Zanes y Segastrion, y hazles ver si es prudente rebelarse contra los dioses de Pegana».

Y Umbool contestó: «Soy la bestia de Mung».

Y fue Umbool y se apostó en una colina, al otro lado de las aguas, y enseñó los dientes a los dioses domésticos rebeldes.

Y cada vez que Eimes, Zanes y Segastrion extendían la mano sobre sus ríos, veían ante sus caras la mueca de Umbool; y dado que era como la mueca de la muerte en una tierra ardiente y espantosa, se retiraron, y no volvieron a extender la mano sobre sus ríos; y las aguas fueron bajando y bajando.

Pero cuando Umbool hubo sonreído así durante treinta días, las aguas volvieron al cauce de sus ríos, y los señores de los ríos se escabulleron y regresaron a sus moradas; sin embargo, Umbool siguió sentado sonriendo.

Y enflaqueció Eimes, y fue olvidado, al punto de que decían los hombres de la llanura: «Por aquí pasaba en otro tiempo Eimes»; y Zanes apenas tuvo fuerzas para conducir su río hasta el mar; en cuanto a Segastrion, que jadeaba tendido en su lecho, cruzó un hombre por encima de él, pisando sus aguas; y se dijo Segastrion: «Un pie humano cruza pisándome el cuello; a mí, que pretendía ser más grande que los dioses de Pegana».

Entonces dijeron los dioses de Pegana: «Basta. Somos los dioses de Pegana, y nadie puede igualarse a nosotros».

Entonces mandó Mung a Umbool que regresase otra vez a su paraje desolado de Afrik, y siguiera exhalando su aliento sobre las rocas, y abrasara al desierto, y secara el recuerdo de Afrik en el cerebro de todo el que saliese de allí con sus huesos.

Y Eimes, Zanes y Segastrion volvieron a cantar, y a frecuentar sus lugares de costumbre, y a jugar al juego de la Vida y la Muerte con los peces y las ranas; pero jamás volvieron a intentarlo con los hombres, como hacen los dioses de Pegana.

DE DOROZHAND
(CUYOS OJOS OBSERVAN EL FINAL)

POSADO sobre las vidas de las gentes, y vigilante, observa Dorozhand lo que ha de venir.

El dios del Destino es Dorozhand. Aquél a quien han mirado los ojos de Dorozhand camina hacia el final sin que nada le pueda detener: se convierte en saeta lanzada por el arco de Dorozhand a una diana que no ve... a la diana de Dorozhand. Más allá del pensamiento de los hombres, más allá de donde alcanza la vista del resto de los dioses, llega la mirada de Dorozhand.

El dios del destino ha escogido a sus esclavos. Y los hace caminar por donde quiere, mientras ellos, que no saben adónde ni por qué, sienten sólo su látigo detrás, u oyen sus voces delante.

Hay algo que Dorozhand quiere cumplir ardientemente, algo en lo que hace a las gentes poner todo el empeño, y por lo cual no deja a nadie pararse ni descansar en los mundos. Y dicen los dioses de Pegana, hablando entre ellos: «¿Qué es lo que tanto desea Dorozhand llevar a cabo?»

Se ha dicho y escrito que no sólo tiene Dorozhand las riendas de los destinos humanos, sino que ni siquiera a los dioses de Pegana les es indiferente su voluntad.

Todos los dioses de Pegana han sentido temor; pues han visto cierta expresión en los ojos de Dorozhand, cuya mirada llega más allá que la de ellos.

El objeto y destino de los Mundos consiste en contener Vida; y la Vida es el instrumento con que Dorozhand quiere llevar a cabo su designio.

Así, pues, los Mundos giran, los ríos corren al mar, la Vida surge y se propaga por igual en los Mundos, y los dioses de Pegana cumplen su trabajo de dioses... todo por Dorozhand. Pero una vez que el designio de Dorozhand se haya cumplido, no será necesaria ya la Vida en los Mundos, ni hará falta que jueguen a nuevos juegos los dioses menores. Entonces Kib cruzará Pegana con sigilo, entrará en la Pegana Suprema donde descansa MANA-YOOD-SUSHAI, y tocando reverente su mano — la mano que ha dado el ser a los dioses—, dirá: «MANA-YOOD-SUSHAI: ya has descansado bastante».

Y MANA-YOOD-SUSHAI dirá: *«No es así; pues he descansado sólo cincuenta evos de los dioses, cada uno de los cuales apenas sobrepasa los diez millones de años mortales de los Mundos que vosotros habéis hecho».*

Y entonces los dioses sentirán temor, cuando descubran que MANA sabe que han estado haciendo Mundos durante su descanso. Y contestarán: «No; sino que los Mundos surgieron por sí mismos».

Entonces MANA-YOOD-SUSHAI, como el que ha estado ocupado en algo enojoso, hará un gesto de impaciencia con la mano —con la mano que ha hecho a los dioses—, y no habrá más dioses.

Cuando haya tres lunas en el Norte, encima de la Estrella Permanente, tres lunas que ni crecen ni menguan, sino que miran hacia el Norte; o cuando el cometa cese de buscar, y deje de moverse entre los Mundos, y se detenga como el que se detiene después de una carrera, entonces se levantará de su descanso, porque será EL FIN, el Más Grande, el que descansa desde lo más antiguo: MANA-YOOD-SUSHAI.

Entonces dejarán de ser los Tiempos que fueron; y quizá, del otro lado del Borde, vuelvan los viejos días pasados, y los volvamos a ver, los que los hemos llorado, como el que, al regresar tras un largo viaje, tropieza de pronto con cosas que recordaba con cariño.

Pues nadie sabe si es MANA, que ha descansado tanto tiempo, un dios clemente o riguroso. Tal vez tenga piedad, y se cumplan estas cosas.

LOS OJOS EN LA INMENSIDAD DESOLADA

SIETE desiertos se extienden más allá de Bodrahán, ciudad donde terminan las caravanas: ninguna la pasa y continúa. En el primer desierto hay huellas de viajeros poderosos procedentes de Bodrahán, algunas de las cuales regresan. En el segundo hay tan sólo pisadas que se alejan; ninguna de retorno.

El tercero es un desierto jamás hollado por los pies de los hombres.

El cuarto es el desierto de arena, el quinto el desierto de polvo, el sexto el desierto de piedras; y el séptimo, es el Desierto de Desiertos.

En el centro del último de los desiertos que se extienden más allá de Bodrahán, del Desierto de Desiertos, se yergue la imagen esculpida, hace muchísimo tiempo, en la roca viva del monte que llaman Ranorada: los ojos en la inmensidad desolada.

Al pie de Ranorada hay escrito con místicas letras, más grandes que los lechos de los ríos, estas palabras:

Al dios que sabe

Ahora bien, más allá del segundo desierto no hay huella alguna, ni hay agua en los siete desiertos que se extienden más allá de Bodrahán. Por donde ningún hombre pudo ir a esculpir esa efigie en la roca viva de los montes: Ranorada es una obra labrada por la mano de los dioses. Cuentan los hombres de Bodrahán, donde terminan las caravanas y descansan los camelleros, cómo en otro tiempo esculpieron los dioses la efigie de Ranorada en la roca viva, martillando la noche entera, más allá de los desiertos. Y cuentan, además, que Ranorada se asemeja al dios Hoodrazai, el que ha descubierto el secreto de MANA-YOOD-SUSHAI, y sabe por tanto el porqué de la creación de los dioses.

Dicen que Hoodrazai permanece solo en Pegana, y que no habla con nadie porque conoce lo que está oculto a los dioses.

Por lo que los dioses esculpieron su imagen en una tierra solitaria, y lo representaron meditando en silencio, con los ojos clavados en la inmensidad desolada.

Dicen que Hoodrazai había oído los murmullos de MANA-YOOD-SUSHAI hablando para sí, le había llegado el sentido de alguna palabra suelta, y había comprendido; y de ser el dios de la alegría y el gozo exultante, se volvió desde entonces un dios taciturno, impasible como su efigie contemplando los desiertos que se extienden más allá de las últimas huellas del hombre.

Y dicen los camelleros que escuchan al anochecer, mientras descansan sus bestias, las historias que cuentan los viejos del mercado de Bodrahán: «Si Hoodrazai, pese a lo sabio que es, está siempre tan triste, bebamos vino, y desterremos el saber a los desiertos que hay más allá de Bodrahán». Y así, hay fiestas y risas, por las noches, en la ciudad donde terminan las caravanas.

Todo eso cuentan los camelleros cuando vuelven las caravanas de Bodrahán; pero ¿quién da crédito a las historias que los camelleros han oído a los viejos de tan remota ciudad?

DEL SER QUE NO ES NI DIOS NI BESTIA

VIENDO el profeta Yadin que la sabiduría no está en las ciudades, ni la felicidad en la sabiduría, y dado que antes de nacer había sido predestinado por los dioses a ir en pos de ella, siguió a las caravanas que iban a Bodrahán. Allí, al anochecer, donde descansan los camellos cuando el viento diurno se retira al desierto exhalando entre palmeras su última despedida y deja en paz las caravanas, envió con él su plegaria al desierto, clamando a Hoodrazai.

Y bajo el viento, elevó su plegaria diciendo: «¿Por qué siguen los dioses jugando así con los hombres? ¿Por qué Skarl no deja de batir su tambor, y no abandona MANA su descanso?» Y el eco de los siete desiertos respondió: «¿Quién sabe? ¿Quién sabe?»

Pero su plegaria fue oída en la desolada inmensidad, más allá de los siete desiertos, desde donde se recorta enorme Ranorada en el crepúsculo; y del borde de la desolada inmensidad, adonde había llegado su plegaria, surgieron volando tres flamencos; y sus voces decían: «Al Sur. Al Sur», a cada golpe de sus alas.

Pero al pasar por encima del profeta, le parecieron a éste tan frescos y libres, y el desierto tan cegador y abrasado, que alzó los brazos hacia ellos. Entonces sintió, dichoso, que volaba, y que podía seguir tras las grandes alas blancas; y se reunió con los flamencos, arriba en el frescor, por encima del desierto, y sus voces gritaban

delante de él: «Al Sur. Al Sur»; y abajo, el desierto murmuraba: «¿Quién sabe? ¿Quién sabe?»

Unas veces, la tierra subía hacia ellos con los picos de las montañas; otras, descendía en abruptos barrancos; y los ríos azules les cantaban cuando cruzaban por arriba, o les llegaba débilmente la canción de las brisas que soplaban en los huertos apartados; y a lo lejos, el mar entonaba poderosos cantos fúnebres de antiguas islas abandonadas. Y no parecía en el mundo sino que había que ir hacia el Sur.

Parecía que el Sur, en alguna parte, llamaba hacia sí; y que iban hacia él.

Pero cuando el profeta vio que cruzaban el borde de la Tierra, y que al Norte de ellos estaba la Luna, comprendió que no eran aves mortales las que seguía, sino extraños mensajeros de Hoodrazai, cuyos nidos se hallaban en los valles de Pegana, al pie de las montañas donde habitan los dioses.

Sin embargo, fueron hacia el Sur, sobrevolando todos los Mundos y dejándolos al Norte, hasta que delante de ellos sólo quedó Araxes, Zadres e Hyraglion, donde el gran Ingazi parecía un mero puntito de luz, mientras que Yo y Mindo se habían perdido de vista.

Y siguieron volando, dejando atrás el Sur, y llegaron al Borde de los Mundos.

Allí no existe el Sur, ni el Este ni el Oeste, sino sólo Norte y Más Allá: sólo hay Norte, que es donde se encuentran los Mundos; y Más Allá de él, que es donde se halla el Silencio. Y el Borde lo forma una masa rocosa que nunca tocaron los dioses cuando hicieron los Mundos, en la cual habita Trogool. Trogool es el Ser que no es ni dios ni bestia, que ni aúlla ni respira, y sólo pasa las hojas de un gran libro, negras y blancas, negras y blancas, y así hasta EL FIN.

Todo lo que ha de venir está en ese libro, igual que todo lo que fue.

Cuando llega a una página en negro, se hace de noche; y cuando llega a una página en blanco, se hace de día.

Y porque está escrito que hay dioses, los dioses existen.

También hay cosas escritas sobre ti y sobre mí, hasta que ÉL llegue a la página en donde ya no figuran nuestros nombres.

Y el profeta vio a Trogool en el momento en que pasaba una página... una página en negro; y concluyó la noche, y el día asomó sobre los Mundos.

Trogool es el Ser al que llaman los hombres de muchas maneras en muchos países; es el Ser que está detrás de los dioses, y cuyo libro es el Plan de las Cosas.

Pero entonces vio Yadin que los viejos días recordados se hallaban sepultados en la parte del libro que el Ser había pasado, y supo que había quedado mil páginas atrás la última alusión al nombre de uno sobre el que ya no había nada escrito. Entonces murmuró su oración a Trogool, que sólo pasa hojas y jamás responde a las plegarias. Y suplicó a Trogool: «Sólo te pido que vuelvas tus páginas hacia atrás, hasta el nombre sobre el que ya no hay nada escrito, y en un remoto lugar llamado Tierra se elevarán las plegarias de un pueblo pequeño aclamando el nombre de Trogool; pues existe efectivamente un lugar remoto llamado Tierra donde los hombres rezarán a

Trogool».

Entonces habló Trogool, que pasa las páginas y jamás responde a las oraciones, y su voz fue como los murmullos de la inmensidad desolada cuando se pierden en ella los ecos de la noche: «Aunque el torbellino del Sur tirase con sus garras de una página pasada, no podría volverla».

Entonces, a causa de las palabras del libro, que decían que sería así, Yadin descubrió que se encontraba tendido en el desierto, y que alguien le estaba dando agua; después, fue subido a un camello y llevado a Bodrahán.

Allí dijeron algunos que había estado delirando, al dominarle la sed, cuando vagaba entre las rocas del desierto. Pero ciertos ancianos de Bodrahán afirman que allí, efectivamente, en alguna parte, habita un Ser al que llaman Trogool, que no es ni dios ni bestia, y que pasa las hojas de un libro, una blanca y otra negra, una blanca y otra negra, hasta que llegue a las palabras: MAI DOON IZAHN, que significan Fin Definitivo, y el libro y los dioses y los mundos dejen de existir.

EL PROFETA YONATH

YONATH fue el primero de los profetas que habló a los hombres.

Éstas son las palabras de Yonath, el primero de entre los profetas:

Hay dioses en Pegana.

Una noche, estaba yo durmiendo. Y en mi sueño, vi que tenía Pegana muy cerca. Y Pegana estaba llena de dioses.

Vi a los dioses junto a mí, como puede ver uno las cosas cotidianas.

Únicamente no veía a MANA-YOOD-SUSHAI.

Y en esa hora, en la hora de mi sueño... comprendí.

Y el fin y principio de mi conocimiento, con todo su contenido, era éste: que el Hombre Ignora.

Busca si quieres, de noche, el borde absoluto de la oscuridad, o el punto original de donde arranca el arco iris; pero no trates de buscar el porqué de la creación de los dioses.

Los dioses han dotado de esplendor el extremo más lejano de las Cosas por Venir, de manera que parezcan más venturosas que las Cosas que Son.

Para los dioses, las Cosas por Venir no son sino como las que Son, y nada cambia en Pegana.

Los dioses, aunque no son clementes, tampoco son feroces. Destruyen los Días que Fueron; pero dotan de un aura gloriosa a los Días que Serán.

El hombre debe soportar los Días que Son, pero los dioses le han dejado su ignorancia como consuelo.

No busques el saber. Tu búsqueda te cansará, y regresarás consumido a descansar

al fin al lugar de donde emprendiste la búsqueda.

No busques el saber. Yo mismo, Yonath, el más viejo de los profetas, cargado con la sabiduría de múltiples años, y cansado de buscar, sé tan sólo que el hombre ignora.

Una vez salí dispuesto a aprender todas las cosas. Ahora sé sólo una, y ya no tardarán los Años en llevarseme.

El sendero de mi búsqueda, que conduce a la búsqueda otra vez, será hollado por muchos otros cuando Yonath no sea ya Yonath.

No pongas los pies en ese sendero.

No busques el saber.

Éstas son las Palabras de Yonath.

EL PROFETA YUG

CUANDO los Años se llevaron a Yonath, y Yonath hubo muerto, dejó de haber profetas entre los hombres.

Sin embargo, los hombres querían saber.

Así que dijeron a Yug: «Sé tú nuestro profeta; aprende todas las cosas, e infórmalos acerca del porqué de Todo».

Y Yug dijo: «Yo sé todas las cosas». Y los hombres se mostraron satisfechos.

Y dijo del Principio que estaba en el jardín del propio Yug; y del Fin, que estaba a la vista de Yug.

Y los hombres olvidaron a Yonath.

Pero un día Yug vio a Mung, detrás de las colinas, que hacía el signo de Mung. Y Yug dejó de ser Yug.

EL PROFETA ALHIRETH-HOTEP

CUANDO Yug dejó de ser Yug, dijeron los hombres a Alhireth-Hotep: «Sé tú nuestro profeta, y sé tan sabio como Yug».

Y Alhireth-Hotep dijo: «Ya soy tan sabio como Yug». Y los hombres tuvieron gran contento.

Y dijo Alhireth-Hotep de la Vida y de la Muerte: «Ésos son asuntos de Alhireth-Hotep». Y los hombres le trajeron ofrendas.

Un día Alhireth-Hotep escribió en su libro: «Alhireth-Hotep conoce Todas las Cosas, pues ha hablado con Mung».

Y Mung salió de detrás de él; y haciendo el signo de Mung, dijo: «¿Así que

conoces todas las cosas, Alhireth-Hotep?» Y Alhireth-Hotep pasó a formar parte de las Cosas que Fueron.

EL PROFETA KABOK

CUANDO Alhireth-Hotep estuvo entre las Cosas que Fueron, como los hombres seguían queriendo saber, dijeron a Kabok: «Sé tan sabio como Alhireth-Hotep».

Y Kabok se hizo sabio ante sí mismo, y a los ojos de los hombres.

Y dijo Kabok: «Mung hace su signo contra los hombres, y se abstiene de hacerlo por consejo de Kabok».

Y dijo a uno: «Tú has pecado contra Kabok, así que Mung hará el signo de Mung contra ti». Y a otro: «Tú ofrendas a Kabok, así que Mung se abstendrá de hacer contra ti el signo de Mung».

Una noche en que Kabok se estaba regalando con los presentes que los hombres le habían traído, oyó los pasos de Mung en el jardín, alrededor de la casa, en la oscuridad.

Y dado que la noche era tranquila, le pareció muy mal a Kabok que Mung anduviese por su jardín, sin consentimiento suyo, dando vueltas a la casa a tales horas de la noche.

Y Kabok, que sabía Todas las Cosas, sintió temor, ya que las pisadas eran muy sonoras y la noche muy callada, e ignoraba qué traía Mung tras de sí, cosa que jamás había visto nadie.

Pero cuando creció la claridad de la mañana, y hubo luz en los Mundos, y Mung dejó de rondar por el jardín, Kabok olvidó sus temores, y se dijo: «Quizá era sólo un rebaño que andaba por el jardín de Kabok».

Y se abismó en sus asuntos, que consistían en saber Todas las Cosas, e informar de Todas las Cosas a los hombres, y no hizo caso de Mung.

Pero esa noche volvió Mung a rondar por el jardín de Kabok, y a andar alrededor de la casa, en la oscuridad; y se detuvo ante la ventana como una sombra enhiesta, de manera que Kabok tuvo la certeza de que era efectivamente Mung.

Y un gran temor le atenazó la garganta a Kabok, al punto de que le salió áspera la voz al gritar: «¡Tú eres Mung!»

Y Mung inclinó levemente la cabeza, y siguió merodeando por el jardín de Kabok, y dando vueltas alrededor de la casa, en la oscuridad.

Y Kabok, acostado, escuchaba con el corazón encogido de terror.

Pero cuando comenzó a clarear la segunda madrugada, y se derramó la luz sobre los Mundos, Mung se retiró del jardín de Kabok; y durante unos momentos, Kabok sintió renacer sus esperanzas, aunque esperó con temor la llegada de la tercera noche.

Y cuando llegó la tercera noche, y acudieron a su casa los murciélagos, y amainó

el viento, la oscuridad se llenó de una gran quietud.

Y acostado, Kabok, para quien las alas de la noche volaban demasiado lentas, se puso a escuchar.

Pero antes de que la noche se cruzara con la mañana en el camino entre Pegana y los Mundos, en el jardín de Kabok, los pasos de Mung se acercaron a la puerta de Kabok.

Y Kabok huyó de su casa como animal perseguido, y corrió a precipitarse sobre Mung.

Y Mung hizo el signo de Mung, señalando hacia El Fin.

Y los temores de Kabok dejaron de turbar a Kabok, pues uno y otros pasaron a formar parte de las cosas acabadas.

DE LA DESGRACIA QUE ACAECIÓ A YUN-ILARA CERCA DEL MAR, Y DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA TORRE EL FINAL DEL DÍA

CUANDO Kabok y sus temores hubieron hallado descanso, la gente buscó un profeta que no temiese a Mung, cuya mano estaba contra los profetas.

Por fin hallaron a Yun-Ilara, que cuidaba ovejas y no tenía miedo alguno de Mung; y le trajeron al pueblo para que fuese su profeta.

Y Yun-Ilara construyó una torre cerca del mar que miraba hacia poniente. Y la llamó Torre del Final del Día.

Y hacía el final del día, subía Yun-Ilara a lo alto de su torre a contemplar la puesta del Sol, y clamar contra Mung, gritando: «¡Ah, Mung, cuya mano se alza contra el Sol, y a quien los hombres abominan, aunque adoran por el miedo que te tienen, aquí está y te habla un hombre que no te teme! Señor aborrecible y despiadado del asesinato y las acciones tenebrosas: haz el signo de Mung cuando quieras; pero hasta que el silencio selle mis labios por el signo de Mung, te maldeciré en tu cara». Y las gentes de la calle miraban con asombro hacia arriba, a Yun-Ilara, que ningún temor tenía de Mung, y le llevaban presentes. Sólo en sus hogares, al caer la noche, volvían a rezar con devoción a Mung. Pero Mung decía: «¿Acaso puede un hombre maldecir a un dios?» Y seguía visitando las ciudades, y segando las vidas de las gentes.

Sin embargo, no se acercaba Mung a Yun-Ilara, a pesar de sus maldiciones contra Mung desde lo alto de su torre junto al mar.

Y Sish, arrojó al Tiempo de todos los Mundos, mató a las horas que tan bien le habían servido, llamó a otras del desierto intemporal que se extiende más allá de los Mundos, y las azuzó para que atacasen todas las cosas. Y Sish derramó su blancura sobre los cabellos de Yun-Ilara, y cubrió de yedra su torre, y cargó de cansancio sus miembros, mientras Mung pasaba junto a él calladamente.

Y cuando Sish se convirtió para Yun-Ilara en un dios menos soportable de lo que

nunca fuera Mung, dejó de tronar contra Mung, desde lo alto de su torre, cada vez que el sol se ocultaba; hasta que llegó un día en que el hastío del regalo de Kib se volvió una carga demasiado pesada para Yun-Ilara.

Entonces, desde la Torre del Final del Día, gritó Yun-Ilara a Mung, diciendo: «¡Ah, Mung, el más amable de los dioses! ¡Ah, Mung, el más caramente deseado! Tu regalo de Muerte es la herencia del Hombre con la que viene el alivio y el descanso y el silencio y el retorno a la Tierra. Kib no da sino trabajo y agobios; y Sish envía pesares con cada una de las horas con que acomete al Mundo. Yoharneth-Lahai no se acerca ya más. Ya no puedo volver a alegrarme con Limpan-Tung. Cuando los otros dioses abandonan a un hombre, a éste sólo le queda Mung».

Pero Mung dijo: «¿Acaso debe un hombre maldecir a un dios?»

Y día tras día, a lo largo de la noche, clamaba Yun-Ilara: «¡Ojalá fuese la hora de la aflicción de los amigos y deudos, y de las gratas coronas de flores y las lágrimas, y de la tierra húmeda y negra! ¡Ojalá llegase el descanso bajo la yerba, donde el pie poderoso de los árboles agarra al mundo con firmeza, donde jamás pasará el viento que ahora sopla entre mis huesos, y la lluvia llegará cálida y goteante, no arrojada por la tormenta, y donde resulta sedante la progresiva dispersión a oscuras de los huesos!» Así rezaba Yun-Ilara, que en su locura y juventud había maldecido a Mung, y no había hecho caso de él.

Sin embargo, del montón de huesos que son Yun-Ilara, al pie de la torre ruinosa que en otro tiempo construyera, aún se eleva, con el viento, una voz vibrante que suplica clemencia a Mung, si es que la puede tener.

DE CÓMO LOS DIOSES ANEGARON SIDITH

LA aflicción reinaba en el valle de Sidith.

Durante tres años había habido una pestilencia, y al final de esos tres años había llegado el hambre y por si eso fuera poco, había amenaza de guerra.

Entretanto, los hombres de Sidith morían día y noche; y día y noche, en el Templo de Todos los dioses excepto Uno (pues nadie puede rezar a MANA-YOOD-SUSHAI), rezaban con fervor los sacerdotes de los dioses.

Pues se decían: «Un hombre puede oír durante mucho tiempo el zumbido de los pequeños insectos, y sin embargo, no tener conciencia de ello. Así mismo pueden los dioses no oír nuestras plegarias al principio, hasta haberlas repetido muchas veces. Pero cuando tus oraciones llevan turbando el silencio mucho tiempo, puede ocurrir que algún dios, paseando por los claros del bosque de Pegana, tropiece con una de esas plegarias perdidas que aletean como mariposas de alas rotas arrastradas por la tormenta; quizá entonces ese dios, si es clemente, se digne apaciguar los temores que nos asaltan en Sidith; o puede aplastarnos si es un dios irritable, por donde dejaremos

de ver las zozobras de Sidith, con su pestilencia y su mortandad y sus presagios de guerra».

Pero al cuarto año de la pestilencia y segundo de la plaga de hambre, y cuando había sensación de guerra inminente, acudió el pueblo entero de Sidith a las puertas del Templo de Todos los dioses excepto Uno, donde nadie puede entrar, salvo los sacerdotes, sino a depositar su ofrenda y retirarse.

Y allí exclamó el pueblo: «¡Oh, Sumo Profeta de Todos los dioses excepto Uno, Sacerdote de Kib, Sacerdote de Sish y Sacerdote de Mung, Narrador de los misterios de Dorozhand, Receptor de las ofrendas del Pueblo, y Señor de las Plegarias!, ¿qué haces en el Templo de Todos los dioses excepto Uno?»

Y Arb-Hadith, que era el Sumo Profeta, respondió: «Rezo por todo el Pueblo».

Pero el pueblo replicó: «¡Oh, Sumo Profeta de Todos los dioses excepto Uno, Sacerdote de Kib, Sacerdote de Sish y Sacerdote de Mung, Narrador de los misterios de Dorozhand, Receptor de las ofrendas del Pueblo, y Señor de las Plegarias: cuatro años llevas rezando con todos los sacerdotes de tu orden, mientras nosotros traemos ofrendas y morimos sin cesar. Ahora, ya que Ellos no te han oído en estos cuatro años terribles, debes ir y llevar a Su presencia la plegaria del pueblo de Sidith, ahora que van a arrojar los truenos sobre los pastos de la montaña Aghrinaun; de lo contrario, no habrá más ofrendas a las puertas de tu templo, a la caída del rocío, con que engordéis tú y tu orden!»

»Así que irás a decirles: “¡Oh, Todos los dioses excepto Uno, Señores de los Mundos, cuyo hijo es el eclipse: llevaos de Sidith vuestra pestilencia, pues demasiado tiempo habéis jugado al juego de los dioses con el pueblo de Sidith, que de buena gana acabaría con todos los dioses!”»

Entonces, con gran temor, respondió el Sumo Profeta, diciendo: «¿Y si los dioses se enojan con Sidith y lo anegan?» Y el pueblo respondió: «Antes acabaremos con la pestilencia y el hambre y los presagios de guerra».

Esa noche, los truenos aullaron sobre Aghrinaun, que alzaba un pico por encima de todos los montes de territorio de Sidith. Y las gentes sacaron a Arb-Rin-Hadith de su templo y lo llevaron a Aghrinaun; pues se dijeron: «Esta noche andan por la montaña Todos los dioses excepto Uno».

Y Arb-Rin-Hadith fue tembloroso a los dioses.

A la mañana siguiente, pálido y tambaleante, regresó Arb-Rin-Hadith de Aghrinaun al valle, y habló a las gentes, diciendo: «Los rostros de los dioses son de hierro, y sus bocas permanecen apretadas. Nada puede esperarse de ellos».

Entonces dijeron las gentes: «Pues ve ahora a MANA-YOOD-SUSHAI, a quien nadie puede rezar: búscalo en la cumbre del monte Aghrinaun, cuando se recorta claramente en la quietud que precede a la mañana; y allí, donde todas las cosas parecen descansar, descansa también MANA-YOOD-SUSHAI. Ve a él, y dile: “Has hecho dioses malvados, y se ensañan con Sidith”. Quizá se ha olvidado de sus dioses, o no sabe nada de Sidith. Has escapado de los truenos de los dioses, así que sin duda

escaparás también de la quietud de MANA-YOOD-SUSHAI».

Y una madrugada, cuando el cielo y los lagos se mostraban transparentes, y Aghrinaun estaba más silencioso que el mundo, Arb-Rin-Hadith se encaminó lleno de temor hacia las laderas del monte Aghrinaun, apremiado por las gentes.

Los hombres estuvieron observando su ascensión durante todo el día. Al llegar la noche, descansó cerca de la cima. Pero antes de que despuntase el día siguiente, los que madrugaron pudieron verle en el silencio, como una mota en la montaña azulenc, extender los brazos, sobre la cima, hacia MANA-YOOD-SUSHAI. A continuación, instantáneamente, dejaron de verle; y no volvieron a ver nunca más al que había osado turbar la paz de MANA-YOOD-SUSHAI.

Los que hoy hablan de Sidith cuentan que cierta tribu poderosa y feroz aniquiló a todo un pueblo debilitado por una pestilencia, en un valle donde se alza un templo dedicado a «Todos los dioses excepto Uno», el cual carece de sumo sacerdote.

DE CÓMO IMBAUN LLEGÓ A SER, EN ARADEC, SUMO PROFETA DE TODOS LOS DIOSES EXCEPTO UNO

IMBAUN iba a ser exaltado, en Aradec, a Sumo Profeta de Todos los dioses excepto Uno.

De Ardra, Rhoodra y de las tierras situadas más allá, acudieron todos los Sumos Profetas de la Tierra al Templo de Aradec dedicado a Todos los dioses excepto Uno.

Y entonces le contaron a Imbaun cómo El Secreto de las Cosas se hallaba en el punto más alto de la bóveda que forma la Morada de la Noche, aunque estaba débilmente escrito, y en una lengua desconocida.

A medio camino de la noche entre la puesta y la salida del sol, condujeron a Imbaun a la Morada de la Noche; y le dijeron, salmodiando todos juntos: «Imbaun, Imbaun, Imbaun; mira hacia el techo, donde está escrito El Secreto de las Cosas, aunque débilmente, y en lengua desconocida».

E Imbaun miró hacia arriba; pero era tan intensa la oscuridad en el interior de la Morada de la Noche que Imbaun no veía siquiera a los Sumos Profetas que habían llegado de Ardra, Rhoodra y de las tierras de más allá, ni nada de cuanto había de la Morada de la Noche.

Entonces le preguntaron en voz alta los Sumos Profetas: «¿Qué ves, Imbaun?»

E Imbaun dijo: «No veo nada».

A continuación le preguntaron los Sumos Profetas: «¿Qué sabes tú, Imbaun?»

E Imbaun respondió: «Nada sé».

Entonces habló el Sumo Profeta de Todos los dioses excepto Uno, venido de Eld, el cual es primero de los profetas de la Tierra: «¡Oh, Imbaun!, todos hemos mirado,

en la Morada de la Noche, hacia el Secreto de las Cosas, y siempre ha habido oscuridad, y ha estado el Secreto escrito débilmente, y en una lengua desconocida. Ahora ya sabes lo que saben todos los Sumos Profetas».

E Imbaun respondió: «Comprendo».

Así, pues, Imbaun fue exaltado, en Aradec, a Sumo Profeta de Todos los dioses excepto Uno; y rezó por todas las gentes que ignoraban que la oscuridad inundaba la Morada de la Noche, o que el secreto se hallaba escrito débilmente y en lengua desconocida.

Éstas son las palabras que Imbaun escribió en un libro que el pueblo pudo conocer:

«En la vigésima noche de la noningentésima luna, cuando descendió la oscuridad sobre el valle, ejecuté los ritos místicos de cada uno de los dioses del templo según mi costumbre, a fin de que ninguno de ellos se enojase esa noche y nos ahogase mientras dormíamos.

»Y al pronunciar la última palabra secreta, me quedé dormido en el templo, pues estaba cansado, con la cabeza apoyada sobre el altar de Dorozhand. Entonces, en el silencio, mientras dormía, entró Dorozhand por la puerta del templo con apariencia de hombre, me tocó en el hombro, y desperté.

»Pero cuando vi que sus ojos refulgentes y azules llenaban de luz todo el templo, supe que era un dios, aunque venía bajo forma mortal. Y dijo Dorozhand: “Profeta de Dorozhand, cuida que las gentes puedan saber”. Y me mostró los senderos de Sish que se extienden hacia los tiempos futuros.

»Entonces me mandó que me levantara, y me encaminase hacia donde él me señalaba, sin decir una sola palabra, sino ordenándome con los ojos.

»Así que la vigésima noche de la noningentésima luna marché con Dorozhand por los senderos de Sish hacia los tiempos futuros.

»Y siempre, junto al camino, los hombres mataban a otros hombres. Y el número de aquellas muertes era mayor que el producido por la pestilencia y ninguno de los males que envían los dioses.

»Y surgían ciudades, se deshacían en polvo sus casas, y el desierto volvía sin cesar por sí mismo, y cubría y sepultaba hasta el último edificio de cuantos habían turbado su paz.

»Y los hombres seguían matando hombres.

»Y por fin llegué a un tiempo en que los hombres dejaron de imponer su yugo a los animales, e hicieron animales de hierro.

»Después de lo cual, los hombres siguieron matando hombres con nieblas.

»Y entonces, debido a que el número de muertes excedía a sus deseos, llegó la paz al mundo de la mano del asesino; y los hombres dejaron de matarse.

»Y se multiplicaron las ciudades, hicieron retroceder al desierto, y dominaron su silencio.

»Y de repente, comprendí que EL FIN estaba cerca, pues había agitación sobre

Pegana como de Alguien cansado de dormir; y vi al perro Tiempo encogerse para saltar, con la mirada puesta en la garganta de los dioses, estudiando una garganta tras otra, mientras se debilitaba poco a poco el batir del tambor de Skarl.

»Y si es que un dios puede tener miedo, parecía que había miedo en el semblante de Dorozhand; y me cogió de la mano, y me llevó de regreso por los senderos del Tiempo, para que no viese EL FIN.

»Entonces vi alzarse del polvo ciudades, y ser sepultadas otra vez por el desierto del que habían surgido; y otra vez me dormí en el Templo de Todos los dioses excepto Uno, con la cabeza apoyada contra el altar de Dorozhand.

»Nuevamente estaba el templo iluminado, aunque no con la luz de los ojos de Dorozhand: sólo el amanecer emergía azul del Oriente, y entraba a través de los arcos del Templo. Entonces desperté, y ejecuté los ritos y misterios matinales dedicados a Todos los dioses excepto Uno, a fin de que ninguno de ellos se enojase ese día y se llevase el Sol.

»Y comprendí que, puesto que yo, habiendo estado tan cerca de él, no había visto EL FIN, ningún hombre debía presenciarlo jamás, ni conocer el destino de los dioses. Ellos mismos lo han ocultado».

DE CÓMO IMBAUN SE ENCONTRÓ CON ZODRAK

EL profeta de los dioses descansaba tendido junto al río, y observaba correr el agua junto a él.

Y mientras descansaba, meditaba sobre el Plan de las Cosas, y sobre las obras de todos los dioses. Y encontraba el profeta de los dioses, observando el discurrir de las aguas, que era un buen Plan, y que los dioses eran benévolos; sin embargo, había sufrimiento en los mundos. Parecía que Kib era generoso, que Mung calmaba todo dolor, que Sish no azuzaba a sus horas con demasiada crudeza, y que todos los dioses eran buenos. Sin embargo, había sufrimiento en los mundos.

Entonces dijo el profeta de los dioses, mientras observaba el discurrir de la corriente: «Debe de haber algún otro dios del que no existe nada escrito». Y de repente, el profeta se dio cuenta de que había un anciano que se lamentaba en la orilla del río, el cual se quejaba: «¡Ay de mí, ay de mí!»

Tenía el rostro marcado por el signo y el sello de numerosos años; no obstante, había vigor en su cuerpo. Y éstas son las palabras que el profeta escribió en su libro: «Le dije: “¿Quién eres tú, que te lamentas a la orilla del río?” Y el anciano contestó: “Yo soy el loco”. Y le dije: “Tu frente ostenta las marcas del saber que se ha ido acumulando en los libros”. Y dijo él: “Soy Zodrak. Hace miles de años, cuidaba ovejas en una colina que descendía hasta el mar. Los dioses tienen muchos cambios de humor. Hace miles de años, estaban alegres. Y se dijeron: ‘Llamemos un hombre a

nuestra presencia, a fin de podernos reír en Pegana’.

”Me arrebataron de mis ovejas, que tenía en la colina cuyas laderas descienden hasta el mar. Me llevaron a lomos del trueno. Me presentaron, cuando no era yo más que un pastor, a los dioses de Pegana, y los dioses se rieron. No se reían como los hombres, sino con ojos solemnes.

”Y Sus ojos, al mirarme, no sólo me veían a mí, sino también el Principio y EL FIN y todos los Mundos. Entonces dijeron los dioses, hablando como hablan los dioses: ‘Vete, vuelve a tus ovejas’.

”Pero yo, el loco, había oído en la tierra que quienquiera que vea a los dioses en Pegana se vuelve como ellos, si así lo pide ante Ellos, de manera que no se puede matar a quien les ha mirado a los ojos.

”Así que yo, el loco, dije: ‘He mirado a los dioses en los ojos, y pido lo que puede pedir un hombre a los dioses cuando les ha visto en Pegana’. Y los dioses inclinaron la cabeza; y dijo Hoodrazai: ‘Es la ley de los dioses’.

”Pero yo, que no era más que un pastor, ¿qué podía saber?

”Así que dije: ‘Haré ricos a los hombres’. Y los dioses dijeron: ‘¿Qué es ser rico?’

”Y yo dije: ‘Les enviaré amor’. Y los dioses dijeron: ‘¿Qué es amor?’ Y envié oro a los Mundos; y con él, ¡ay!, envié la pobreza y la discordia. Y envié amor a los Mundos, y con él envié la aflicción.

”Y ahora he mezclado el oro y el amor de la manera más dolorosa, y jamás podré reparar lo que he hecho, pues las acciones de los dioses quedan hechas para siempre, y nadie las puede deshacer.

”Entonces dije: ‘Concederé sabiduría a los hombres para que puedan estar alegres’. Y los que recibieron mi sabiduría descubrieron que no sabían nada; y, de ser felices, pasaron a no conocer nunca más la alegría.

”Y así, queriendo hacer felices a los hombres, les he hecho desgraciados, y he echado a perder el hermoso plan de los dioses.

”Y ahora mi mano seguirá eternamente puesta sobre la esteva de Su arado. Yo era sólo un pastor; así que, ¿cómo iba yo a saber lo que sucedería?

”Ahora vengo a ti, que descansas junto al río, a pedirte perdón, ya que lo que más ansío es el perdón de un hombre”.

»Y yo contesté: “¡Oh, Señor de los siete cielos, cuyos hijos son los temporales!, ¿puede un hombre perdonar a un dios?”

»Y respondió él: “Los hombres no han pecado contra los dioses como ellos lo han hecho contra los hombres, desde que yo intervine en Sus consejos”.

»Y yo, el profeta, contesté: “¡Oh, Señor de los siete cielos cuyo juguete es el trueno, tú estás entre los dioses! así que, ¿qué necesidad tienes de las palabras de ningún hombre?”

»Y dijo él: “En verdad, estoy entre los dioses, los cuales me hablan como hablan al resto de los dioses, aunque siempre hay una sonrisa en Sus bocas, y una mirada en Sus ojos que dice: ‘Tú eres hombre’” Y yo dije: “¡Oh, Señor de los siete cielos a

cuyos pies los Mundos son como arena a la deriva, porque me lo pides, yo, un hombre, te perdono!”

»Y él contestó: “Yo sólo era un pastor, y no podía saber nada”. Y desapareció a continuación».

PEGANA

EL profeta de los dioses alzó la voz y clamó a los dioses: «¡Oh, Todos los dioses excepto Uno! (pues nadie puede rezar a MANA-YOOD-SUSHAI). ¿Adónde irá a parar la vida del hombre cuando haga Mung contra su cuerpo el signo de Mung?, pues las gentes con las que jugáis quieren saber».

Pero los dioses respondieron, hablando a través de la niebla:

—Aunque tuvieses que contar tus secretos a las bestias, y aunque las bestias comprendiesen, no te confiarían los dioses, a ti, el secreto de los dioses, para que, sabiendo las mismas cosas, dioses y bestias y hombres fueran iguales.

Esa noche Yoharneth-Lahai fue a Aradec, y dijo a Imbaun: «¿Por qué quieres saber el secreto de los dioses, cosa que los dioses no te pueden revelar?

»Cuando el viento no sopla, ¿dónde está?

»O cuando no estás vivo, ¿dónde estás tú?

»¿Qué le importan al viento las horas de calma, o a ti la muerte?

»Tu vida es larga; la Eternidad, corta.

»Tan corta que, si murieses y pasase la Eternidad, y tras su paso volvieres a vivir, dirías: “Se me han cerrado los ojos un instante”.

»Hay una Eternidad detrás de ti, lo mismo que hay otra delante. ¿Acaso has llorado los evos que han transcurrido sin ti, para tener miedo a los que han de pasar después?»

Entonces dijo el profeta: «¿Cómo diré a las gentes que los dioses no han hablado, y que su profeta ignora? Pues entonces dejaré de ser profeta, y otro recibirá las ofrendas de las gentes en mi lugar».

Entonces dijo Imbaun a la gente: «Los dioses han hablado, diciendo: “¡Oh, Imbaun, profeta Nuestro! es tal como la gente cree, cuya sabiduría ha descubierto el secreto de los dioses: cuando el pueblo muera, irá a Pegana, y allí vivirá con los dioses, y allí tendrá placeres sin dolor. Y Pegana es un lugar de picos de montaña enteramente blancos, con un dios sobre cada uno de ellos, y las gentes se tenderán en las laderas, cada uno al pie del dios que más ha venerado cuando su destino estaba en estos Mundos. Y allí, te llegará una música que jamás has soñado, con la fragancia de los huertos de los Mundos, cuando alguien cante, en alguna parte, una antigua canción que sonará como algo semirrecordado. Y habrá jardines perpetuamente soleados, y arroyos que no correrán a perderse en el mar bajo cielos eternamente

azules. Y no habrá lluvia ni pesar. Sólo las rosas, que en la Pegana suprema han alcanzado su plenitud, dejarán caer pétalos en forma de lluvia a tus pies; y de muy lejos, de la olvidada Tierra, llegarán hasta ti las voces que alegraron tu niñez en los jardines de tu juventud. Y si, al oír esas voces no olvidadas, suspiras por algún recuerdo de la Tierra, entonces los dioses enviarán mensajeros alados para que te consuelen en Pegana, diciéndoles: ‘Hay uno que suspira porque se acuerda de la Tierra’. Y harán Pegana aún más seductora para ti, y te cogerán de la mano y susurrarán en tu oído hasta que olvides esas viejas voces.

»Y además de las flores de Pegana, habrá crecido hasta allí el rosal que trepaba junto a la casa donde naciste. Y allí llegarán también los ecos errabundos de toda la música que en otro tiempo te encantó.

»Y cuando estés sentado en el césped que tapiza las montañas de Pegana, y oigas la melodía que adormece el alma de los dioses, verás desplegarse a lo lejos, a tus pies, la Tierra desventurada; y contemplando sus aflicciones desde ese arrobamiento, te alegrarás de hallarte muerto.

»Y de las tres grandes montañas que descuellan por encima de todas las demás —Grimbol, Zeebol y Trehagobol—, descenderá el viento matinal, y el viento del crepúsculo, y el de mediodía, llevados por las alas de todas las mariposas que han muerto en los Mundos, a refrescar a los dioses y Pegana.

»Muy dentro de Pegana, una fuente argentina, atraída con encantos por los dioses desde el Mar Central, lanzará su agua hacia arriba, más alto que los picos de Pegana, por encima de Trehagobol, que se pulverizará en una bruma centelleante, cubriendo la Pegana Suprema y formando un velo en torno al lugar donde descansa MANA-YOOD-SUSHAI.

»Solo, inmóvil y remoto, al pie de una de las montañas del interior, se encuentra el gran estanque azul.

»Quienquiera que se asome a sus aguas puede contemplar entera su propia vida, tal como fue en los Mundos, con todas las obras realizadas.

»Nadie anda junto a ese estanque, ni mira sus profundidades, pues todos en Pegana han sufrido y cometido algún pecado, y todo lo tienen allí.

»Y en Pegana no existe la oscuridad; pues cuando la noche ha vencido al sol, y ha acallado a los Mundos, y ha vuelto grises los blancos picos de Pegana, entonces brillan los ojos azules de los dioses, como el Sol sobre el mar, mientras descansa cada dios sobre su montaña.

»Y al Final, una tarde, quizá en verano, dirán los dioses hablando con los dioses: “¿Cómo será MANA-YOOD-SUSHAI, y cómo será EL FIN?”

»Y entonces MANA-YOOD-SUSHAI apartará con la mano las brumas que ocultan su descanso, y dirá: “*Éste es el Rostro de MANA-YOOD-SUSHAI y éste es EL fin*”».

Entonces dijeron las gentes al profeta: «¿No habrá un círculo de montes negros en alguna tierra abandonada, en forma de caldero del ancho de un valle, en el que ruja y

hierva la roca derretida, y salgan lanzados hacia arriba peñascos de montaña para hundirse otra vez en medio del borboteo, donde puedan hervir allí eternamente nuestros enemigos?»

Y el profeta respondió: «Al pie de las montañas de Pegana, sobre las cuales descansan los dioses, está escrito: “Tus enemigos son perdonados”».

LAS PALABRAS DE IMBAUN

DIJO el Profeta de los dioses: «Allá junto al camino hay sentado un falso profeta; y a todo el que anda detrás de conocer los días ocultos le dice: “Mañana te hablará el Rey, cuando pase en su carro”».

Pero además, todo el pueblo le trae presentes; y el falso profeta recibe más de los que escuchan sus palabras que el Profeta de los dioses.

Entonces dijo Imbaun: «¿Qué sabe el Profeta de los dioses? Sólo sé que los hombres y yo no sabemos nada acerca de los dioses ni acerca de los hombres. ¿Debo decir esto a las gentes, yo, que soy su profeta?

»Pues, ¿por qué eligen las gentes a sus profetas, sino para que alienten las esperanzas del pueblo, y digan que sus esperanzas son ciertas?»

El falso profeta dice: «Mañana te hablará el Rey».

¿No puedo decir yo: «El día de Mañana, cuando descanses en Pegana, los dioses hablarán contigo?»

Y el pueblo será feliz; y sabrán, los que han creído en las palabras del profeta al que eligieron, que sus esperanzas son ciertas.

Pero ¿qué sabe el Profeta de los dioses, al que nadie va a decirle: «Tus esperanzas son ciertas», al que nadie puede hacer signos extraños ante sus ojos que conjuren su miedo a la muerte, y para quien todo es vano, salvo el cántico de sus sacerdotes?

El Profeta de los dioses ha cambiado su felicidad y sabiduría, y ha renunciado a sus esperanzas en favor del pueblo.

Dijo también Imbaun: «Cuando, de noche, te encuentres enojado, observa lo tranquilas que están las estrellas; ¿van a murmurar los seres pequeños cuando hay esa paz entre los grandes? Y cuando, de día, te sientas enojado, contempla los montes lejanos, y observa la calma que adorna sus rostros. ¿Vas a seguir en tu enojo cuando ellos están tan serenos?

»No te enojas con los hombres, pues son empujados como tú por Dorozhand. ¿Acaso se acometen unos a otros los bueyes cuando van uncidos al mismo yugo?

»Y no te enojas con Dorozhand, porque será como golpear tus dedos desnudos contra un peñasco de hierro.

»Todo es así porque así debía ser. No murmures, pues, contra lo que es, puesto que así tiene que ser».

Y dijo Imbaun: «El Sol se eleva y cubre de luz gloriosa las cosas que ve; y, gota a gota, convierte el humilde rocío en toda suerte de pedrerías. Y viste los montes de esplendor.

»También nace el hombre. Y una luz gloriosa ilumina los jardines de su juventud. Uno y otro hacen un largo viaje para cumplir lo que Dorozhand desea de ellos.

»No tardará ahora en ponerse el sol, y muy suavemente empezarán a parpadear las estrellas en la quietud.

»También el hombre muere. En silencio, junto a su tumba, llorarán sus amigos y deudos.

»¿No volverá a surgir su vida en algún lugar de los mundos? ¿No volverá a contemplar los jardines de su juventud? ¿O acaso camina hacia su fin?»

DE CÓMO IMBAUN HABLÓ DE LA MUERTE AL REY

HABÍA llegado tal pestilencia a Aradec que el Rey, desde su palacio, veía morir a los hombres. Y viendo la Muerte, temía el Rey que un día muriese él también. Así que mandó a sus guardias que trajeran ante él al profeta más sabio que pudiesen hallar en Aradec.

Entonces fueron los heraldos al templo de Todos los dioses excepto Uno, y alzaron la voz, tras ordenar silencio primero, diciendo: «Rhazahan, rey de Aradec, príncipe por derecho de Ildun e Ildaun, príncipe por conquista de Pathia, Ezek y Azhan, y Señor de los Montes, envía saludos al Profeta de Todos los dioses excepto Uno».

Seguidamente, lo condujeron ante el Rey.

Y el Rey dijo al profeta: «¡Oh, Profeta de Todos los dioses excepto Uno!, ¿moriré yo también?»

Y el profeta contestó: «¡Oh, Rey, tu pueblo no puede vivir en eterna alegría, y un día el Rey morirá!»

Y respondió el Rey: «Bien puede ser; pero lo que sí es cierto, es que tú vas a morir. Tal vez yo muera algún día; pero hasta entonces, las vidas de mis súbditos están en mis manos».

Y seguidamente, los guardias se llevaron al profeta.

Y surgieron profetas en Aradec que no hablaron de la muerte a los reyes.

DE OOD

DICEN los hombres que si llegas al Sundari, más allá de todas las llanuras, y asciendes a su cumbre sin ser sepultado por los aludes que siempre acechan en sus laderas, verás ante ti numerosos picos. Y si los escalas, y cruzas sus valles (de los que hay siete, como siete son los picos), llegarás finalmente a la tierra de los montes olvidados, donde en medio de múltiples valles y blanca nieve se alza el «Gran Templo de Un Solo dios».

En él hay un profeta que no hace nada, y un grupo de soñolientos sacerdotes a su alrededor.

Son los sacerdotes de MANA-YOOD-SUSHAI. Dentro del templo está prohibido trabajar; tampoco se permite rezar. En su interior no existe diferencia entre la noche y el día. Todos descansan como descansa mana. Y su profeta se llama Ood.

Ood es el profeta más grande de toda la Tierra, y se ha dicho que si Ood y sus sacerdotes rezasen y elevasen juntos sus cánticos invocando a MANA-YOOD-SUSHAI, entonces despertaría MANA-YOOD-SUSHAI, pues sin duda oiría las plegarias de su profeta... Y los Mundos dejarían de existir.

Hay también otro camino que conduce a la tierra de las colinas olvidadas, llano y recto, que atraviesa el corazón de las montañas. Pero por ciertas razones ocultas, es mejor que elijas cruzar por la nieve y los picos, aun a riesgo de perecer en la empresa, y no pretendas llegar hasta Ood por ese camino llano y derecho.

EL RÍO

NACE un río en Pegana que no es río de agua ni de fuego, el cual fluye por los cielos hasta el mismo Borde de los Mundos: es un río de silencio. De un extremo al otro de los Mundos hay sonidos, ruidos de movimiento, y ecos de voces y de canciones; pero en ese Río no se ha oído jamás rumor alguno, pues en él mueren todos los ecos.

Ese Río brota del batir de tambor de Skarl, y discurre perpetuamente entre riberas de truenos, hasta que llega a la inmensidad desierta que está más allá de los Mundos, detrás de la estrella más lejana, al Mar de Silencio.

Yo me hallaba tumbado en ese desierto, lejos de todas las ciudades y ruidos; y por encima de mí corría el Río de Silencio, de parte a parte del cielo; y en el borde del desierto, la noche luchaba con el Sol, hasta que súbitamente lo venció.

Entonces vi en el Río la nave construida de sueños del dios Yoharneth-Lahai, alzando su enorme proa gris en el aire, sobre el Río de Silencio.

Sus tablas eran antiguos sueños, soñados hacía mucho tiempo, sus altos y rectos mástiles eran fantasías de poetas, y su aparejo lo formaban las esperanzas de las gentes.

En la cubierta iban remeros agarrados a sus remos de onírica solidez; remeros que eran hijos de la fantasía de los hombres, príncipes de antiguas historias, y gente muerta o que jamás existió.

Se inclinaban adelante y atrás, llevando a Yoharneth-Lahai por los mundos, sin hacer jamás ruido alguno con sus remos. Pues con cada soplo de viento que llega hasta Pegana, llegan esperanzas y fantasías de las gentes que carecen de hogar en los Mundos; y Yoharneth-Lahai teje sueños con ellas, para así devolverlas a quienes les dieron origen.

Y cada noche zarpa Yoharneth-Lahai en su onírica nave, con todo su cargamento de sueños, para llevar de nuevo a las gentes sus viejas esperanzas y todas sus olvidadas fantasías.

Pero antes de que el día regrese, y que los victoriosos ejércitos del amanecer arrojen sus rojas lanzas al rostro de la noche, Yoharneth-Lahai abandona los Mundos dormidos, y retorna por el Río de Silencio que va de Pegana al Mar de Silencio, el cual se halla más allá de los Mundos.

Y ése es el río que llaman Imrana, Río de Silencio. Los que están cansados del ruido de las ciudades y hastiados de clamor, se acercan de noche a la nave de Yoharneth-Lahai, suben a bordo de ella y, abriéndose paso entre los sueños y fantasías de otro tiempo, se tumban en su cubierta; y durmiendo, entran a formar parte del Río, mientras Mung, detrás, hace el signo de Mung, porque así lo han de recibir. Y echados en la cubierta entre sus propias fantasías recordadas y canciones que nunca se cantaron, remontan antes de amanecer el río Imrana, adonde no llega el rumor de las ciudades, ni se oye la voz del trueno, ni el aullido nocturno del Dolor que roe los cuerpos de los hombres, ni los lejanos y olvidados gemidos de los pequeños sufrimientos que afligen a los Mundos.

Pero en las puertas de Pegana, donde el Río fluye entre las grandes constelaciones gemelas Yum y Gothum, y Yum se yergue centinela a su izquierda y Gothum a su derecha, está Sirami, señor de Todo Olvido. Y cuando la nave se acerca, Sirami escruta con sus ojos de zafiro los rostros —y más adentro de ellos— de los que llegan cansados de las ciudades; y al mirarlos, como el que mira ante sí y no recuerda nada, saluda blandamente con la mano. Y en medio del saludo de su mano, aquél a quien mira Sirami queda despojado de todo recuerdo, salvo de ciertas cosas que no puede olvidar ni aun más allá de los Mundos.

Se ha dicho que cuando Skarl deje de batir su tambor, y despierte MANA-YOOD-SUSHAI, y sepan los dioses de Pegana que ha llegado EL FIN, embarcarán todos ellos en galeras de oro, cuyos soñados remeros les llevarán por el curso del Imrana (quién sabe por qué), hasta que el Río desemboque en el Mar de Silencio, donde no serán dioses de nada, donde nada es, y adonde jamás llegará un solo ruido. Y a lo lejos, en las riberas del Río, ladrará el Tiempo, el viejo perro sabueso, deseoso de destrozar a sus amos; entretanto, MANA-YOOD-SUSHAI meditará algún plan sobre otros dioses y otros mundos.

EL AVE DEL DESTINO Y DEL FIN

POR último, el trueno, tratando de escapar al destino de los dioses, rugirá horriblemente entre los Mundos, mientras el Tiempo, el perro sabueso de los dioses, ladrará hambriento a sus amos, porque la vejez lo habrá dejado flaco.

Y de los valles más recónditos de Pegana, Mosahn, el ave del Destino cuya voz es como la trompeta, se elevará con enérgicos aletazos por encima de los dioses y de los montes de Pegana, y una vez arriba, con su voz de trompeta, proclamará EL FIN.

Entonces, en medio del escándalo y furia de Su perro, los dioses harán todos, por última vez en Pegana, el signo de los dioses, bajarán con sosegada dignidad a sus doradas galeras, y emprenderán Su viaje por el Río de Silencio para no volver ya más.

Entonces se desbordará el Río, subirá una marea del Mar de Silencio que anegará todos los Mundos y cielos, mientras MANA-YOOD-SUSHAI, en el Centro de Todas las Cosas, permanecerá sumido en profunda meditación. Y el Tiempo, una vez suprimidos los Mundos y ciudades donde él solía saciar su hambre, al no encontrar qué devorar, morirá súbitamente.

Pero hay quienes sostienen —y ésta es la herejía de los saigoths— que cuando los dioses suban finalmente a sus galeras de oro, Mung, solo, dará media vuelta; y dando la espalda a Trehagobol, y blandiendo la Espada Cortante llamada Muerte, se enfrentará por última vez al Tiempo, con su vaina de Sueño golpeando vacía en su costado.

Allí, bajo Trehagobol, lucharán solos cuando todos los dioses se hayan ido.

Y dicen los saigoths que el perro acechará con malicia a Mung durante dos días y dos noches... días y noches en los que no alumbrará ningún sol ni luna, pues se irán hundiendo en el cielo con todos los mundos cuando las galeras se alejen; porque salieron de los dioses, y los dioses ya no estarán.

Y entonces el perro saltará sobre Mung y le destrozará la garganta; y éste, haciendo por última vez el signo de Mung, descargará con la Muerte su golpe, hendiéndole la cruz; y esa Espada, manchada con la sangre del Tiempo, enmohecerá, desaparecerá.

Entonces MANA-YOOD-SUSHAI se habrá quedado solo, sin la Muerte y sin el Tiempo, y no volverán a silbar las horas en su oído, ni oírá sisear en el aire las vidas fugaces.

Y las galeras de oro se llevarán a los dioses muy lejos de Pegana, y sus rostros reflejarán una completa serenidad, porque habrán comprendido que es EL FIN.

EL TIEMPO Y LOS DIOSES^[2]

HACE muchísimo, cuando los dioses eran jóvenes y su atezado siervo el Tiempo carecía de edad, dormían los dioses tendidos junto a un río que discurría sobre la tierra. Allí, en un valle que se habían reservado para Su propio descanso, los dioses soñaban sueños de mármol. Y los sueños, enhiestos y orgullosos, alzaban entre el río y el cielo sus cúpulas y pináculos de espejeante blancura en la madrugada. En el centro de la ciudad, el mármol reluciente de mil peldaños ascendía hasta la ciudadela, donde se levantaban cuatro pináculos que enviaban sus centelleos al cielo; y en medio de ellos estaba la cúpula, inmensa, tal como los dioses la habían soñado. A todo su alrededor, terraza tras terraza, se extendían campos de mármol, bien guardados por los leones de ónice y efigies esculpidas de todos los dioses entremezcladas con los símbolos de los mundos. Con un rumor como de tintineo de campanillas, en una tierra remota de pastores oculta por unos montes, las aguas de numerosas fuentes retornaban otra vez a su origen. Entonces despertaban los dioses, y allí estaba Sardathrion. No han concedido los dioses a los hombres corrientes pisar las calles de Sardathrion, ni a los ojos comunes contemplar sus surtidores. Sólo a quienes ellos han hablado, asomándose entre las estrellas, en pasajes solitarios y nocturnos; sólo a quienes han oído la voz de los dioses por encima del alba, o han visto Sus rostros inclinados sobre el mar, sólo a éstos les ha sido concedido ver Sardathrion, estar donde sus pináculos se reúnen en la noche fresca del sueño de los dioses. Porque alrededor del valle se extiende un gran desierto que ningún viajero corriente puede atravesar. Sólo aquéllos a quienes los dioses escogen sienten de pronto un gran anhelo en el corazón; y cruzando las montañas que separan el desierto del resto del mundo, emprenden el camino a través de él impulsados por los dioses, hasta que, oculto en el corazón del desierto, descubren por fin el valle, y contemplan con sus ojos Sardathrion.

En el desierto que se extiende más allá del valle crecen mil espinos, todos apuntando hacia Sardathrion. Y quizá son muchos los que han llegado a la ciudad de mármol por deseo de los dioses, pero ninguno puede regresar. Porque ya no vuelven a ser las demás ciudades un hogar apropiado para el hombre cuyos pies pisaron las calles de Sardathrion, donde ni los dioses se avergüenzan de andar con humana apariencia embozados en Sus capas. Así, pues, jamás oírás ciudad alguna las canciones que cantan en la ciudadela de mármol aquéllos en cuyos oídos sonaron las voces de los dioses. Ninguna noticia llegará jamás a otras tierras de la música que forman las fuentes de Sardathrion cuando las aguas que se elevan hacia el cielo regresan al lago donde los dioses, a veces, se refrescan la cara a la manera de los hombres. Nadie podrá oír nunca la voz de los poetas de esa ciudad, a los que los dioses han hablado.

Muy lejos se encuentra esa ciudad. Jamás se oyó el menor rumor de ella: sólo yo

la soñé, aunque no puedo saber si son verdad mis sueños.

Los dioses se hallaban sentados sobre el Crepúsculo, años más tarde, gobernando los mundos. Ahora ya no paseaban por la Ciudad de Mármol, al atardecer, oyendo el chapoteo de las fuentes o escuchando las canciones de los hombres a los que amaban; porque era en los años posteriores, y debían atender a su tarea de dioses.

Pero a menudo, mientras descansaban un rato de su labor de dioses, de oír humanas súplicas o enviar aquí a la Pestilencia y allá a la Compasión, hablaban entre sí de los viejos tiempos, diciendo: «¿Te acuerdas de Sardathrion?», y otro contestaba: «¡Ah!, de Sardathrion, y de sus terrazas de mármol envueltas por la bruma, donde ya no paseamos».

Luego los dioses volvían a su tarea de dioses, respondiendo a las plegarias de los hombres, o infligiéndoles castigos; y enviaban sin cesar a su atezado siervo, el Tiempo, a sanar o a oprimir. Y el Tiempo se internaba en los mundos para cumplir el mandato de los dioses, aunque lanzando furtivas miradas a sus amos; y los dioses desconfiaban de él, porque sabía qué sería de los mundos y los dioses.

Un día en que el Tiempo furtivo había entrado en los mundos a afligir ciudades de las que estaban cansados los dioses, se dijeron éstos, sentados sobre el Crepúsculo:

—Sin duda somos los señores del Tiempo, y dioses de los mundos. Mirad cómo nuestra ciudad de Sardathrion se alza por encima de todas las demás ciudades. Las otras surgen y perecen, en cambio Sardathrion se yergue como la primera y la postrera de todas. Los ríos se pierden en el mar, y los arroyos abandonan los montes; en cambio, las fuentes de Sardathrion brotan perpetuamente en nuestra soñada ciudad. Igual que fue Sardathrion cuando los dioses eran jóvenes, así son hoy sus calles el signo de que nosotros somos los dioses.

De súbito, se presentó la atezada figura del Tiempo ante los dioses, con las manos goteantes de sangre, y la enrojecida espada colgando ociosa entre sus dedos; y dijo:

—¡Sardathrion ha muerto! ¡La acabo de destruir!

Y los dioses dijeron:

—¿Sardathrion? ¿La ciudad de mármol Sardathrion? ¿La has destruido tú? ¿Tú, el esclavo de los dioses?

Y el más anciano de los dioses dijo:

—¿Sardathrion, Sardathrion, Sardathrion ha muerto?

Y el Tiempo le miró furtivamente a la cara, y avanzó hacia él toqueteando con sus dedos goteantes el puño de su espada veloz.

Entonces temieron los dioses con renovado recelo que el que había destruido Su ciudad exterminase un día a los dioses. Y un llanto nuevo se propagó lastimero por el Crepúsculo: el lamento de los dioses por Su ciudad soñada, que exclamaban:

«No podrán las lágrimas devolvernos la ciudad de Sardathrion.

»Pero esto es lo que pueden hacer los dioses que contemplaron —y lo hicieron

con mirada impasible— los sufrimientos de diez mil mundos: llorar por ti.

»No podrán las lágrimas devolvernos la ciudad de Sardathrion.

»No pienses, Sardathrion, que son tus dioses quienes te enviaron ese destino; el que te ha derribado, derribará también a tus dioses.

»¡Cuántas veces, cuando a la Noche sobrevenía de pronto la Mañana jugando por los campos del Crepúsculo, vimos emerger tus pináculos de la oscuridad, Sardathrion, Sardathrion, ciudad soñada de los dioses, y surgir tus leones de ónice, miembro a miembro, de la negrura!

»¡Cuántas veces hemos enviado a nuestro hijo el Amanecer a jugar con las crestas de los surtidores de tus fuentes! ¡Cuántas veces la Tarde, la más amable de nuestras diosas, se demoró en tus balcones!

»Que un fragmento de tus mármoles emerja del polvo para que tus dioses lo acaricien, como acaricia el hombre, cuando ha perdido todos sus demás tesoros, un mechón de cabello de su amada.

»Sardathrion, los dioses deben besar otra vez el lugar donde estuvieron tus calles.

»Había mármoles maravillosos en tus calles, Sardathrion.

»¡Sardathrion, Sardathrion, los dioses lloran por ti!»

LALLEGADA DEL MAR^[3]

HACE tiempo no había mar, y los dioses caminaban por las verdeantes llanuras de la tierra.

Un atardecer de los años olvidados se hallaban los dioses sentados en los montes, con todos los riachuelos del mundo durmiendo enroscados a Sus pies, cuando Slid, el nuevo dios, abriéndose paso entre las estrellas, se presentó súbitamente en la tierra, situada en un rincón del espacio. Y tras él venían un millón de olas, todas siguiendo a Slid y avanzando por el crepúsculo; y Slid descendió a tierra en uno de los grandes valles verdes que dividen el sur, y acampó aquí para pasar la noche, con todas sus olas a su alrededor. Pero a los dioses, que se hallaban en lo alto de Sus montes, les llegó, cruzando los verdes espacios que se extienden al pie de los montes, un grito nuevo; y se dijeron:

—Ése no es el grito de la vida ni el susurro de la muerte. ¿Qué nuevo grito es éste que los dioses jamás han ordenado, y no obstante llega a los oídos de los dioses?

Y elevando juntos sus gritos los dioses, formaron el grito del sur, llamando a su presencia al viento del sur. Y otra vez gritaron todos juntos los dioses, haciendo el grito del norte, para llamar a Ellos al viento del norte; y así, reunieron todos Sus vientos, y los enviaron a las bajas llanuras para que averiguasen qué ser había proferido aquel grito nuevo, y lo alejasen de la proximidad de los dioses.

Entonces los vientos aparejaron sus nubes y emprendieron la marcha hasta que llegaron al gran valle verde que divide el sur en dos; y allí descubrieron a Slid, con todas sus olas a su alrededor. Entonces, durante gran espacio, contendieron Slid y los cuatro vientos, hasta que éstos se quedaron sin fuerzas; y volvieron maltrechos a sus amos los dioses, diciendo:

—Hemos encontrado al nuevo ser que ha llegado a la tierra, y hemos luchado contra sus ejércitos; pero no hemos podido expulsarlo. Y ese nuevo ser es hermoso; pero está lleno de furia, y se desliza hacia los dioses.

Pero Slid avanzaba a la cabeza de su ejército, valle arriba; y, pulgada a pulgada y milla a milla, iba invadiendo las tierras de los dioses. Entonces, desde Sus montes, los dioses mandaron un gran escuadrón de peñascos de dura y roja roca, y lo enviaron contra Slid. Y aquellos acantilados descendieron hasta que llegaron ante Slid, inclinaron la cabeza, y formaron un frente firme y ceñudo para defender las tierras de los dioses contra el poder del mar, cerrándole el paso a Slid hacia el resto del mundo. Entonces Slid envió algunas de sus olas menores para que averiguasen qué era lo que se le resistía, y los acantilados las hicieron saltar en pedazos. Pero Slid retrocedió, formó un tropel con sus olas más grandes, y las lanzó contra los acantilados; y los acantilados las volvieron a deshacer. Y otra vez llamó Slid de sus profundidades a una poderosa formación de olas, y las envió rugientes contra los guardianes de los dioses; y las rojas rocas fruncieron el ceño, y las derribaron. Nuevamente reunió Slid

a sus olas más poderosas y las envió contra los acantilados; y aunque fueron dispersadas como las que las habían precedido, los acantilados no podían mantenerse ya en pie firme, y sus caras estaban marcadas y maltrechas. Entonces envió Slid, a cada grieta de la roca, sus olas más grandes en series sucesivas, y el propio Slid agarró con sus garras las rocas enormes, y las arrancó, sepultándolas bajo sus pies. Y cuando cesó el tumulto, el mar había vencido, y los ejércitos de Slid marcharon sobre los restos destrozados de los rojos acantilados, y siguieron ascendiendo a lo largo del valle verdeante.

Entonces los dioses oyeron reír a Slid exultante a lo lejos, y cantar triunfales canciones sobre los rotos acantilados, mientras avanzaba el fragor de su ejército y sonaba más cerca cada vez.

Entonces los dioses llamaron a Sus tierras altas, para que acudiesen a salvar Su mundo frente a Slid; y se agruparon las mesetas, y se pusieron en marcha, formando un blanco frente de centelleantes acantilados, y se alinearon ante Slid. Entonces Slid dejó de avanzar y calmó a sus legiones; y mientras sus olas se aplacaban, comenzó a canturrear una canción que en otro tiempo, hacía muchos muchos años, había turbado a las estrellas y arrancado lágrimas al crepúsculo.

Los acantilados seguían en guardia, severos, preparados para salvar el mundo de los dioses; pero la canción que en otro tiempo había turbado a las estrellas siguió elevando su queja, despertando deseos contenidos, hasta que su melodía llegó a los pies de los dioses. Y los ríos azules que dormían enroscados abrieron sus ojos relucientes, se desperezaron, sacudieron sus juncos y, serpeando entre los montes, comenzaron a descender buscando el mar. Y tras cruzar el mundo, llegaron por último a donde se alzaban los blancos acantilados; y una vez tras ellos, los hendieron aquí y allá, y se precipitaron finalmente por entre sus rotas formaciones en Slid. Y los dioses se enojaron con Sus ríos traidores.

Entonces Slid dejó de cantar la canción que sosiega al mundo, reunió a sus legiones, alzaron la cabeza los ríos con las olas, y se pusieron todos en marcha para asaltar el acantilado de los dioses. Y por donde los ríos habían quebrado las formaciones de roca, penetraron los ejércitos de Slid, rompiéndolas y deshaciéndolas en islas. Y los dioses, en la cima de sus montes, oyeron elevarse otra vez la voz triunfal de Slid por encima de Sus acantilados.

Más de la mitad del mundo se hallaba ya sometido a Slid, y aún seguían avanzando sus ejércitos; y los pueblos de Slid, peces y largas anguilas, entraban y salían por los emparrados en otro tiempo tan queridos de los dioses. Entonces los dioses temieron por Su dominio, y retrocedieron en tropel a los lugares más recónditos y sagrados de las montañas, al verdadero corazón de los montes, donde encontraron a Tintaggon, monte de mármol negro, que miraba fijamente más allá de la tierra; y le dijeron así con sus voces de dioses:

—¡Oh, tú, el más viejo de nuestros montes, cuando creamos la tierra te hicimos primero a ti, y después formamos los campos y las hondonadas, los valles y los

demás montes, y los pusimos a tus pies! Ahora, Tintaggon, tus antiguos señores los dioses se enfrentan a un nuevo ser que derroca a los ancianos. Ve, pues, Tintaggon, y detén a Slid, a fin de que los dioses sigan siendo dioses y la tierra siga siendo verde.

Y al oír la voz de sus señores, los dioses ancianos, Tintaggon descendió al atardecer, dejando tras de sí una estela de crepúsculo. Y cruzando la tierra verdeante, llegó a Ambrady, en el borde del valle, y allí se encontró con los más feroces ejércitos de Slid que seguían conquistando mundo.

Y Slid arrojó contra él la fuerza de una bahía entera, la cual fue a estrellarse contra las rodillas de Tintaggon y se desparramó por sus costados; luego descendió y se dispersó. Tintaggon siguió en pie firme por el honor y dominio de sus señores los dioses ancianos. Entonces fue Slid a Tintaggon y le dijo: «Hagamos una tregua. Retírate de Ambrady y déjame pasar entre tus filas, a fin de que mis ejércitos puedan subir por el valle que se abre hacia el mundo, y de que la tierra verdeante que sueña a los pies de los dioses ancianos conozca al nuevo dios Slid. Entonces mis ejércitos dejarán de luchar contigo, y tú y yo seremos señores por igual de toda la tierra, cuando el mundo entero cante el canto de Slid, y tu cabeza se levante por encima de mis tropas, una vez que todos los montes rivales hayan perecido. Yo te cubriré con todas las galas del mar, y amontonaré a tus pies todos los botines que he obtenido en extrañas ciudades. Tintaggon: he conquistado todas las estrellas, mi canto surca todos los espacios, y vengo victorioso de Mahn y de Khanagat, situadas en el borde más extremo de los mundos. Tú y yo vamos a ser señores por igual, cuando los dioses ancianos hayan desaparecido, y la verde tierra sepa de la existencia de Slid. Obsérvame centelleando amable y azul con mil sonrisas y movido por mil disposiciones de ánimo». Y Tintaggon respondió: «Yo soy sólido y negro, y tengo una sola voluntad: defender a mis amos y su tierra verdeante».

Entonces Slid retrocedió gruñendo, convocó a las olas de todo un mar, y las lanzó de lleno, cantando, a la cara de Tintaggon. Y de la frente marmórea de Tintaggon, el mar cayó hacia atrás, llorando, sobre una playa desigual; y, ondulación tras ondulación, regresó disperso a Slid y dijo: «Tintaggon sigue en pie».

Muy lejos de la batida playa que se extendía a los pies de Tintaggon, Slid descansó mucho tiempo, y mandó al nautilus que merodease bajo la mirada de Tintaggon, mientras él y sus ejércitos cantaban ociosas canciones sobre islas hermosas del lejano sur, sobre las inmóviles estrellas de las que salieron con sigilo, y sobre el crepúsculo y el pasado. Pero Tintaggon siguió con los pies firmemente plantados en el borde del valle, defendiendo del mar a los dioses y su tierra verdeante.

Y mientras cantaba Slid sus canciones, y jugaba con el nautilus que navegaba de un lado para otro, fue reuniendo a sus océanos. Una mañana, mientras cantaba canciones sobre viejas guerras horribles y paces deleitosas, y sobre islas de ensueño y sobre el sol y el viento del sur, sacó de repente, de las profundidades, cinco océanos para atacar a Tintaggon. Y los cinco océanos se abalanzaron sobre Tintaggon, y pasaron por encima de su cabeza. Uno tras otro, fueron soltando los océanos su presa;

uno tras otro, fueron cayendo hacia atrás mientras Tintaggon seguía firme; y por la mañana el poder de los cinco océanos yacía inerte a los pies de Tintaggon.

Lo que Slid había conquistado quedó en su poder, y hoy no existe ya el gran valle del sur; pero todo lo que Tintaggon había guardado frente a Slid siguió en poder de los dioses. Ahora, el mar se extiende tranquilo a los pies de Tintaggon, mientras él se alza en medio de rotos y blancos acantilados, y montones de rocas rojas en torno a sus pies. Y muchas veces el mar se retira de la playa, y otras muchas avanzan de nuevo sus olas con un fragor de ejércitos devastadores, de manera que todos puedan recordar la gran batalla que sostuvo Tintaggon una vez, cuando defendió a los dioses y su tierra verdeante frente a Slid.

A veces, en sus sueños, los curtidos guerreros de Slid aún levantan la frente y profieren gritos de combate; entonces se congregan negras nubes en torno a la frente oscura de Tintaggon, mientras él se yergue ceñudo —así lo ven de lejos los barcos— donde en otro tiempo sometió a Slid. Y los dioses saben que mientras Tintaggon siga en pie, Ellos y Su mundo están a salvo. Y, si un día derribará a Tintaggon, es algo que permanece entre los secretos del mar.

EL SECRETO DE LOS DIOSSES^[4]

ZYNI MOË, la pequeña serpiente, vio centellear el fresco río ante sí, a lo lejos, y se dispuso a cruzar las ardientes arenas para alcanzarlo.

Uldoon, el profeta, había dejado el desierto y seguía la ribera del río camino de su antigua casa. Hacía treinta años que, para vivir en un lugar silencioso donde poder ahondar en el secreto de los dioses, había abandonado su ciudad natal. Se llamaba Ciudad junto al Río, y en ella habían impartido muchos profetas sus enseñanzas sobre los dioses, y los hombres mismos habían creado muchos secretos. Sin embargo, ninguno conocía el secreto de los dioses. Ni nadie osaba buscarlo; pues si alguno lo hacía, los hombres decían de él:

—Éste peca, pues no rinde culto a los dioses que hablan a nuestros profetas a la luz de las estrellas, cuando nadie les oye.

Y Uldoon comprendió que el entendimiento del hombre es como un jardín, y que sus pensamientos son como las flores, y los profetas de la ciudad son como otros tantos jardineros que desyerban y podan, los cuales han hecho en el jardín senderos suaves y rectos; y sólo se permite al alma del hombre caminar por esos senderos, no sea que digan los jardineros: «Esa alma transgrede». Y los jardineros eliminan de los senderos toda flor que nace en ellos, y cortan del jardín todas las que son demasiado altas, diciendo: «Ésa es la costumbre», y «está escrito», y «jamás ha sido así antes».

Así que Uldoon vio que no podría descubrir el Secreto de los dioses en una ciudad. Y dijo a las gentes:

—En el comienzo de los mundos, el Secreto de los dioses estaba claramente escrito sobre la tierra entera, pero las pisadas de los numerosos profetas lo han borrado. Vuestros profetas son veraces, pero voy a retirarme al desierto para buscar una verdad que es más cierta que la de ellos.

Así que Uldoon entró en el desierto, envuelto por una tormenta, y buscó allí durante muchos años. Cuando el trueno rugía sobre las montañas que limitaban el desierto, buscaba el Secreto en el trueno; pero los dioses no hablaban por medio del trueno. Cuando la voz de las alimañas turbaba la quietud bajo las estrellas, buscaba en ella el Secreto; pero los dioses no hablaban por medio de las alimañas. Envejeció Uldoon, y todas las voces del desierto habían hablado a Uldoon —aunque no la de los dioses—, cuando una noche Les oyó susurrar más allá de las montañas. Murmuraban entre sí, volvían Sus rostros hacia la tierra, y lloraban. Y Uldoon, aunque no vio a los dioses, vio Sus sombras al volverse, y regresar a una gran hondonada entre los montes; y allí, de pie en la entrada del valle, dijeron:

—¡Oh, Morning Zai, el más viejo de los dioses, la fe te ha abandonado, y ayer se pronunció tu nombre por última vez en la tierra!

Y mirando hacia la tierra, lloraron todos otra vez.

Y desgarraron las blancas nubes del cielo, envolvieron con ellas el cuerpo de

Morning Zai, lo sacaron de su valle, lo trasladaron al otro lado de los montes; y cubrieron de nieve los picos, y tocaron redobles en ellos con baquetas de ébano tallado, ejecutando la marcha fúnebre de los dioses. Retumbaron los ecos por los desfiladeros y aullaron los vientos, porque se había extinguido la fe de los viejos tiempos, y con ella se había ido el alma de Morning Zai. Así, pues, cruzaron los dioses de noche los pasos de montaña con el cuerpo de Su padre muerto. Y Ulfoon les siguió. Y llegaron a un gran sepulcro de ónice que se alzaba sobre cuatro columnas estriadas de mármol blanco, cada una tallada de cuatro montañas, y colocaron en él a Morning Zai porque la vieja fe había muerto. Y allí, en la tumba del padre, hablaron los dioses al fin; y Ulfoon oyó el Secreto de los dioses, y lo juzgó tan sencillo que pensó que cualquier hombre podía haberlo adivinado, aunque ninguno lo ha hecho. Entonces se levantó el alma del desierto y extendió sobre la tumba su corona de olvido trenzada con erráticas arenas; y volvieron los dioses a cruzar las montañas, y regresaron a Su hondonada. Pero Ulfoon abandonó el desierto, y caminó muchos días, hasta que llegó al río que pasa la ciudad en busca del mar; y siguiendo su ribera, llegó cerca de su antiguo hogar. Y la gente de la Ciudad del Río, al verle venir de lejos, le gritó:

—¿Has averiguado el Secreto de los dioses?

Y él respondió:

—Lo he averiguado. Éste es el Secreto de los dioses...

Zyni Moé, la pequeña serpiente, al ver la figura y la sombra de un hombre entre ella y el fresco río, levantó veloz la cabeza, y mordió. Y los dioses están contentos con la pequeña Zyni Moé, a la que han llamado guardiana del Secreto de los dioses.

EN EL PAÍS DEL TIEMPO^[5]

ASÍ habló Alatta, a su hijo primogénito: «Te dejo mi Ciudad de Zoon, de dorados aleros bajo los que bordonean la abejas. Y te lego también las tierras de Alatta, y todas las tierras que merezcas poseer, pues los tres poderosos ejércitos que te dejo pueden muy bien tomar Zindara, invadir Istahn, y hacer retroceder a Onin de su frontera, y asediar las murallas de Yan, y más allá, extender sus conquistas sobre los países menores de Hebith, Ebnon y Karida. Pero no lleves tus ejércitos contra Zeenar, ni cruces jamás el Eidis».

Tras lo cual murió el rey Karnith en la ciudad de Zoon, del país de Alatta, bajo los dorados aleros, y su alma fue a donde habían ido las almas de sus mayores, los reyes que le precedieron, y las almas de sus esclavos.

Entonces Karnith Zo, el nuevo rey, tomó la corona de hierro de Alatta, y bajó después a las llanuras que circundan Zoon, donde halló a sus tres poderosos ejércitos clamando por que les llevasen contra Zeenar, al otro lado del Eidis.

Pero el nuevo rey se apartó de sus ejércitos; y durante toda una noche, a solas con su corona de hierro en el gran palacio, meditó largamente sobre la guerra; y poco antes del amanecer distinguió vagamente, desde la ventana del palacio que daba a oriente, por encima de la ciudad de Zoon y más allá de los campos de Alatta, un valle remoto que se abría en Istahn. Allí, mientras meditaba, vio elevarse las hebras de humo, altas y rectas, sobre las casitas de la llanura y los campos donde pacían las ovejas. Después, el sol se elevó espléndido sobre Alatta, igual de luminoso que sobre Istahn, y percibió movimiento en las casas de Alatta y de Istahn; cantaron los gallos en la ciudad, y los hombres salieron a los campos entre los balidos de las ovejas; y el rey se preguntó si harían cosas distintas en Istahn. Y hombres y mujeres se juntaban al salir para el trabajo, y el sonido de sus risas se elevaba de las calles y los campos; los ojos del rey miraron hacia la lejana Istahn: el humo aún ascendía alto y recto de las pequeñas casitas. Y el sol subió aún más sobre Alatta e Istahn, haciendo que las flores se abriesen en una y otra ciudad, y que cantasen los pájaros y se alzasen las voces de los hombres y las mujeres. En el mercado de Zoon, las caravanas se habían puesto ya en marcha para llevar sus mercancías a Istahn; a continuación, pasaron camellos procedentes de Alatta con gran tintineo de cascabeles. Todo esto vio el rey mientras meditaba, él que nunca había meditado. A poniente, las montañas de Agnid guardaban severas el río Eidis; detrás de ellas, el pueblo feroz de Zeenar vivía en una tierra inhóspita.

Más tarde, el rey, visitando su nuevo reino, llegó al Templo de los dioses de Antaño. Allí encontró las techumbres hundidas, rotas las columnas de mármol, y que la maleza invadía el interior del santuario: los dioses de Antaño, privados de todo culto y sacrificio, habían caído en el abandono y el olvido. Y preguntó el rey a sus consejeros quién era el que había destruido este templo, o había provocado el

abandono de los dioses. Y le contestaron:

—El tiempo es quien lo ha hecho.

Después topó el rey con un hombre encorvado, tullido, y de rostro gastado y cubierto de arrugas, visión que jamás había tenido en la corte de su padre; y le dijo:

—¿Quién te ha hecho eso?

Y el viejo contestó:

—Ha sido el tiempo implacable.

Pero siguieron adelante el rey y sus consejeros, y a continuación se cruzaron con un grupo de hombres que acompañaban un coche fúnebre. Y el rey interrogó interesado a sus consejeros sobre la muerte; pues jamás habían explicado estas cosas al rey. Y el más anciano de los consejeros contestó:

—La muerte, oh rey, es un don que los dioses envían por mano de su siervo el Tiempo; unos la reciben con alegría, otros se ven obligados a aceptarla de mala gana, y a otros les sobreviene en mitad del día. Y con este don que el Tiempo trae de los dioses, el hombre debe entrar en las tinieblas para no poseer otra cosa, mientras no sea otra la voluntad de los dioses.

Pero el rey regresó a su palacio, reunió a sus profetas más grandes y a sus consejeros, y les interrogó con más detalle sobre el Tiempo. Y ellos le explicaron que el Tiempo era una figura grande como una sombra alta e inmóvil en la oscuridad, o que caminaba invisible por el mundo; y que era esclavo de los dioses y llevaba a cabo sus mandatos; pero que andaba cambiando siempre de amos, y todos los anteriores señores del Tiempo habían muerto, y habían sido olvidados Sus altares. Y dijo uno:

—Yo lo vi un día en que bajé a jugar otra vez al jardín de mi niñez impulsado por unos recuerdos. Fue hacia el atardecer, cuando palidecía la luz; y vi al Tiempo de pie en la pequeña verja, pálido como la luz: se interpuso entre el jardín y yo, y me robó todos los recuerdos porque era más fuerte que yo.

Y otro dijo:

—Yo también he visto al Enemigo de mi Casa. Le vi cuando cruzaba los campos que yo conocía bien, llevando de la mano a un desconocido para aposentarlo en mi hogar natal, y dejarle que viviese donde vivieron mis antepasados. Y le vi, después, dar tres vueltas alrededor de la casa, e inclinarse a arrancar el encanto del jardín y barrer las altas amapolas, y sembrar mala yerba a su paso mientras recorría mis rincones recordados.

Y otro dijo:

—Un día se internó en el desierto y sacó vida de los parajes desolados, y la hizo llorar amargamente, y luego la cubrió otra vez con el desierto.

Y otro dijo:

—Yo también le vi en el jardín de un niño, destrozando flores; y después salió a recorrer los bosques, arrancando las hojas, una tras otra, de todos los árboles.

Y otro dijo:

—Yo le vi una vez a la luz de la luna, de pie, alto y negro en medio de las ruinas

de un altar, en el antiguo reino de Amarna, llevando a cabo una fechoría nocturna. Y su rostro tenía la expresión del asesino, mientras cubría algo con yerbas y tierra. Más tarde, en Amarna, el pueblo de ese viejo reino echó de menos a su dios, en cuyo altar había visto yo, por la noche, al Tiempo agazapado; y no lo han vuelto a ver desde entonces.

Entretanto, a lo lejos, en el extremo de la ciudad, se había ido elevando el clamor de los tres ejércitos del rey, que pedían que les llevaran contra Zeenar. Entonces fue el rey a donde estaban sus ejércitos y, hablando a sus capitanes, dijo:

—No quiero, para ser rey de otras tierras, adornarme con el asesinato. He visto surgir sobre Istahn la misma mañana que ha alegrado también a Alatta, y he oído descender la Paz entre las flores. No llevaré el dolor a los hogares para gobernar sobre un país de viudas y huérfanos. Pero os conduciré contra el jurado enemigo de Alatta que echará abajo las torres de Zoon, y que ha osado derribar ya a nuestros dioses. Es el enemigo de Zindara, de Istahn, y de Yan, país de numerosas ciudadelas. Hebith y Ebnon no pueden resistirle, y Karida, rodeada de inhóspitas montañas, no está segura frente a él. Es un enemigo más poderoso que Zeenar, cuyas fronteras son más fuertes que el Eidis; acecha con malicia todos los pueblos de la tierra, se burla de sus dioses, y codicia todas sus ciudades. Por tanto, iremos a conquistar al Tiempo, y a salvar a los dioses de Alatta de sus garras; y al volver victoriosos, descubriremos que la Muerte se ha ido, y que han desaparecido la edad y las enfermedades; y viviremos aquí eternamente, bajo los dorados aleros de Zoon, mientras las abejas bordan entre tejados incólumes y torres jamás melladas. No habrá ruina ni olvido, agonía ni dolor, cuando hayamos librado del Tiempo despiadado a los pueblos y campos deleitables de la tierra.

Y los ejércitos juraron seguir al rey para salvar al mundo y a los dioses.

Así, pues, al día siguiente se puso en marcha el rey con sus tres ejércitos, y cruzó muchos ríos y atravesó muchas tierras; y por donde pasaban, preguntaban acerca del Tiempo.

Y el primer día encontraron a una mujer con el rostro surcado de arrugas, la cual les contó que había sido hermosa, y que el Tiempo le había marcado la cara con sus cinco uñas.

Muchos ancianos vieron a su paso, en su marcha en busca del Tiempo. Todos le habían visto, pero ninguno pudo decirles más salvo algunos que decían que había tomado el camino hacia allá; y señalaban una torre ruinoso o un árbol viejo y destrozado.

Y día tras día y mes tras mes, el rey avanzaba con sus ejércitos, esperando tener finalmente al Tiempo ante sí. Unas veces acampaban de noche cerca de palacios de hermosa arquitectura o junto a floridos jardines, con la esperanza de sorprender a su enemigo cuando llegase dispuesto a profanar esos lugares al amparo de la oscuridad. Otras, cruzaban telarañas, cadenas herrumbrosas, y casas de techumbres hundidas o paredes desmoronadas. Entonces los ejércitos aceleraban el paso, pensando que

estaban sobre la pista del Tiempo.

A medida que pasaban las semanas y se convertían en meses, y les llegaban nuevas y rumores sobre el Tiempo sin cesar, aunque no lograban dar con él, los ejércitos se iban cansando de su larga marcha; pero el rey les hacía seguir, y no consentía que nadie volviese la espalda, diciendo siempre que ya tenían cerca al enemigo.

Mes sí, mes no, el rey hacía avanzar a sus ahora desgastados ejércitos; hasta que finalmente, faltando poco para cumplirse el año desde que iniciaran la empresa, llegaron al remoto pueblecito de Astarma, en el norte. Allí, muchos soldados del rey, cansados, desertaron de sus ejércitos, se asentaron en Astarma y se casaron con muchachas astarmesas. Por estos soldados podemos establecer claramente la fecha en que los ejércitos llegaron a Astarma, casi al año de haber emprendido la expedición. Y partieron los ejércitos de ese pueblo, y los niños los vitorearon al desfilar por la calle. Y cinco millas más adelante, cruzaron una cordillera y se perdieron de vista. Es menos conocido el otro lado de esa cadena montañosa; pero se ha logrado reconstruir el resto de esta crónica por las historias que los veteranos de los ejércitos del rey solían contar de noche junto al fuego, en Zoon, y que más tarde recordaban los hombres de Zeenar.

Hoy es creencia general que los ejércitos del rey que rebasaron Astarma llegaron por fin (no se sabe al cabo de cuánto tiempo) a la cresta de una pendiente donde la tierra entera descendía en forma de un plano verdeante hacia el norte. Abajo se extendían verdes campos, y más allá gemía el mar sin que la vista alcanzase a descubrir costa ni isla ninguna.

En medio de los verdes campos había una aldea; y hacia ella se volvieron los ojos del rey y de sus ejércitos mientras descendían la cuesta. La veían abajo, delante de ellos, grave, consumida por la antigüedad, con vetustas techumbres, manchadas y combadas por el paso de los años, y torcidas chimeneas. Sus tejas eran de antiguas losas cubiertas de espeso musgo, y las ventanas, de innumerables y extraños cristalitos, asomaban a jardines de singular trazado invadidos de maleza. Las puertas, oscilando sobre goznes herrumbrosos, eran de tablas de roble inmemorial con negros nudos vacíos. Los flotantes molinillos chocaban contra las casas, y todo lo cubría la yedra o lo invadía la maleza. De las torcidas chimeneas se elevaban altas y rectas las azulencas hebras de humo, y la yerba asomaba entre el grueso empedrado de la calle desierta. Entre los jardines y la calle se alzaban los setos de vigoroso espinos, por encima de la altura de un jinete, y por ellos trepaba la enredadera y se asomaba a los jardines desde arriba. Delante de cada casa se abría un vacío en el seto, en el que gemía una cancela de madera gastada por la lluvia y los años, y verde como el musgo. Sobre todo ello, se cernía la edad y el completo silencio de las cosas pasadas y olvidadas. El rey y sus ejércitos contemplaron largamente estos restos que los años habían arrojado de la antigüedad. Entonces detuvo el rey a sus hombres en lo alto de la ladera, y bajó al pueblo acompañado sólo por uno de sus capitanes.

Seguidamente, hubo una agitación en una de las casas: un murciélago salió volando por la puerta a la luz del día, y tres ratones se escabulleron por los ángulos del umbral; una losa del sendero se partió en dos y siguió unida por el musgo. Y a continuación, apareció un anciano de barba blanca, encorvado sobre un bastón, con la ropa lustrosa por el uso; después aparecieron otros en las puertas de las otras casas, igual de viejos todos, cojeando sobre sus bastones. Eran las personas más ancianas que el rey había visto nunca, y les preguntó el nombre del pueblo, y quiénes eran; y uno de ellos contestó: «Ésta es la Ciudad de los Ancianos, del Territorio del Tiempo».

Y dijo el rey: «¿Entonces, está aquí el Tiempo?»

Y uno de los ancianos señaló un gran castillo que se alzaba en lo alto de un monte, y dijo: «Allí habita el Tiempo, y nosotros somos su pueblo»; y todos observaron al rey Karnith Zo con curiosidad. Y el más decrepito de los aldeanos habló otra vez, y dijo: «¿De dónde vienes, que eres tan joven?»; y Karnith Zo le contó cómo había venido a vencer al Tiempo para salvar al mundo y a los dioses, y les preguntó de dónde venían ellos.

Y los aldeanos dijeron:

—Somos más viejos que siempre, y no sabemos de dónde vinimos; pero somos los súbditos del Tiempo, y desde el Borde del Todo lanza él sus horas al asalto del mundo, y jamás podrás vencer al Tiempo.

Pero el rey volvió con sus ejércitos, señaló hacia el castillo de lo alto del monte, y les dijo que al fin habían encontrado al Enemigo de la Tierra; y los que eran más viejos que siempre volvieron lentamente a sus casas de chirriantes y herrumbrosas puertas. Y los ejércitos cruzaron los campos, y pasaron el pueblo. El Tiempo les observaba desde una torre; y mientras ellos rodeaban el monte en orden de batalla, siguió allí, sin dejar de observar desde su gran torre.

Pero cuando los pies de los primeros pisaron el borde del monte, el Tiempo lanzó contra ellos cinco años, y los años pasaron por encima de sus cabezas; y el ejército, un ejército de soldados maduros, siguió avanzando. Y la ladera pareció más empinada al rey y a todos los hombres de su ejército, cuya respiración se hizo fatigosa. Y el Tiempo reunió más años, y los fue lanzando uno a uno sobre Karnith Zo y sus hombres. Se anquilosaron las rodillas del ejército, crecieron sus barbas, y se volvieron grises. Y siguieron silbando sobre sus cabezas las horas y los días y los meses, y fueron encaneciendo cada vez más; y no cesaban de abatirse sobre ellos las horas victoriosas y los años, barriendo del ejército toda juventud; hasta que el ejército estuvo ante las murallas del castillo del Tiempo, en medio de una nube aullante de años, y encontraron la cima demasiado escarpada para su vejez. Lenta, dolorosamente, atormentado por la fiebre y los escalofríos, el rey se unió a su gastado ejército que, tambaleante, había emprendido el descenso de la ladera.

Lentamente, el rey condujo de regreso a sus guerreros, sobre cuyas cabezas habían aullado los años triunfales. En etapas de años alternos, fueron retrocediendo hacia el sur, siempre en dirección a Zoon; y entraron de nuevo en Astarma, con las

lanzas enmohecidas y las barbas largas, y nadie les reconoció. Pasaron otra vez por ciudades y pueblos donde antes habían indagado sobre el paradero del Tiempo, y tampoco hubo nadie que les reconociese. Volvieron a los palacios y jardines donde se habían apostado por las noches, al acecho del Tiempo, y descubrieron que el Tiempo había estado allí. A todo esto, iban con la esperanza puesta en volver a ver los dorados aleros de Zoon. Y ninguno se había dado cuenta de que detrás de ellos marchaba la flaca figura del Tiempo, separando a los rezagados, uno tras otro, y agobiándoles con sus horas: no cesaban de notar desaparecidos cada día, y cada vez era más reducido el número de los veteranos de Karnith Zo.

Pero al fin, después de muchos meses, una noche en que marchaban a oscuras antes del amanecer, vieron súbitamente irrumpir el alba sobre los tejados de Zoon; y un gran grito brotó del ejército:

—¡Alatta! ¡Alatta!

Pero al acercarse, descubrieron que las puertas estaban herrumbrosas, la yerba invadía las murallas exteriores, se habían hundido muchos de los tejados, los hastiales estaban combados y ennegrecidos, y los dorados aleros habían perdido su esplendor. Y los soldados, que entraban en la ciudad esperando encontrar a sus hermanas y novias con algunos años más, descubrieron sólo viejas arrugadas y decrepitas que no les reconocieron ni sabían quiénes eran.

Y de repente, dijo alguien:

—Ha estado aquí, también.

Y entonces comprendieron que, mientras ellos habían ido en busca del Tiempo, el Tiempo había atacado su ciudad, la había sitiado con los años, y la había tomado mientras ellos no estaban, esclavizando a sus mujeres y a sus hijos con el yugo de la vejez. Y los que quedaban de los tres ejércitos de Karnith Zo se quedaron a vivir en la ciudad dominada. Poco después, los hombres de Zeenar cruzaron el río Eidis; y venciendo fácilmente a un ejército de viejos soldados, se apoderaron de Alatta; y sus reyes reinaron en adelante en la ciudad de Zoon. Y a veces, los hombres de Zeenar oían las extrañas historias que contaban los viejos alattes sobre los años en que combatieron contra el Tiempo. Después se publicaron las historias que los hombres de Zeenar recordaban, y esto es cuanto puede decirse de aquellos aventureros ejércitos que fueron a guerrear con el Tiempo para salvar al mundo y a los dioses, y fueron arrollados por las horas y los años.

LA VENGANZA DE LOS HOMBRES^[6]

ANTES del Comienzo, los dioses dividieron la tierra en pasto y yermo. Crearon pastos agradables que cubriesen la faz de la tierra, hicieron huertos en los valles, y parajes pelados en lo alto de los montes; pero a Harza la condenaron, sentenciaron y predestinaron a ser eternamente erial.

Cuando, al atardecer, el mundo rezaba a los dioses, los dioses escuchaban sus plegarias; pero se olvidaban de las oraciones de las tribus de Arim. Así que los hombres de Arim eran agobiados por las guerras, y arrojados de una tierra a otra, aunque no se dejaban aplastar. Y el pueblo de Arim se dio sus propios dioses, erigiendo en dioses a sus hombres, hasta que los dioses de Pegana volviesen a acordarse de ellos. Y sus jefes Yoth y Haneth, haciendo de dioses, siguieron guiando a su pueblo aunque eran acosados por todas las tribus. Por último, llegaron a Harza, donde no había tribus, y descansaron al fin de la guerra; y dijeron Yoth y Haneth: «La tarea ha concluido; ahora, sin duda, los dioses de Pegana se acordarán de nosotros». Y construyeron una ciudad en Harza, y cultivaron el suelo, y el verdor se propagó por el erial como se propaga el viento en el mar; y entonces hubo frutos y ganado en Harza, y rumor de miles de ovejas. Allí descansaron de su constante huir de todas las tribus, y elaboraron fábulas sobre sus sufrimientos, hasta que todos los hombres sonrieron en Harza, y los niños rieron con alegría.

Entonces dijeron los dioses: «No es la tierra lugar para reír». Tras lo cual salieron a las puertas de Pegana, donde dormía encogida la Pestilencia; y despertándola, le señalaron hacia Harza. Y la Pestilencia cruzó el cielo a saltos entre aullidos.

Esa noche llegó a los campos cercanos a Harza; se internó en la yerba, se tumbó, miró airadamente las luces, se lamió las zarpas, y volvió a quedarse mirando las luces.

Pero a la noche siguiente, invisible, recorrió la ciudad entre la alegre muchedumbre, entró solapadamente en las casas, una tras otra, y se asomó a los ojos de los hombres, penetrando incluso sus párpados; de manera que cuando llegó la mañana siguiente, los hombres miraron ante sí, y exclamaron que veían la Pestilencia, aunque otros no, y murieron a continuación; porque los ojos verdes de la Pestilencia se habían asomado a sus almas. Fría y húmeda era; aunque brotaba un calor de sus ojos que abrasaba las almas de los hombres. Entonces vinieron los físicos y los hombres versados en artes mágicas, e hicieron el signo de los físicos y el signo de los magos; asperjaron agua azul sobre yerbas medicinales, y salmodiaron conjuros; pero la Pestilencia siguió visitando casa tras casa, y asomándose a las almas de los hombres. Y las vidas de las gentes escapaban en bandada de Harza; y en muchos libros se consigna adónde iban. Sin embargo, la Pestilencia seguía cebándose en la luz que irradian los ojos de los hombres, y nunca acababa de saciar su hambre; y se volvía más fría y húmeda, y el calor de sus ojos aumentaba mientras, noche tras

noche, galopaba por la ciudad sin cuidarse ya de disimulos.

Entonces los hombres de Harza rezaron a los dioses, diciendo:

—¡Altos dioses! Sed clementes con Harza.

Y los dioses escucharon sus plegarias; pero a la vez que escuchaban, señalaron con el dedo y animaron a la Pestilencia a seguir. Y, a las voces de sus amos, la Pestilencia se volvía más osada, y acercaba el hocico a los ojos de los hombres.

Nadie podía verla, sino aquellos a quienes atacaba. Al principio dormía de día acurrucada en oscuras cavidades; pero cuando su hambre aumentó, empezó a salir incluso a la luz del sol; y se agarraba al pecho de los hombres, y les hundía su mirada en los ojos hasta secarles el alma, al extremo de que casi la podían ver confusamente los que no eran golpeados por ella.

Hallábase Adro, el físico, en su aposento, confeccionando en un cuenco, a la luz de una vela, una mixtura que ahuyentase a la Pestilencia, cuando entró por la puerta un sople que hizo parpadear la llama.

Dado que el aire era frío, el físico se estremeció, se levantó y cerró la puerta; pero al volverse para regresar a su silla, vio a la Pestilencia dando lengüetadas en la mixtura; a continuación saltó y echó una zarpa al hombro de Adro y otra a su capa, al tiempo que con las otras dos le agarraba por la cintura; y así, le miró intensamente a los ojos.

Pasaban dos hombres por la calle; y uno le dijo al otro: «Mañana cenaré contigo».

Y la Pestilencia esbozó una sonrisa que nadie llegó a ver, enseñando sus dientes goteantes, y corrió a ver si al día siguiente cenaban juntos aquellos dos hombres.

Y dijo un viajero al llegar: «Esto es Harza. Aquí descansaré».

Pero esa jornada, su vida viajó más allá de Harza.

A todos tenía amedrentados la Pestilencia; y aquéllos a quienes hería, la veían. Pero nadie veía las grandes figuras de los dioses, a la luz de las estrellas, azuzando a Su Pestilencia...

Entonces los hombres abandonaron Harza; y la Pestilencia acosó a los perros y las ratas, y saltó sobre los murciélagos al pasar por encima de ella, todos los cuales morían y quedaban esparcidos por las calles. Pero no tardó en dar la vuelta, y perseguir a los hombres que huían de Harza; y se apostó junto a los ríos donde se acercaban a beber, lejos de la ciudad. Entonces regresó a Harza el pueblo de Harza, todavía perseguido por la Pestilencia, y se congregó en el Templo de Todos los dioses excepto Uno; y dijo el pueblo al Sumo Profeta: «¿Qué podemos hacer ahora?» A lo que éste respondió:

—Todos los dioses se han burlado de las plegarias. Este pecado debe ser castigado para venganza de los hombres.

Y el pueblo se sintió aterrado.

El Sumo Profeta subió a la Torre bajo el cielo donde convergían las miradas de todos los dioses a la luz de las estrellas. Allí, a la vista de los dioses, alzó la voz para que le oyesen, y dijo: «¡Altos dioses! Os habéis mofado de los hombres. Sabed, pues,

que está escrito en la tradición antigua, y bien fundado en la profecía, que hay un FIN que aguarda a los dioses, los cuales saldrán de Pegana en galeras de oro, y bajarán por el Río Silente hasta el Mar del Silencio, donde Sus galeras se elevarán en la niebla, y dejarán de ser dioses. Y los hombres encontrarán finalmente protección de las burlas de los dioses en la tierra húmeda y cálida; en cuanto a los dioses, jamás dejarán de ser Seres que fueron dioses. Cuando el Tiempo y los mundos y la muerte se hayan ido, nada quedará, sino cansados remordimientos y Seres que en un tiempo fueron dioses.

»Digo esto a la vista de los dioses.

»Para que lo oigan los dioses».

Entonces los dioses gritaron al unísono, señalaron con la mano la garganta del Profeta, y la Pestilencia se abalanzó sobre él.

Hace mucho que ha muerto el Sumo Profeta, y los hombres han olvidado sus palabras; y los dioses no saben si es cierto que EL FIN está esperando a los dioses, pues han dado muerte a quien podía habérselo dicho. Y los Dioses de Pegana sienten que el miedo ha caído sobre Ellos para venganza de los hombres; pues no saben cuándo vendrá ese FIN, ni si es cierto que llegará.

LA NOCHE Y LA MAÑANA^[7]

UNA vez, en una glorieta de los dioses encima de los campos del crepúsculo, la Noche, vagando sola, se encontró de repente con la Mañana. Entonces la Noche se apartó de la cara su capa de oscuras nieblas grises, y dijo: «Mira, soy la Noche»; y sentándose las dos en la glorieta de los dioses, la Noche le contó asombrosas historias de sucesos acaecidos en la oscuridad. Y la Mañana, maravillada, miraba con ojos abiertos el rostro de la Noche con su corona de estrellas. Y la Mañana contó cómo humearon las ruinas de Snamarthis en la llanura; pero la Noche le describió los festines que Snamarthis celebraba al oscurecer, con placeres y vino e historias que se contaban de reyes, hasta que todas las huestes de Meenath se acercaron con sigilo, apagaron las luces, y se elevó un fragor de armas que duró hasta antes del amanecer. Y contó también cómo el mendigo Sindana había soñado que era rey; y la Mañana, cómo había visto a Sindana divisar de repente un ejército en la llanura, y se había acercado a él creyéndose todavía rey, y el ejército le había creído, y Sindana reinaba ahora sobre Marthis y Targadrides, Dynath, Zahn y Tumeida. Y lo que más le gustaba a la Noche era hablar de Assarnees, cuyas ruinas representan unos cuantos vestigios en el borde del desierto; pero la Mañana habló de las ciudades gemelas Nardis y Timaut, que señoreaban sobre la llanura. Y la Noche habló con voz atemorizadora de lo que descubrió Mynandes cuando recorría a oscuras su propia ciudad. Y no paraban de surgir, del codo de la Noche, susurros que decían: «Cuéntale a la Mañana esto».

Y no paraba la Noche de hablar, y de maravillarse la Mañana. Y siguió la Noche contando lo que habían hecho los muertos cuando, en la oscuridad, cayeron sobre el rey que les había llevado a la batalla. Y la Noche sabía quién había matado a Darnex, y cómo lo había hecho. Contó además por qué los siete Reyes habían torturado a Sydatheris, y lo que Sydatheris había dicho al final, y cómo fueron los Reyes y se quitaron la vida.

Y contó la Noche de quién era la sangre que manchó la escalinata de mármol que sube al templo de Ozahn, y por qué el cráneo que se guarda en él tiene una corona de oro, y el alma de quién está encerrada en el lobo que aúlla a oscuras frente a la ciudad. Y la Noche sabía adónde van los tigres del desierto irasiático, y en qué lugar se reúnen, y quién habla con ellos, y qué les dice y por qué. Y contó por qué habían mordido dientes humanos el gozne de hierro de la gran puerta que oscila en los muros de Mondas, y quién emergió del pantano al oscurecer, y pidió audiencia al Rey, y contó un engaño al Rey, y cómo el Rey, creyéndole, bajó a la cripta de su palacio y no halló sino sapos y serpientes que le dieron muerte. Y habló de aventuras en las torres de palacio, en secreto; y sabía el conjuro con el cual podía un hombre hacer que la luz de la luna traspasase el alma de su enemigo. Y la Noche habló del bosque y su agitación de sombras y pisadas furtivas y ojos acechantes, y del miedo que se esconde tras los árboles en forma de algo agazapado y dispuesto a saltar.

Pero allá, muy abajo de la glorieta de los dioses, en la tierra, la cumbre del Mondana miró a la Mañana a los ojos, y abandonó su fidelidad a la Noche; y uno tras otro, los picos más pequeños que rodeaban las rodillas del Mondana saludaron a la Mañana también. Y entretanto, en la llanura, las siluetas de las ciudades fueron emergiendo de las sombras. Y surgió Kongros con todos sus pináculos, con la imagen alada de la Poesía esculpida sobre el pórtico de su entrada oriental y la figura encogida de la Avaricia mirándola desde poniente; y el murciélago comenzó a sentirse cansado de volar por sus calles, y ya el búho se había recogido. Y los oscuros leones abandonaron la llanura y regresaron de nuevo a sus cavernas. Aún no brillaba una gota de rocío en la trampa de la araña, ni se oía el rumor de los insectos o de los pájaros del día; aún rendían los valles total vasallaje a su Señora la Noche. Sin embargo, la tierra se preparaba para otra soberana que iba arrebatando reino tras reino a la Noche; y a través de los sueños de los hombres, avanzaban un millón de heraldos que marchaban pregonando con la voz del gallo: «¡Mirad! La mañana viene detrás de nosotros». Pero en la glorieta de los dioses sobre los campos del crepúsculo desmayaba ya la corona de estrellas en torno a la cabeza de la Noche; y más que nunca, la frente de la Mañana parecía el símbolo del poder. Y en el momento en que palidecen los fuegos de campamento y el humo sube gris a los cielos, y los camellos olfatean la madrugada, de repente, la Mañana se olvidó de la Noche. Y la Noche se escabulló, embozada en su capa, de la glorieta de los dioses, y huyó a la morada de las sombras; y la Mañana alargó una mano hacia las brumas, y las levantó para desvelar la tierra; y arrojó de su presencia a las sombras, y éstas echaron a correr tras la Noche. Y súbitamente, el misterio abandonó las formas inquietantes, desapareció un viejo encanto, y a lo largo y ancho de los campos de la tierra surgió un nuevo esplendor.

LOS SUEÑOS DE UN PROFETA^[8]

I

CUANDO los dioses me arrastraron al sufrimiento, me acosaron con la sed y me derribaron con el hambre, oré a los dioses. Cuando los dioses asolaron las ciudades en las que yo vivía, y cuando me quemó Su ira y me abrasaron Sus ojos, alabé a los dioses y les ofrecí sacrificios. Pero cuando volví a mi tierra verdeante y la encontré agostada, y que habían desaparecido los lugares de misterio donde yo jugaba de niño, y que los dioses habían suprimido hasta el polvo y la telaraña del último rincón de mis recuerdos, entonces maldije a los dioses; y hablándoles a la cara, les dije:

—¡Dioses de mis plegarias! ¡Dioses de mis ofrendas! Aunque hayáis olvidado los sagrados rincones de mi niñez, y por tanto hayan dejado de existir, no los puedo olvidar yo. Por haber hecho eso, veréis fríos Vuestros altares, y no tendréis mis miedos ni mis alabanzas. No me harán parpadear Vuestros relámpagos, ni me amedrentará vuestro paso junto a mí.

Luego, mirando hacia el mar, maldije a los dioses; y en ese instante llegó a mí uno con aspecto de poeta, y dijo:

—No maldigas a los dioses.

Y yo le dije:

—¿Cómo no voy a maldecir a los que me han arrebatado mis sagrados lugares, y han pisoteado los jardines de mi niñez?

Y dijo él: «Ven, yo te los enseñaré». Y le seguí a donde había dos camellos de cara al desierto. Nos pusimos en camino, y marché junto a él durante gran espacio sin decir palabra, hasta que por último llegamos a un valle desolado, oculto en medio del desierto. Y allí, como lunas caídas, vi unas costillas inmensas que emergían blancas de la arena, más altas que las dunas del desierto. Y había, aquí y allá, grandes siluetas de calaveras como cúpulas de mármol blanco de palacios contruidos por ejércitos de esclavos, hacía muchísimo tiempo, para reyes tiranos. También había esparcidos otros huesos, huesos de enormes piernas y brazos, contra los cuales el desierto, como un mar invasor, avanzaba y casi los había sepultado. Y al verme contemplar con asombro aquellos restos colosales, me dijo el poeta:

—Los dioses están muertos.

Seguí mirando largamente en silencio, y dije:

—Esos dedos que ahora ves tan muertos y tan quietos y blancos destrozaron un día las flores del jardín de mi juventud.

Pero mi compañero replicó:

—Te he guiado hasta aquí para pedirte que perdones a los dioses; porque, por ser poeta, conocí a los dioses. Y quisiera disipar las maldiciones que se ciernen sobre Sus

huesos, y traerles el perdón de los hombres como una última ofrenda, a fin de que las yerbas y la yedra puedan cubrir Sus huesos y protegerlos del sol.

Y dije yo:

—Ellos hicieron al Remordimiento de pelo gris como una tarde lluviosa de otoño y armado con múltiples garras desgarradoras, y al Dolor de manos calientes y pies morosos, y al Miedo en forma de rata con dos dientes fríos tallados en hielo de ambos polos, y a la Ira con el vuelo veloz de la libélula de ojos ardientes en verano. No perdonaré a esos dioses.

Pero el poeta dijo:

—¿Acaso puedes estar enojado con esos hermosos huesos blancos?

Y miré largamente aquellos hermosos huesos curvados que ya no podían hacer daño a la más pequeña criatura de todos los mundos que ellos mismos habían creado. Y medité largamente en el mal que habían hecho, y también en el bien. Pero cuando pensé en Sus manos volviendo rojas y mojadas de las batallas para hacer una primula para que un niño la cortase, entonces perdoné a los dioses.

Y empezó a caer del cielo una lluvia mansa que apaciguó la arena inquieta, y un blando musgo comenzó a brotar súbitamente, y cubrió los huesos hasta darles aspecto de extrañas y verdes colinas; y oí un grito, desperté, y descubrí que había estado soñando; y al asomarme a la puerta de mi casa, vi que un relámpago había matado a un niño en la calle. Entonces comprendí que los dioses aún vivían.

II

YO dormía en el campo de amapolas de los dioses, en el valle de Alderon, adonde los dioses acuden a reunirse de noche cuando la luna está baja. Y soñé que éste era el Secreto.

El Destino y el Azar habían estado jugando, y su juego había terminado y todo había concluido: las esperanzas y las lágrimas, los sufrimientos, deseos y tristezas, todas las cosas por las que lloraban los hombres y las cosas olvidadas, y los reinos y los pequeños jardines y el mar, y los mundos y las lunas y los soles. Y lo que quedaba no era nada, y no tenía ni color ni sonido.

Entonces dijo el Destino al Azar: «Juguemos otra vez a nuestro viejo juego». Y jugaron nuevamente, utilizando a los dioses como piezas, como habían jugado a menudo otras veces. De manera que volverán a existir las cosas que existieron; y al pie de la misma loma, un súbito destello de sol, el mismo día de primavera, hará florecer de nuevo el mismo narciso, y lo cogerá el mismo niño, y no pesarán los mil millones de años que mediaron. Y se volverán a ver las mismas viejas caras, aunque no privadas de sus lugares familiares. Y tú y yo nos volveremos a encontrar en un jardín, una tarde de verano, cuando el sol se halle a medio camino entre su cénit y el

mar, donde nos reuníamos antes. Pues el Destino y el Azar sólo juegan a un juego con movimientos idénticos, y lo juegan mientras transcurre la eternidad.

LOS HOMBRES DE YARNITH^[9]

LOS hombres de Yarnith sostienen que nada empezó hasta que Yarni Zai alzó la mano. Yarni Zai, dicen, tiene forma de hombre, pero más grande, y es un ser de roca. Cuando alzó la mano, todas las rocas que vagaban bajo la Bóveda —como llaman al cielo— se agruparon en torno a Yarni Zai.

De los otros mundos no dicen nada, pero sostienen que las estrellas son los ojos del resto de los dioses que miran a Yarni Zai y se ríen, pues son más grandes que él, si bien no han juntado mundos a su alrededor.

Sin embargo, aunque son más grandes que Yarni Zai, y aunque se ríen de él cuando conversan entre sí bajo la Bóveda, todos hablan de Yarni Zai.

Inaudible es la voz de los dioses para todos, excepto para los dioses; pero los hombres de Yarnith cuentan que su profeta Iraun, acostado en el desierto de arena llamado Azrakhan, les oyó una vez, y se enteró así de que Yarni Zai se separó de todos los dioses para vestirse de rocas y hacer un mundo.

Cierto es que todas las leyendas cuentan que al extremo del valle de Yodeth donde éste se pierde entre negros peñascos, se halla una figura colosal, sentada sobre una montaña, en forma de un hombre con la mano diestra levantada, pero más inmensa que los montes. Y en el Libro de las Cosas Secretas que los profetas guardan en el Templo de Yarnith está escrita la historia de la formación del mundo tal como Iraun la oyó cuando los dioses hablaban entre sí, en la quietud que reina sobre Azrakhan.

Y todo el que la lea podrá averiguar cómo Yarni Zai atrajo las montañas a su alrededor, envolviéndose en ellas como en un manto, y amontonó el mundo debajo de él. No está consignado cuántos años permaneció Yarni Zai vestido de rocas en el extremo del Valle de Yodeth sin que hubiese nada en el mundo salvo las rocas y el propio Yarni Zai.

Pero un día llegó otro dios, corriendo por encima de las rocas, desde el otro lado del mundo; y corría como corren las nubes en los días de tormenta. Y al verle precipitarse hacia Yodeth, Yarni Zai, sentado sobre su montaña con la diestra levantada, exclamó:

—¿Qué haces tú corriendo por mi mundo, y adónde vas?

Y el nuevo dios no respondió palabra, sino que siguió corriendo; y a medida que avanzaba, a su izquierda y a su derecha iba brotando verdor sobre las rocas del mundo de Yarni Zai.

Así, el nuevo dios dio la vuelta al mundo y lo cubrió todo de verde, excepto el valle donde Yarni Zai destacaba monstruoso sobre su montaña, y en algunas tierras donde Cradoa, la sequía, ramoneaba horriblemente por las noches.

Después, el texto del Libro cuenta cómo llegó de oriente otro dios, veloz como el primero, con el rostro mirando hacia el oeste, sin que nada pudiese detener su carrera;

y cómo abría los brazos, y se cubría de blancura el mundo entero, a derecha e izquierda, mientras avanzaba.

Y Yarni Zai gritó:

—¿Qué haces tú, recorriendo mi mundo?

Y el nuevo dios respondió:

—Traigo nieve para el mundo entero: blancura y descanso y silencio.

Y aquietó el curso de las corrientes, y posó su mano incluso sobre la cabeza de Yarni Zai, y amortiguó los ruidos del mundo, hasta que se apagaron todos los rumores de la tierra, salvo el correr del nuevo dios que había traído la nieve al cruzar las llanuras.

Pero los dos nuevos dioses se persiguieron eternamente alrededor del mundo; y cada año volvían a pasar, descendiendo a los valles y subiendo a las montañas y cruzando las llanuras que se extendían ante Yarni Zai, cuya mano levantada había juntado al mundo en torno suyo.

Y, además, los muy devotos pueden leer cómo todos los animales subieron por el valle de Yodeth hasta la montaña donde descansaba Yarni Zai, diciendo:

—Danos licencia para vivir, para ser leones, rinocerontes y conejos, y para andar por el mundo.

Y Yarni Zai dio licencia a los animales para ser leones, rinocerontes y conejos, y todas las demás clases de animales, y para andar por el mundo. Pero cuando todos se hubieron ido, dio licencia a las aves para ser aves y recorrer el cielo.

Y después llegó un hombre a ese valle, que dijo:

—Yarni Zai, has hecho animales en tu mundo.

¡Oh, Yarni Zai, ordena que haya hombres!

Y Yarni Zai hizo hombres.

Entonces, en el mundo, estuvieron Yarni Zai, y dos dioses extraños que habían traído el verdor y el crecimiento y la blancura y la quietud, y animales y hombres.

Y el dios del verdor perseguía al dios de la blancura, y el dios de la blancura al dios del verdor, y los hombres perseguían a los animales y los animales a los hombres. Pero Yarni Zai siguió sentado inmóvil sobre su montaña con su mano diestra levantada. Pero dicen los hombres de Yarnith que cuando el brazo de Yarni Zai deje de estar levantado, el mundo caerá tras él como cae la capa de un hombre. Y Yarni Zai dejará de vestirse con el mundo, y volverá al vacío bajo la Bóveda de las estrellas, como desciende el buceador en busca de perlas desde las islas.

Han escrito los antiguos escribas, en la historia de Yarnith, que pasó un año por el valle de Yarnith sin traer consigo lluvia ninguna; y el Hambre de los yermos que se extendían más allá, viendo que el tiempo era seco y agradable en Yarnith, subió a las montañas y descendió por las laderas y tomó el sol en los linderos de los campos de Yarnith.

Y los hombres de Yarnith, cuando fueron a trabajar los campos, descubrieron al Hambre royendo el grano y ahuyentando el ganado; y se apresuraron a traer agua de

los pozos profundos, y la arrojaron sobre la piel reseca y gris del Hambre, y la hicieron retroceder a las montañas. Pero al día siguiente, cuando estuvo seca otra vez, volvió el Hambre a seguir royendo el grano y ahuyentando el ganado; y nuevamente los hombres la hicieron retroceder. Pero regresó con renovada energía; y llegó un momento en que no quedó agua en los pozos con que asustar al Hambre, y ésta destruyó por completo el trigo de los campos, y enflaqueció el ganado que ella había expulsado. Y el Hambre se acercó más, hasta las casas de los hombres, holló de noche sus jardines, y se fue aproximando a sus portales. Por último, el ganado no fue capaz de huir y, una tras otra, el Hambre fue agarrando a las reses por el cuello, y las fue derribando; y por las noches, arañaba la tierra y mataba hasta las raíces de las plantas; y se asomó a las puertas otra vez, un poco más, aunque no se atrevía a entrar del todo, por temor a que aún les quedase a los hombres agua para echarle sobre su piel reseca y gris.

Entonces los hombres de Yarnith rezaron a Yarni Zai, sentado en el otro extremo del valle, suplicándole día y noche que ordenara al Hambre que se retirase; pero el Hambre siguió ronroneando, acabó con el ganado, y finalmente se atrevió a alimentarse de hombres.

Y cuentan las historias cómo aniquiló primero a los niños, y después, más osada, mató a las mujeres, hasta que por último saltó al cuello de los hombres mientras trabajaban los campos.

Entonces dijeron los hombres de Yarnith:

—Uno de nosotros tiene que ir a llevar nuestras plegarias a los pies de Yarni Zai; pues el mundo reza muchas oraciones al atardecer, y tal vez a Yarni Zai, que oye a toda la tierra lamentarse cuando al atardecer se elevan las plegarias hasta sus pies, se le extravíen muchas de las que envían los hombres de Yarnith. Pero si va uno y dice a Yarni Zai: «Hay una pequeña arruga en el borde de tu capa que los hombres llaman valle de Yarnith, donde el Hambre es más dueña que el propio Yarni Zai», puede que recuerde por un instante, y llame a su Hambre.

Sin embargo, los hombres temían ir, sabedores de que sólo eran hombres, y Yarni Zai Señor de la tierra entera, y de que el camino era largo y peñoso. Pero esa noche Hothrun Dath oyó gemir al Hambre cerca de su casa, y dar zarpazos en la puerta; por donde le pareció preferible que le fulminase la mirada de Yarni Zai, a seguir oyendo eternamente los gañidos del Hambre en el umbral.

Así que hacia el amanecer, salió sigiloso Hothrun Dath, temiendo oír detrás el aliento del Hambre, y emprendió el camino hacia donde señalaban las sepulturas de los hombres. Pues los hombres de Yarnith eran enterrados con los pies y la cara hacia Yarni Zai, por si éste les miraba por la noche, y les llamaba a él.

Así pues, siguió Hothrun Dath durante el día en la dirección de las sepulturas. Dicen que incluso caminó tres días y tres noches sin otra guía que las sepulturas, las cuales señalaban hacia Yarni Zai —donde todas las laderas del mundo ascienden hacia Yodeth, y las grandes rocas negras más próximas a Yarni Zai se agrupan en

clanes—, hasta que llegó a dos grandes pilares negros de asdarinto, y vio más allá las rocas enhiestas de un oscuro valle, alto y estrecho, y comprendió que era Yodeth. Entonces aflojó la marcha, y siguió avanzando despacio valle arriba, sin atreverse a turbar la quietud; pues se dijo:

«Sin duda es ésta la quietud que envolvía Yarni Zai antes de que se vistiese de rocas».

Aquí, entre las rocas que se habían agrupado al principio a una llamada de Yarni Zai, Hothrun Dath sintió un tremendo pavor; pero siguió adelante por su pueblo, y porque sabía que tres veces cada hora se reunían la Muerte y el Hambre para pronunciar una misma palabra^[10].

Pero cuando el alba volvió gris la oscuridad, llegó al final del valle, e incluso tocó el pie de Yarni Zai; pero no le vio, porque la niebla lo ocultaba por completo. Entonces Hothrun Dath temió no poder mirarle a los ojos cuando le elevase su plegaria. Pero al apoyar la frente sobre el pie de Yarni Zai, rezó por los hombres, diciendo:

—¡Oh, Señor del Hambre y Padre de la Muerte!, hay una mota en el mundo que has hecho, a la que llaman Yarnith, donde mueren los hombres antes del tiempo que tú les has asignado, dejando Yarnith. Quizá el Hambre se ha rebelado contra ti, o la Muerte se excede en sus poderes. ¡Oh, Señor del Mundo!, expulsa al Hambre como a una polilla de tu capa, no sea que los dioses que te observan con sus ojos digan: «Ahí está Yarni Zai; mirad, lleva la capa hecha jirones».

Y, envuelto en la niebla, Yarni Zai no hizo muestra ninguna. Entonces rogó Hothrun Dath a Yarni Zai que hiciese algún signo con la mano que tenía levantada, a fin de que él pudiese saber que le había escuchado. Esperó sobrecogido y en silencio, hasta que, casi al amanecer, levantó la niebla que había ocultado la figura. Sereno, sobre las montañas, dominaba el mundo en silencio, con su mano en alto.

Ninguna historia cuenta qué vio Hothrun Dath en el rostro de Yarni Zai, ni cómo regresó vivo a Yarnith; pero está escrito que huyó, y desde entonces nadie ha contemplado el rostro de Yarni Zai. Algunos dicen que vio una expresión en el rostro de la imagen que le estremeció el alma de pavor. Pero afirman en Yarnith que vio las huellas de las herramientas que esculpieron los pies de la figura, y que averiguó por ellas que Yarni Zai había sido tallado por las manos de los hombres; y al comprender que Yarni Zai era de manos humanas, huyó por el valle gritando:

—¡No hay dioses, y el mundo entero está perdido! —Y le abandonó la esperanza, y todas las metas de la vida. Inmóvil tras él, iluminado por el sol, descansaba la colosal figura, con la diestra levantada, que el hombre había hecho a su propia semejanza.

Pero dicen los hombres de Yarnith que Hothrun Dath regresó jadeante a su ciudad, y contó a las gentes que no había dioses, y que Yarnith no esperó ya nada de Yarni Zai. Entonces los hombres de Yarnith, cuando supieron que el hambre no venía de los dioses, se levantaron y lucharon contra ella. Excavaron pozos profundos, y

mataron cabras en las montañas de Yarnith para alimentarse, y viajaron muy lejos para recolectar yerba, donde crecía, para que su ganado pudiese comer. Así combatieron al Hambre, pues decían: «Si Yarni Zai no es un dios, entonces no hay nada tan poderoso en Yarnith como los hombres; y ¿quién es el Hambre con sus meros dientes, frente a los señores de Yarnith?»

Y dijeron: «Si no nos llega ayuda de Yarni Zai, entonces no tenemos ninguna, salvo la de nuestra propia fuerza y poder, y somos dioses de Yarnith para salvar Yarnith de perecer abrasada entre nosotros o condenarla, según nuestro deseo».

Y el Hambre mató a algunos más, pero otros levantaron las manos, diciendo: «Éstas son las manos de los dioses», e hicieron retroceder al Hambre, que se alejó de las casas de los hombres y de los ganados; y los hombres de Yarnith siguieron acosándola, hasta que, en medio del ardor de la lucha, se oyó débilmente el millón de susurros de la lluvia, a lo lejos, hacia el atardecer. Entonces el Hambre huyó aullando a las montañas, buscó refugio en las crestas, y no fue otra cosa que un episodio entre las leyendas de Yarnith.

Un millar de años han pasado por las sepulturas de los que cayeron en Yarnith por el hambre. Pero los hombres de Yarnith aún rezan a Yarni Zai, esculpido por las manos de los hombres a semejanza del hombre; porque dicen:

—Quizá las oraciones que ofrecemos a Yarni Zai se eleven de su imagen como las brumas matinales, y encuentren al fin, en alguna parte, a los otros dioses, o a ese Dios que está tras ellos, del cual no saben nada nuestros profetas.

LOS ESPECTROS

LA ESPADA DE WELLERAN^[11]

DONDE la gran llanura de Tarphet se eleva, como el mar en los estuarios, entre las montañas Ciresianas, se alzaba hace mucho tiempo la ciudad de Merimna, casi entre las sombras de los riscos. Jamás he visto en el mundo una ciudad tan hermosa como me pareció Merimna la primera vez que soñé con ella. Era una maravilla de agujas, figuras de bronce, fuentes de mármol, y trofeos de guerras fabulosas y anchas calles enteramente consagradas a la Belleza. Justo por el centro de la ciudad cruzaba una avenida de cincuenta pasos de ancho, y a cada lado se alineaban las efigies en bronce de los reyes de todos los países que el pueblo de Merimna había conocido. Al final de esa avenida había un carro colosal con tres caballos de bronce llevados por la figura alada de la Fama; detrás, en el carro, iba la imagen enorme de Welleran, antiguo héroe de Merimna, de pie, con la espada extendida. Tan apremiante era la actitud y ademán de la Fama, y tan veloz el gesto de los caballos, que uno habría jurado que el carro se le venía encima, y que el polvo velaba ya los rostros de los reyes. Y había en la ciudad un castillo formidable donde se guardaban los trofeos de los héroes de Merimna. Esculpido, y coronado por una cúpula, constituía el testimonio glorioso del arte de los canteros hacía mucho tiempo desaparecidos; y en lo alto de la cúpula descansaba la imagen de Rollory mirando, por encima de las montañas Ciresianas, hacia las vastas tierras que se extendían más allá, tierras que su espada conocía. A su lado, como una vieja nodriza, la Victoria hacía a golpes de martillo, con las coronas de los reyes caídos, una dorada guirnalda de laureles para la cabeza de Rollory.

Ésa era Merimna, ciudad de victorias esculpidas y guerreros de bronce. Sin embargo, en la época a la que ahora me refiero, Merimna había olvidado el arte de la guerra, y sus habitantes vivían casi dormidos. Andaban de un lado para otro y recorrían las calles de mármol, admirando los monumentos que conmemoraban hazañas realizadas por espadas de su país en manos de los que en otro tiempo amaron a Merimna. Casi andaban sonámbulos, y soñaban con Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax, y con el joven Iraine.

Sobre las tierras del otro lado de las montañas que les rodeaban no sabían nada, salvo que fueron escenario de las terribles hazañas que Welleran había llevado a cabo con su espada. Hacía tiempo que estas tierras habían vuelto a manos de las naciones castigadas por los ejércitos de Merimna. Nada les quedaba ahora a los hombres de Merimna salvo su ciudad inviolada, y la gloria del recuerdo de su antigua fama. Por las noches, destacaban centinelas muy adentro del desierto; pero éstos se dormían siempre en sus puestos, y soñaban con Rollory; y tres veces cada noche hacía su ronda por la ciudad una guardia vestida de púrpura, portando luces y cantando canciones de Welleran. Siempre iba desarmada esta guardia; pero al propagarse por la llanura el eco de sus canciones, y llegar a las imponentes montañas, los bandidos del

desierto oían el nombre de Welleran, y regresaban temerosos a sus guaridas. A menudo, la luz del amanecer cruzaba la llanura, centelleando espléndida en las agujas de Merimna y haciendo palidecer las estrellas, sorprendía a la guardia cantando aún canciones de Welleran, y cambiaba el púrpura de sus vestidos y apagaba las luces que portaban. Pero la ronda regresaba dejando las murallas sin novedad; y uno tras otro, despertaban los centinelas, dejando de soñar con Rollory, y volvían a la ciudad con paso cansado y completamente fríos. Entonces se disipaba cierta amenaza de la faz de las montañas Ciresianas que bajaban hacia Merimna desde el norte y el oeste y el sur, y volvían a surgir las estatuas y las columnas, en la claridad matinal, por toda la ciudad inviolada. Quizá parezca extraño que una guardia desarmada y unos centinelas dormidos pudiesen defender una ciudad repleta de glorias de arte y rica en oro y en bronce, una ciudad altiva que en otro tiempo había oprimido a sus vecinos, y cuyos habitantes habían olvidado el arte de la guerra. Ahora bien, había una razón por la que, aun habiendo perdido hacía tiempo todas sus tierras, siguiese a salvo la ciudad misma. Una cosa extraña creían o temían las tribus feroces del otro lado de las montañas, y era que en algunos puestos de las murallas de Merimna aún cabalgaban Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax, y el joven Iraine. Sin embargo, hacía un centenar de años que Iraine, el más joven de los héroes de Merimna, había librado su última batalla con las tribus.

A decir verdad, surgían a veces jóvenes en las tribus que ponían en duda esa creencia; y decían: «¿Cómo puede un hombre escapar constantemente de la muerte?»

Pero hombres más graves contestaban: «Escuchad, vosotros a quienes tanto ha distinguido la sabiduría: explicadnos cómo un hombre puede escapar de la muerte cuando es atacado por dos docenas de jinetes, habiendo jurado matarle todos ellos, y habiéndolo hecho por los dioses de su país, como tantas veces le ha ocurrido a Welleran. O explicadnos cómo dos hombres solos pueden entrar de noche en una ciudad amurallada, y llevarse a su rey, como hicieron Soorenard y Mommolek. Sin duda, los hombres que han escapado de tantas espadas y lluvias de flechas saben escapar de los años y del Tiempo».

Y los jóvenes, avergonzados, acababan callando. Sin embargo, el recelo seguía en aumento. Y a menudo, cuando el sol se ponía tras las montañas Ciresianas, los hombres de Merimna divisaban negras siluetas de miembros de aquellas tribus salvajes, recortadas contra el cielo claro, mirando fijamente hacia la ciudad.

Todos sabían en Merimna que las figuras dispuestas alrededor de las murallas eran sólo estatuas de piedra, aunque algunos abrigaban la esperanza de que un día volvieran otra vez sus héroes, ya que nadie les había visto morir. Ahora bien, había sido costumbre de estos seis antiguos guerreros, al recibir su última herida y conscientes de que era mortal, dirigirse a caballo a un profundo barranco y arrojar en él su propio cuerpo, como he leído yo que hacen los elefantes para ocultar sus huesos de las alimañas. Era un despeñadero muy alto y estrecho incluso en los extremos, un profundo precipicio adonde nadie podía bajar por ningún sendero. Allí se había

dirigido Welleran solo, jadeando con trabajo; allí fueron después Soorenard y Mommolek; Mommolek con una herida mortal, para no regresar, y Soorenard sin daño alguno, para volver tras haber dejado a su amigo del alma descansando entre los huesos poderosos de Welleran. Hacia allí cabalgó igualmente Soorenard cuando le llegó su hora, con Rollory y Akanax, Rollory en medio y Soorenard y Akanax a ambos lados. Y fue duro y extenuante ese trayecto para Soorenard y Akanax, pues los dos iban con mortales heridas; en cambio fue muy fácil para Rollory, ya que iba muerto. Así, pues, los huesos de estos cinco héroes se blanqueaban en tierra enemiga, donde gozaban de una gran quietud, aunque habían trastornado ciudades; y nadie sabía su paradero excepto Iraine, el joven capitán, que sólo contaba veinticinco años cuando se fueron para siempre Mommolek, Rollory y Akanax. Y esparcidas entre ellos, se hallaban sus sillas y sus bridas, y todos los arreos de sus caballos, no fuera que alguno los encontrase y dijese en alguna ciudad extranjera: «Aquí tenéis las bridas y las sillas de los capitanes de Merimna ganadas en combate»; pero sus leales corceles habían regresado en libertad.

Cuarenta años después, en la hora de una gran victoria, recibió Iraine su última herida: una llaga terrible que no quiso cerrar. E Iraine, el último de los capitanes, se fue solo. Era largo el camino hasta el oscuro barranco; e Iraine, temiendo no alcanzar el lugar de descanso de los viejos héroes, acuciaba al caballo para que siguiese corriendo, y se agarraba a la silla con las manos. Y muchas veces, durante el trayecto, se adormeció y soñó con tiempos pasados, y con las primeras veces en que participó en las grandes guerras de Welleran, y con el día en que Welleran le habló por vez primera, y con los rostros de los compañeros de Welleran cuando dirigían las cargas en la batalla. Y cada vez que despertaba, un gran anhelo le invadía el alma, vacilante en el borde de su cuerpo, un ansia de descansar entre los huesos de los héroes. Finalmente, cuando vio el barranco que recorría la llanura como una grieta, el alma de Iraine escapó por su honda llaga y extendió sus alas, y el dolor abandonó su pobre cuerpo acuchillado; y urgiendo aún al caballo a seguir adelante, murió Iraine. Pero el viejo y fiel caballo siguió galopando hasta que vio súbitamente ante sí el oscuro barranco; plantó entonces las patas delanteras en el mismo borde del precipicio, y se detuvo. Y el cuerpo de Iraine saltó por encima del hombro derecho del caballo; y sus huesos siguen descansando mezclados, mientras transcurren los años, con los huesos de los héroes de Merimna.

Ahora había un niño en Merimna llamado Rold. Yo fui el primero en reparar en él; yo, el soñador que dormita junto al fuego, le vi cuando su madre le enseñaba el gran castillo donde se encuentran los trofeos de los héroes de Merimna. Tenía el niño cinco años, y estaban ante el gran cofre de cristal donde se guardaba la espada de Welleran; y le dijo su madre: «Ésa es la espada de Welleran». Y Rold dijo: «¿Qué hacen los hombres con la espada de Welleran?» Y su madre contestó: «La miran, y recuerdan a Welleran». Siguieron andando, y se detuvieron ante la gran capa roja de Welleran; y dijo el niño: «¿Por qué llevaba Welleran esa gran capa roja?» Y su madre

contestó: «Era la costumbre de Welleran».

Cuando Rold fue un poco mayor, salió en secreto de casa de su madre, en mitad de la noche, cuando el mundo estaba en silencio y Merimna dormía y soñaba con Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory y Akanax, y con el joven Iraine. Y fue a las murallas a oír a la guardia púrpura cantar sobre Welleran. Y pasó la guardia púrpura con sus luces, cantando en medio del silencio; y unas siluetas oscuras, en el desierto, dieron la vuelta y echaron a correr. Y Rold regresó a casa de su madre con una emocionada, devoción por el nombre de Welleran, como la que sienten los hombres por las cosas muy santas.

Y con el tiempo, Rold llegó a conocer el camino que recorría las murallas circundantes, y las seis estatuas ecuestres que había en él, guardando Merimna todavía. Estas estatuas no eran como las otras: estaban tan hábilmente labradas en mármoles de colores que nadie podía saber con certeza, hasta que se acercaba lo suficiente, que no eran de carne y hueso. Había un caballo hecho de mármol moteado: el caballo de Akanax. El caballo de Rollory era de alabastro, de un blanco puro; su arnés estaba tallado en una piedra brillante, y la capa del jinete era de piedra azul. Miraba hacia el norte.

Pero el caballo de mármol de Welleran era de un negro puro; y sobre él estaba Welleran, mirando solemnemente hacia poniente. El cuello frío de su caballo era lo que más le gustaba a Rold acariciar, y era a Welleran a quien más claramente distinguían los que escrutaban desde las montañas, al atardecer, en dirección a la ciudad. Y a Rold le encantaban los ollares del gran caballo negro, y la capa de jaspe de su jinete.

Ahora bien, al otro lado de las Ciresianas iba en aumento la sospecha de que los héroes de Merimna habían muerto, y tramaron un plan para que fuese uno de noche, y se acercase a las figuras de las murallas para averiguar si eran Welleran, Mommolek, Rollory, Akanax y el joven Iraine. Y todos estuvieron de acuerdo en dicho plan; se propusieron muchos nombres de los que podían ir, y siguieron madurando la idea durante años. En ese intervalo, los espías se apiñaban a menudo en lo alto de los montes, al ponerse el sol, aunque nadie osaba acercarse. Finalmente, trazaron un plan mejor: decidieron conceder el perdón a dos que habían sido condenados a muerte, a condición de que bajasen a la llanura de noche, y averiguasen si vivían o no los héroes de Merimna. Al principio, los dos condenados tuvieron miedo de ir; pero poco después, uno de ellos, Seejar, dijo a su compañero Sajar-Ho: «Escucha, cuando el verdugo del rey descarga el hacha sobre el cuello de un hombre, ¿no muere ese hombre?»

Y el otro dijo que así era. Entonces añadió Seejar: «Pues aunque Welleran descargue su golpe con la espada, nada puede sobrevenir, aparte de la muerte».

Entonces Sajar-Ho se quedó meditando un momento. Y dijo a continuación: «Pero puede fallarle la vista al verdugo del rey en el instante del golpe, o puede errar su brazo; en cambio, jamás ha fallado el ojo de Welleran, ni ha errado su brazo.

Mejor será que nos quedemos aquí».

Entonces dijo Seejar: «Pero puede que Welleran haya muerto, y que algún otro ocupe su lugar en las murallas; o que sea incluso una estatua de piedra».

Pero Sajar-Ho replicó: «¿Cómo puede haber muerto Welleran, cuando ha escapado incluso de dos docenas de jinetes armados con espadas que habían jurado matarle, y habiéndolo jurado por los dioses de nuestro país?»

Y Seejar dijo: «Esa historia sobre Welleran se la contó a mi abuelo su padre. El día que perdieron la batalla en las llanuras de Kurlistán, vio un caballo moribundo cerca del río; y el caballo miraba hacia el agua de manera lastimera, pero no podía llegar hasta ella. Y el padre de mi abuelo vio a Welleran bajar a la orilla del río, coger agua con sus propias manos, y dársela al caballo. Ahora nos encontramos nosotros en un trance tan angustioso como el del caballo, y estamos igual de cerca de la muerte: tal vez Welleran se apiade de nosotros; en cambio, los verdugos del rey no lo pueden hacer, ya que obedecen órdenes del rey».

Entonces dijo Sajar-Ho: «Siempre has sido gran argumentador. Tú nos metes en esta situación con tus sutilezas y tu ingenio; veremos si puedes sacarnos de ella. Vayamos».

Así, pues, llevaron al rey la noticia de que los dos prisioneros estaban dispuestos a bajar a Merimna.

Ese atardecer, los oteadores les condujeron hasta el borde de la montaña, y Seejar y Sajar-Ho descendieron hacia la llanura por un profundo barranco. Y los oteadores les observaron alejarse. Poco después, el crepúsculo borró por completo sus figuras. Luego llegó la noche, inmensa y sagrada, desde los marjales desolados de oriente y las tierras bajas y el mar; y los ángeles que vigilan a los hombres durante el día cerraron sus grandes ojos y se durmieron, mientras despertaban los ángeles que vigilan a los hombres de noche, erizaban sus plumas azul oscuro, y se levantaban dispuestos a velar. Pero la llanura se había convertido en un misterio poblado de temores. Bajaron, pues, los dos espías por el barranco, y una vez en la llanura, la cruzaron con sigilo. No tardaron en llegar a la línea de centinelas dormidos en la arena; y se agitó uno en sueños, llamando a Rollory, y un gran pavor asaltó a los espías, que susurraron: «Rollory vive»; pero se acordaron del verdugo del rey, y siguieron adelante. Y a continuación llegaron a la gran estatua de bronce del Miedo, labrada por algún escultor de los años gloriosos, en ademán de huir hacia las montañas, llamando a sus hijos al tiempo que volaba. Y los hijos del Miedo se asemejaban a los ejércitos de todas las tribus transciresianas; y de espaldas a Merimna, huían en desbandada tras el Miedo. Y desde donde estaba montado sobre su caballo, ante las murallas, Welleran extendía su espada sobre sus cabezas, como siempre había hecho. Y los dos espías se arrodillaron en la arena y besaron el enorme pie de bronce de la estatua del Miedo, diciendo: «¡Oh, Miedo, Miedo!» Y estando de rodillas, vieron luces a lo lejos, sobre las murallas, que se iban acercando; y oyeron que cantaban sobre Welleran. Y la guardia púrpura se aproximó y pasó de largo con

sus luces, siguiendo la ronda de las murallas, sin dejar de cantar sobre Welleran. Y entretanto, los dos espías permanecieron pegados al pie de la estatua, murmurando: «¡Oh, Miedo, Miedo!» Pero cuando dejaron de oír el nombre de Welleran, se levantaron, llegaron a las murallas, treparon por ellas, echaron a correr hacia la figura de Welleran, y se inclinaron hasta el suelo; y dijo Seejar: «¡Oh, Welleran venimos a ver si vives todavía!» Y durante largo rato, aguardaron con el rostro en tierra. Por último, Seejar alzó la mirada hacia la espada terrible de Welleran, todavía extendida, señalando hacia los ejércitos esculpidos que corrían detrás del Miedo. Y Seejar se inclinó al suelo otra vez, tocó la pezuña del caballo, y la encontró fría. Entonces deslizó la mano hacia arriba, tocó la pata al caballo, y le pareció fría también. Por último tocó el pie de Welleran, y notó duro y rígido el escaupín que lo cubría. Entonces, como Welleran no hablaba ni se movía, Seejar se enderezó y le tocó la mano, la terrible mano de Welleran: era de mármol. Entonces Seejar se echó a reír, y él y Sajar-Ho bajaron corriendo por el sendero desierto y se encontraron con Rollory; y comprobaron que era de mármol también. Entonces se descolgaron por las murallas, cruzaron la llanura, pasando desdeñosos junto a la efigie del Miedo, y oyeron regresar a la guardia, que hacía su tercera ronda por las murallas, cantando sobre Welleran; y dijo Seejar: «Sí; podéis cantar sobre Welleran. Pero Welleran está muerto, y vuestra ciudad está sentenciada».

Y siguieron adelante, y hallaron al centinela, todavía inquieto en la oscuridad, que llamaba a Rollory en sueños. Y murmuró Sajar-Ho: «Sí, llama a Rollory; pero Rollory está muerto, y nada va a salvar vuestra ciudad».

Y los dos espías regresaron con vida a sus montañas; y cuando llegaban a ellas, el primer rayo de sol cruzó rojo por encima del desierto e inflamó las agujas de Merimna. Era la hora en que la guardia púrpura solía regresar a la ciudad con sus pálidas antorchas y sus vestidos de color más brillante; la hora en que los centinelas regresaban fríos y cansados de soñar en el desierto; la hora en que los ladrones del desierto se ocultaban, regresando a sus guaridas de la montaña; la hora en que los insectos de tenues alas nacen para vivir un solo día, y en que mueren los condenados a muerte. Y en esa hora, un gran peligro, nuevo y terrible, se cernió sobre Merimna sin que Merimna lo supiese.

Entonces Seejar, volviéndose, dijo: «Mira lo rojo que es el amanecer, y lo rojas que se han vuelto las agujas de Merimna. Están enojados con Merimna en el Paraíso, y anuncian su destrucción».

Regresaron, pues, los dos espías, y llevaron la noticia a su rey; y durante unos días, los reyes de esos países estuvieron reuniendo sus ejércitos; y una noche, los soldados de los cuatro reyes se concentraron en lo alto del barranco, y se apostaron detrás de la cima, a la espera de que el sol se ocultase. Todos tenían una expresión determinada y audaz; aunque en su interior, cada hombre rezaba a sus dioses uno tras otro.

Entonces se puso el sol, y llegó la hora en que salen los murciélagos y las

criaturas de la oscuridad, y bajan los leones de sus cuevas, y los ladrones del desierto vuelven a la llanura, y suben de las frías ciénagas las fiebres ardientes y aladas, y la seguridad abandona el trono de los reyes: la hora en que cambian las dinastías. Pero en Merimna, la guardia púrpura salió serpeante por el desierto, con sus luces, cantando sobre Welleran, y los centinelas se echaron a dormir.

Es verdad que en el Paraíso no pueden entrar jamás las inquietudes, sino a lo sumo golpear como la lluvia contra sus muros de cristal; sin embargo, las almas de los héroes de Merimna fueron semiconscientes de una remota angustia, como percibe el durmiente que alguien está frío y aterido, aunque no sabe que es él. Y se inquietaron un poco en su estrellado hogar. Seguidamente, invisibles, las almas de Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax y del joven Iraine se encaminaron hacia la tierra por el camino del sol poniente. Ya, cuando llegaron a las murallas de Merimna, acababa de oscurecer, y los ejércitos de los cuatro reyes habían iniciado su marcha, entre ruidos metálicos, por el profundo barranco. Pero cuando los seis guerreros vieron de nuevo su ciudad, tan poco cambiada después de tantos años, la contemplaron con una emoción más próxima a las lágrimas que ninguna de cuantas habían experimentado nunca; y exclamaron:

—¡Oh, Merimna, ciudad querida; Merimna, nuestra ciudad murada!

«Qué hermosa eres con tus agujas, Merimna. Por ti dejamos la tierra, sus reinos y sus florecidas, y por ti hemos dejado un momento el Paraíso.

»Muy difícil es apartarse de la presencia de Dios, que es como un fuego cálido, como un sueño seráfico, como un gran himno, aunque hay una gran quietud alrededor, una quietud poblada de luces.

»Por ti hemos dejado un momento el Paraíso, Merimna.

»Hemos amado a muchas mujeres, Merimna; pero a una sola ciudad.

»Mira cómo sueña todo el pueblo, todo nuestro amado pueblo. ¡Qué hermosos son los sueños! En los sueños, los muertos pueden vivir; incluso los que desaparecieron hace tiempo y están muy callados. Tus luces han ido disminuyendo, se han apagado todas; no suena ningún ruido en tus calles. ¡Chist! Eres como una doncella que cierra los ojos y se duerme, que respira suavemente, y descansa confiada y tranquila.

»Mira tus almenas, tus viejas almenas. ¿Las defienden aún los hombres como las defendimos nosotros? Están algo gastadas, esas almenas —y acercándose más, las observaron con preocupación—; no es la mano del hombre la que ha desgastado nuestras almenas. Sólo lo han hecho los años, y el Tiempo indomable. Tus almenas son como el cinturón de una doncella, como el cinturón que la ciñe. Y mira el rocío que las cubre: es como un cinturón enjorado.

»Corres peligro, Merimna, porque eres muy hermosa. ¿Vas a perecer esta noche porque ya no te defienden, porque gritamos y no nos oyen, como gritan los lirios aplastados sin que nadie sepa de sus voces?»

Así hablaron aquellos capitanes con voz recia, habituada al mundo, dirigiéndose a

su querida ciudad, aunque no sonó más fuerte que el susurro de los pequeños murciélagos que vagan a la luz dudosa del crepúsculo. A continuación se acercó la guardia púrpura que efectuaba la primera ronda de la noche por las murallas, y los viejos guerreros les gritaron: «¡Merimna está en peligro! Sus enemigos se están agrupando en la oscuridad». Pero sus voces no se oyeron, porque eran sólo espectros errabundos. Y la ronda siguió su marcha y pasó sin enterarse, cantando aún sobre Welleran.

Entonces dijo Welleran a sus camaradas: «Nuestras manos no pueden sostener la espada, nuestras voces no pueden hacerse oír; ya no somos vigorosos. No somos sino sueños; así que entremos en los sueños. Id vosotros, y tú también, Iraine, a turbar el descanso de todos los que duermen, instadles a que cojan las viejas espadas de sus mayores que cuelgan de los muros, y se reúnan en la entrada del barranco; yo encontraré un caudillo que les guíe, y haré que tome mi espada».

Entonces salvaron las murallas y entraron en su amada ciudad. Y el viento soplaba ora en una dirección, ora en otra, mientras vagaba el alma de Welleran, que en sus tiempos había resistido las cargas de ejércitos tempestuosos. Y las almas de sus compañeros, y con ellas la del joven Iraine, se adentraron en la ciudad y turbaron los sueños de todos los durmientes, y a cada uno de ellos decían las almas en sus sueños: «Hace calor y bochorno en la ciudad. Sal al desierto, al fresco que hace al pie de las montañas; pero lleva contigo la vieja espada que cuelga del muro, en prevención de los bandidos del desierto».

Y el dios de la ciudad les envió la fiebre, y la fiebre se asentó en la ciudad y las calles se pusieron ardientes; y despertaron todos los durmientes de sus sueños sobre la brisa fresca y deleitable que bajaba de las montañas, encajonada en el barranco; y cogieron las viejas espadas de sus mayores, según aconsejaban sus sueños, en prevención de los bandidos del desierto. Y las almas de los compañeros de Welleran, y con ellas la del joven Iraine, entraban y salían a toda prisa de los sueños, mientras transcurría la noche, y fueron turbando los sueños, uno tras otro, a todos los hombres de Merimna, haciéndoles levantarse y salir armados; a todos salvo a la guardia púrpura, que ignorante del peligro, seguía cantando sobre Welleran; pues los hombres vigiles no pueden oír a las almas de los muertos.

Pero Welleran estuvo vagando sobre los tejados de la ciudad hasta que llegó a la figura de Rold, que se hallaba profundamente dormida. Ahora Rold se había hecho fuerte y tenía dieciocho años, y era rubio de cabello y alto como Welleran. Y el alma de Welleran se detuvo encima de él, y se introdujo en sus sueños como entra la mariposa por una celosía a un jardín de flores. Y dijo el alma de Welleran a Rold en su sueño: «Debes ir a ver otra vez la espada de Welleran, la gran espada de Welleran. Debes ir a verla esta noche, con la luna brillando sobre ella».

Y el deseo que Rold sintió en sueños de ver la espada le hizo salir de casa de su madre, todavía dormido, y dirigirse al castillo donde se guardaban los trofeos de los héroes. Y el alma de Welleran, urgiéndole en sueños, le hizo detenerse ante la gran

capa roja; y una vez allí, le dijo el alma en sueños: «Tienes frío, ya que es de noche; échate encima una capa».

Y Rold se envolvió con la enorme capa roja de Welleran. Luego los sueños de Rold le condujeron a la espada; y dijo el alma a los sueños: «Tienes ganas de sostener la espada de Welleran: cógela en tus manos».

Pero Rold dijo: «¿Qué haría un hombre con la espada de Welleran?»

Y el alma del veterano capitán dijo a los sueños: «Es bueno tener una espada en la mano, coge la de Welleran».

Y Rold, todavía dormido y hablando en voz alta, dijo: «No está permitido; nadie debe tocar esa espada».

Y Rold se volvió para marcharse. Entonces brotó un grito terrible en el alma de Welleran, tanto más intenso cuanto que no podía ser proferido, y resonó una y otra vez en su interior, sin hallar salida, como resuena a lo largo de los años el alarido arrancado en otro tiempo por un crimen en alguna cámara espectral, sin que nadie llegue a oírlo nunca.

Y el alma de Welleran gritó a los sueños de Rold: «¡Tienes trabadas las rodillas! ¡Has caído en una ciénaga! No te puedes mover».

Y los sueños de Rold le dijeron: «Tienes trabadas las rodillas, has caído en una ciénaga»; y Rold se quedó inmóvil delante de la espada. Entonces el alma del guerrero lloró en los sueños de Rold, mientras Rold permanecía delante de la espada:

—Welleran llora por su espada, por su espada curva y prodigiosa. El pobre Welleran, que en otro tiempo luchó por Merimna, llora por su espada. No dejes que Welleran siga separado de su hermosa espada, ya que está muerto y no puede venir por ella; pobre Welleran, que en otro tiempo luchó por Merimna.

Y Rold rompió con la mano el cofre de cristal y cogió la espada, la gran espada curva de Welleran; y el alma del guerrero dijo a los sueños de Rold: «Welleran está esperando en el barranco que se adentra en las montañas, y llora por su espada».

Y Rold cruzó la ciudad, saltó la muralla, atravesó el desierto con los ojos abiertos, aunque dormido, y se dirigió a las montañas.

Una gran multitud de ciudadanos de Merimna se había congregado ya en el desierto, delante del profundo barranco, empuñando viejas espadas; y Rold se abrió paso entre ellos, dormido, portando la espada de Welleran. Y las gentes se dijeron asombradas al verle pasar: «¡Rold lleva la espada de Welleran!».

Llegó Rold a la entrada del barranco, y allí le despertaron las voces de las gentes. Y Rold, que ignoraba cuanto había hecho en sueños, miró con asombro la espada que tenía en la mano, y dijo: «¿Qué eres tú, hermosa obra de arte? En ti centellean las luces, y te muestras inquieta. ¡Es la espada de Welleran, la espada curva de Welleran!»

Y Rold besó su empuñadura, y sus labios percibieron la sal del sudor de las batallas de Welleran. Y dijo Rold: «¿Qué debe hacer un hombre con la espada de Welleran?»

Y todos miraron con asombro a Rold, mientras él, con la espada en la mano, seguía murmurando: «¿Qué debe hacer un hombre con la espada de Welleran?»

A continuación llegó a los oídos del Rold un rumor metálico que provenía del barranco; y toda la gente, gente que no sabía de guerras, oyó acercarse los tintineos en la oscuridad; pues los cuatro ejércitos avanzaban hacia Merimna, no esperando avistar aún a ningún enemigo. Y Rold apretó el puño de la gran espada curva, y la espada pareció elevarse un poco. Y un nuevo pensamiento inundó el corazón de la gente de Merimna al empuñar las espadas de sus mayores. Se iban acercando cada vez más los confiados ejércitos de los cuatro reyes, y comenzaron a despertar antiguos recuerdos ancestrales en el espíritu de las gentes de Merimna, allí en el desierto, espada en mano, detrás de Rold. Y todos los centinelas estaban alerta con sus lanzas, pues Rollory había ahuyentado sus sueños; él, que en otro tiempo había puesto ejércitos en fuga, no era ahora otra cosa que un sueño combatiendo con otros sueños.

Ahora los ejércitos se hallaban muy cerca. De repente, Rold se puso en pie de un salto, gritando: «¡Welleran, y la espada de Welleran!» Y la espada ansiosa y feroz, que había estado sedienta durante cien años, se alzó en la mano de Rold y le atravesó el costado a uno de las tribus. Y con el calor de la sangre, un gozo inundó el alma curva de aquella espada poderosa, como el del nadador que sale goteante de aguas cálidas después de vivir mucho tiempo en tierra seca. Cuando vieron la capa roja y aquella espada terrible, una exclamación recorrió los ejércitos de las tribus: «¡Welleran vive!» Y sonaron los gritos exultantes de los hombres victoriosos, y el jadeo de los que huían. Y volvió a silbar suavemente la espada por sí misma al girar en el aire. Y lo último que vi de la batalla, mientras la lucha retrocedía hacia las profundidades y negruras del barranco, fue la espada de Welleran segando y cayendo, despidiendo reflejos azules de la luna al levantarse, y surgir después cubierta de un rojo reluciente, hasta que desapareció en la oscuridad.

Pero al alba regresaron los hombres de Merimna. Y el sol, al elevarse para dar al mundo nueva vida, alumbró, sin embargo, las cosas espantosas que la espada de Welleran había ejecutado. Y dijo Rold: «¡Oh, espada, espada! ¡Qué horrible eres! ¡Qué espantoso que hayas vuelto entre los hombres! ¿Cuántos ojos no volverán a contemplar jardines por tu causa? ¿Cuántos campos van a quedar vacíos, cuando podían haberse poblado de hermosas casitas, de blancas casitas con niños alrededor? ¿Cuántos valles que podían haber cobijado cálidas aldeas van a quedar desiertos porque mataste a los hombres que las hubieran construido? ¡Oigo llorar al viento por ti, espada! Viene llorando de los valles vacíos. Y también de los campos pelados. Trae voces de niños. De niños que no nacerán. La muerte pone fin al llanto de los que tuvieron vida una vez, pero éstos llorarán eternamente. ¡Oh, espada, espada! ¿Por qué te enviaron los dioses entre los hombres?» Y las lágrimas de Rold cayeron sobre la espada orgullosa, aunque no la pudieron lavar.

Y ahora que el ardor de la batalla se había disipado, el ánimo de las gentes de

Merimna comenzó a decaer, igual que el de su jefe, con el cansancio y el frío de la madrugada. Y miraron la espada de Welleran en la mano de Rold, y dijeron: «Nunca más, nunca más volverá ahora Welleran, pues su espada está en manos de otro. Ahora sabemos que efectivamente ha muerto. ¡Oh, Welleran, tú fuiste nuestro sol y nuestra luna y todas nuestras estrellas! Ahora ha caído el sol, se ha roto la luna, y se han esparcido todas las estrellas como los diamantes del collar que se le arranca al que ha muerto por violencia».

Así lloraron las gentes de Merimna en la hora de la gran victoria, pues los hombres tienen extraños estados de ánimo, mientras, junto a ellos, su vieja e inviolada ciudad dormía confiada. Pero lejos de las murallas, y más allá de las montañas, y por encima de las tierras que en otro tiempo conquistaron, más allá del mundo, caminaban las almas de Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax y del joven Iraine, de regreso al Paraíso.

EL BANDIDO^[12]

TOM de los Caminos había hecho su último recorrido, y se hallaba ahora solo en la noche. Desde donde estaba, se podían distinguir las blancas ovejas echadas, la negra silueta de las lomas solitarias, y la línea gris de las colinas más aisladas y distantes, atrás; o a lo lejos, en las depresiones que tenía ante sí, al abrigo del viento implacable, podía verse cómo se elevaba de los negros valles el humo gris de las aldeas. Pero todo era igualmente negro para los ojos de Tom, y todos los ruidos eran silencio para sus oídos; sólo su alma pugnaba por zafarse de la cadena de hierro y dirigirse hacia el sur, hacia el Paraíso. Y el viento soplabla y soplabla.

Porque Tom, esta noche, no tenía sobre qué cabalgar más que el viento; le habían quitado su fiel caballo negro el día en que le quitaron los verdes campos y el cielo, las voces de los hombres y las risas de las mujeres, y le habían dejado solo, con una cadena en el cuello, balanceándose eternamente al viento. Y el viento soplabla y soplabla.

Pero el alma de Tom de los Caminos seguía atrapada por la cruel cadena; y cada vez que trataba de escapar, era devuelta al collar de hierro por el viento que soplabla del Paraíso, desde el sur. Y balanceándose allí, colgada del cuello, se le fueron borrando de los labios sus viejas sonrisas, se le desprendieron de la lengua las burlas que en otro tiempo hiciera de Dios; y allí se le pudrieron los viejos y malvados deseos del corazón, y se le soltaron de los dedos las manchas de sus fechorías; y todo le fue cayendo al suelo, donde fermentó en pálidos rodales y grumos. Y cuando se le hubieron desprendido todas esas maldades, el alma de Tom quedó limpia otra vez, como la había conocido su primer amor hacía ya mucho tiempo, una primavera. Y se balanceaba en lo alto, al viento, con los huesos de Tom, y con la vieja casaca desgarrada y la cadena herrumbrosa.

Y el viento soplabla y soplabla.

De tiempo en tiempo, abandonando la tierra consagrada, pasaban batiendo el aire las almas de los enterrados, camino del Paraíso, junto al Árbol de la Horca y al alma de Tom, que no lograba liberarse.

Noche tras noche observaba Tom con sus cuencas vacías las ovejas de las lomas, hasta que le creció el cabello muerto, le cubrió su rostro desventurado, y ocultó su vergüenza de las ovejas. Y el viento soplabla y soplabla.

A veces, con las ráfagas de viento, le llegaban las lágrimas de alguien, que golpeaban y golpeaban contra su cadena de hierro, aunque no conseguían corroerla del todo. Y el viento soplabla y soplabla.

Y noche tras noche, todas las ideas que Tom había expresado en su vida volvían a él en bandada tras cumplir su labor en el mundo, labor que no tenía fin: se posaban en las ramas que servían de horca, y le cantaban al alma de Tom, al alma que no podía liberarse. ¡Todas las ideas que él había expresado en su vida! Y los malos

pensamientos hacían reproches al alma que los había concebido, porque no podían morir. Y las ideas que había deslizado con más sutileza eran las que con más estridencia y alboroto cantaban en las ramas a lo largo de la noche.

Y las ideas que Tom se había hecho de sí mismo señalaban ahora los huesos mojados, y se burlaban de su vieja casaca desgarrada. En cambio, los pensamientos que había tenido de los demás eran los únicos compañeros en los que su alma encontraba consuelo por las noches, mientras se balanceaba de un lado para otro. Y éstos gorjeaban al alma, y daban ánimos al pobre ser mudo que ya no podía forjar más ensueños, hasta que llegaba algún pensamiento sanguinario y los ahuyentaba.

Y el viento soplabla y soplabla.

Paul, Arzobispo de Alois y de Vayence, yacía en su sepulcro de mármol blanco, cara hacia el sur, hacia el Paraíso. Encima de su tumba estaba esculpida la Cruz de Cristo para que su alma tuviese descanso. Aquí no había vientos que aullasen, como aullaban en las copas de los árboles solitarios, arriba en las lomas, sino que llegaban mansas brisas cargadas de fragancias de los huertos, tras recorrer las tierras bajas desde el Paraíso del sur, y jugaban entre las yerbas y nomeolvides de la tierra consagrada, donde se demoraba la Paz alrededor del sepulcro de Paul, Arzobispo de Alois y de Vayence. Era fácil para el alma de un hombre salir de un sepulcro así y, sobrevolando los campos recordados, llegar al jardín del Paraíso y encontrar en él descanso eterno.

Y el viento soplabla y soplabla.

En una taberna de mala reputación, tres individuos trasegaban ginebra. Se llamaban Joe, Will y Puglioni el gitano; carecían de apellido, ya que no tenían clara idea de quiénes habían sido sus padres respectivos, sino sólo oscuras conjeturas.

El Pecado les había acariciado a menudo la cara con sus zarpas; aunque a Puglioni le había besado en la boca y la barbilla. El robo era el pan nuestro de los tres, y su pasatiempo el homicidio. Los tres habían provocado la tristeza de Dios y la ira de los hombres. Estaban sentados a la mesa con un mazo de cartas delante, todas sucias de marcas de dedos tramposos. Y hablaban entre sí por encima de sus vasos de ginebra, pero en voz tan baja que el tabernero, en el otro extremo de la estancia, sólo alcanzaba a oír sus apagados juramentos, sin saber por Quién juraban ni qué decían.

Estos tres eran los más fieles amigos que había dado Dios a un hombre. Y aquél a quien había sido concedida su amistad no era ya otra cosa que unos pocos huesos mecidos por el viento y la lluvia, una casaca vieja y desgarrada, una cadena de hierro, y un alma que no lograba liberarse.

Pero, avanzada la noche, los tres amigos dejaron la ginebra, salieron furtivamente, y se dirigieron al cementerio donde Paul, Arzobispo de Alois y de Vayence, descansaba en un sepulcro. En la linde del cementerio, pero fuera de la tierra consagrada, se pusieron a excavar una fosa a toda prisa, trabajando dos de ellos mientras el tercero vigilaba. Entretanto, los gusanos de la tierra profana aguardaban expectantes.

Y les sorprendió la hora terrible de la medianoche cargada de temores, hallándoles todavía junto a las tumbas. Y los tres amigos se estremecieron de horror, por hallarse a esa hora en tal lugar, y temblaron bajo el viento y la lluvia que les calaba; pero siguieron cavando. Y el viento soplabla y soplabla.

Poco después habían terminado. Seguidamente, abandonaron la fosa hambrienta y sus gusanos en ayunas, y se alejaron furtivos y presurosos por los campos, dejando atrás el lugar de las tumbas a medianoche. Iban temblando; y cada uno de ellos, a cada escalofrío, profería una maldición contra la lluvia. Y llegaron al lugar donde habían escondido una escala y una linterna. Allí sostuvieron una larga discusión sobre si encender la linterna, o ir sin ella por miedo a los soldados del Rey. Al final les pareció preferible contar con la luz de la linterna, aun a riesgo de que les prendiesen y ahorcasen los soldados del Rey, a enfrentarse de pronto en la oscuridad con lo que pudiera surgir, poco después de las doce, junto al Árbol de la Horca.

En tres caminos de Inglaterra por donde no solía andar la gente sin correr algún peligro, pudieron transitar esa noche los viajeros sin ser molestados. Y los tres amigos, alejándose unos pasos del camino real, se acercaron al Árbol de la Horca, Will con la linterna y Joe con la escala; en cuanto a Puglioni, llevaba una gran espada con la que haría el trabajo que había que hacer. Cuando estuvieron cerca, vieron el mal estado en que se hallaba Tom, ya que quedaba muy poco de su gallarda figura, y nada en absoluto de su espíritu resuelto; sólo cuando llegaron les pareció oír un gemido lastimero, como de una criatura enjaulada y cautiva.

De un lado al otro, de un lado al otro, se balanceaban al viento los huesos y el alma de Tom por los pecados que había cometido en el camino real contra las leyes del Rey; y acompañados de sombras y una linterna, en medio de la oscuridad, exponiendo sus vidas, llegaron los tres amigos que su alma se había ganado antes de balancearse encadenada. Así, las semillas que el alma de Tom se había ocupado de sembrar en vida habían dado un Árbol que, llegada la estación, se cargaba de racimos de cadenas; mientras que las semillas descuidadas que había esparcido aquí y allá, una broma amable o una palabra alegre, habían germinado en forma de esta triple amistad que se negaba dejar desamparados sus huesos.

Colocaron los tres, a continuación, la escala contra el árbol, y Puglioni subió con la espada en su mano derecha; y una vez en lo alto, comenzó a cortarle el cuello por debajo del collar de hierro. Seguidamente, los huesos, la vieja casaca y el alma de Tom cayeron al suelo con un repiqueteo, y un instante después, la cabeza que durante tanto tiempo había estado observando se desprendió de la oscilante cadena. Recogieron todas esas cosas Will y Joe, bajó Puglioni deprisa de la escala, amontonaron sobre sus barrotes los restos horribles del amigo, y se apresuraron a abandonar el lugar, calados por la lluvia, con el miedo a los fantasmas en el corazón, y el horror amontonado sobre la escala.

Hacia las dos estaban otra vez en el valle, lejos del viento acerado; pero dejaron atrás la fosa abierta y entraron en el cementerio, cruzando entre las lápidas, con la

linterna y la escala y aquel bulto espantoso al que aún tributaban amistad. A continuación, los que habían sustraído a la Ley su justa y debida víctima siguieron pecando por lo que aún era el amigo: levantaron las losas de mármol del sagrado sepulcro de Paul, Arzobispo de Alois y de Vayence. Sacaron de él los huesos del Arzobispo y los llevaron a la ansiosa sepultura que habían dejado abierta, los depositaron en ella y volvieron a llenarla de tierra. Luego colocaron lo de la escala, derramando alguna lágrima, en el interior del blanco sepulcro, bajo la Cruz de Cristo, y volvieron a ajustar las losas de mármol.

De allí, el alma de Tom, surgiendo santificada del suelo sagrado, descendió al amanecer por el valle; y tras demorarse un instante en los alrededores de la casa de su madre y antiguos escenarios de su niñez, siguió adelante y llegó a las tierras abiertas, más allá de las granjas apiñadas. Allí se encontró con todos los pensamientos amables que había tenido en vida, los cuales alzaron el vuelo y fueron cantando a su lado en su viaje hacia el sur, hasta que finalmente, rodeada de cantos, llegó al Paraíso.

Pero Will y Joe y Puglioni el gitano volvieron otra vez a su ginebra, y a sus robos, y a sus trampas en la taberna de mala reputación, ignorantes de que, en sus vidas descarriadas, habían cometido un pecado ante el cual los Ángeles habían sonreído.

EN EL CREPÚSCULO^[13]

LA esclusa estaba completamente atestada de embarcaciones cuando volcamos. Yo me hundí de espaldas unos pies antes de empezar a nadar; luego braceé atropelladamente hacia arriba, hacia la luz; pero en vez de llegar a la superficie, me golpeé la cabeza contra la quilla de un bote y me fui para abajo otra vez. Me puse a nadar casi inmediatamente y subí, pero antes de alcanzar la superficie mi cabeza se estrelló contra un bote por segunda vez, y me fui directamente al fondo. Me sentí confundido y totalmente asustado. Necesitaba desesperadamente aire, y sabía que si chocaba contra una embarcación por tercera vez no volvería a ver la superficie. Morir ahogado es horrible, pese a todo lo que se ha dicho en sentido contrario. No me vino a la conciencia mi vida pasada, sino que pensé un sinfín de cosas triviales que no podría hacer o ver otra vez si me ahogaba. Nadé hacia arriba en sentido oblicuo, con la esperanza de evitar la embarcación con la que había tropezado. De repente, vi todos los botes de la esclusa claramente encima de mí, y cada una de sus curvadas y barnizadas tablas, y los arañazos y mellas de sus quillas. Vi varios huecos entre los botes por donde podía salir a la superficie, pero no parecía que mereciese la pena intentar salir por allí; y además, se me había olvidado por qué quería salir. A continuación, la gente se inclinó por los costados de los botes; vi los trajes claros de franela de los hombres, y las flores multicolores de los sombreros de las mujeres, y observé detalles de sus vestidos con toda nitidez. Todo el mundo me miraba desde los botes; luego se dijeron unos a otros: «Ahora tenemos que dejarle»; y se fueron ellos y los botes, y no tuve encima otra cosa que el río y el cielo; y a uno y otro lado, las algas verdes que crecían en el barro; porque, de alguna forma, me había ido al fondo otra vez. El río, al discurrir, producía un murmullo que no resultaba desagradable a mis oídos, y los juncos parecían susurrar suavemente entre sí. Poco después, el murmullo del río adoptó la forma de palabras; y oí que decía: «Debemos seguir hasta el mar; ahora tenemos que dejarle».

Luego el río se fue, y sus dos orillas; y los juncos susurraron: «Sí, tenemos que dejarle ahora». Y se fueron también; y me quedé en un gran vacío, mirando hacia el cielo azul. Entonces el gran cielo se inclinó sobre mí, y habló muy suavemente, como una dulce niñera tranquilizando a un niño bobo; y dijo: «Adiós. Todo irá bien. Adiós». Y sentí perder el cielo azul; pero el cielo azul desapareció. Entonces me quedé solo, sin nada a mi alrededor; no podía ver ninguna luz, aunque no estaba oscuro: no había absolutamente nada, ni encima de mí, ni debajo, ni a uno y otro lado. Pensé que quizá había muerto, y que tal vez fuera esto la eternidad, cuando de repente se elevaron a mi alrededor algunas colinas del sur, y yo estaba tumbado en la ladera hermosa y cálida de un valle de Inglaterra. Era un valle que yo había conocido bien en mi niñez, pero que no había vuelto a ver hacía muchos años. A mi lado tenía las altas flores de la hierbabuena; descubrí también la flor olorosa del tomillo, y una o

dos matas de fresas silvestres. De los campos de abajo me llegó el dulce olor a heno, y hubo una interrupción en el canto del cuco. Había una sensación de verano y de atardecer y de morosidad y de descanso en el aire; el cielo estaba sereno y dotado de extraño color, y el sol se hallaba bajo; las campanas de la iglesia del pueblo repicaban al vuelo, y sus sonos se propagaban en forma de ecos, valle arriba, hacia el sol; y cada vez que se apagaba un eco nacía un nuevo tañido. Y toda la gente del pueblo iba por un sendero empedrado, cruzaba un pórtico de oscuro roble y entraba en la iglesia; y callaron las campanas, y la gente del pueblo empezó a cantar; y el sol, a ras de tierra, daba en las blancas lápidas que se alzaban alrededor de la iglesia. Entonces se difundió una quietud en el pueblo, y dejaron de llegar los gritos y risas del valle: sólo se oían los sonos ocasionales del órgano y de los cánticos. Y las mariposas azules, ésas a las que les gusta la creta, venían a posarse en las yerbas altas, a veces cinco o seis en un solo tallo, y cerraban las alas y se quedaban dormidas, y la yerba se doblaba levemente bajo el peso de todas ellas. Y del bosque, en lo alto de las colinas, salieron conejos dando saltos a mordisquear la yerba; y avanzaban un poco más, y volvían a detenerse a mordisquear; y las grandes margaritas cerraron sus pétalos y los pájaros se pusieron a cantar.

Entonces hablaron las colinas, todas las altas colinas de creta que tanto amaba yo; y con voz solemne y profunda, dijeron: «Hemos venido a decirte adiós».

A continuación se fueron todas, y nuevamente no hubo nada a mi alrededor. Miré en todas direcciones buscando algo en qué posar los ojos. Nada. De repente, se extendió sobre mí un cielo bajo, gris, y un aire húmedo me azotó en la cara; una gran llanura se precipitó hacia mí desde el borde de las nubes; en dos lados tocaba el cielo, y a cada uno de esos lados, entre el cielo y las nubes, se prolongaba una línea baja de colinas. Una de las líneas de colinas aparecía gris en la lejanía, la otra formaba un mosaico de pequeños rectángulos, con unas cuantas casitas blancas diseminadas. La llanura era un archipiélago de un millón de islitas, cada una un cuadro de una yarda o menos, y cada una roja de brezo. Había vuelto a la Ciénaga de Alien, al cabo de los años, y estaba igual que siempre, aunque había oído decir que la estaban desecando. Me hallaba con un viejo amigo al que me alegraba ver otra vez, porque me habían dicho que había muerto hacía unos años. Parecía singularmente joven; pero lo que más me sorprendía era que estaba de pie en un lugar pantanoso de color verde brillante, cuando siempre había pensado yo que no era firme. Me alegré, también, de volver a ver la vieja ciénaga y toda la maravillosa vegetación que crecía allí: musgos rojos y musgos verdes, y el brezo sólido y amable; y las aguas profundas y calladas. Vi un pequeño arroyo que serpeaba perezoso por la ciénaga, y pequeñas Conchitas en su fondo transparente; vi, a cierta distancia, una de las grandes charcas donde no hay islas, con juncos alrededor de sus bordes, adonde les encanta acudir a los patos. Contemplé largamente el mundo imperturbable de los brezos; luego me puse a mirar las blancas casitas de la colina: vi cómo se elevaba en volutas el humo gris de sus chimeneas; comprendí que estaban quemando turba, y sentí deseos de percibir otra

vez el olor a turba quemada. Y me llegó de lejos el chillido espectral de unas voces silvestres y felices, y apareció una bandada de gansos procedente del norte. A continuación, sus gritos se mezclaron formando una gran voz de júbilo: la voz de la libertad, la voz de Irlanda, la voz de la Inmensidad Desierta; y la voz decía: «¡Adiós! ¡Adiós!», y desaparecieron en la lejanía; y al pasar, los gansos domésticos de las granjas contestaron a sus hermanos de arriba que eran libres. Luego desaparecieron las colinas, y el pantano y el cielo se fueron con ellas; y volví a quedarme solo, en la soledad de las almas perdidas.

Después, se alzaron junto a mí los edificios de rojo ladrillo de mi primer colegio y la capilla contigua; los campos, un poco más allá, estaban llenos de chicos vestidos con pantalones de franela blanca, jugando al cricket. En el terreno de juego asfaltado, cerca de las ventanas de las clases, estaban Agamenón, Aquiles y Ulises con sus argivos armados detrás; pero Héctor salió de una ventana de la planta baja, y en la clase estaban todos los hijos de Príamo y los aqueos y la hermosa Helena; un poco más allá marchaban los Diez Mil, por el terreno de juego, hacia el corazón de Persia, para colocar a Ciro en el trono de su hermano. Y los chicos a los que yo conocía me gritaron desde los campos, diciendo: «Adiós», y desaparecieron ellos y los campos; y los Diez Mil dijeron «Adiós», al pasar en fila junto a mí, marchando deprisa, y desaparecieron también. Y Héctor y Agamenón dijeron: «Adiós», y lo mismo la hueste de argivos y aqueos. Y desaparecieron todos, y el viejo colegio con ellos, y me quedé solo otra vez.

La escena que a continuación llenó el vacío era más bien borrosa: mi niñera me llevaba por un sendero que atravesaba un terreno comunal de Surrey. Ella era bastante joven. Cerca, un grupo de gitanos había encendido una hoguera; junto a ellos, su romántico carromato tenía desenganchado el caballo, que pastaba en la yerba de los alrededores. Era ya de noche, y los gitanos murmuraban, sentados en torno al fuego, en una lengua desconocida y extraña. Luego dijeron todos en inglés: «Adiós». Y la noche y el terreno comunal y la hoguera desaparecieron. Y en su lugar surgió un camino blanco, con oscuridad y estrellas debajo de él, que conducía a la oscuridad y las estrellas; pero en el extremo más cercano de la calzada había prados y jardines comunales, y allí estaba yo junto a gran número de personas, hombres y mujeres. Y vi que por el camino iba un hombre solo, y se alejaba de mí en dirección a la oscuridad y las estrellas; y toda la gente le llamaba por su nombre, y el hombre no quería oírles, y seguía andando por el camino mientras las gentes no cesaban de llamarle. Pero yo me sentí enojado con ese hombre porque no quería detenerse o volverse, cuando tanta gente le llamaba por su nombre, el cual era muy extraño. Y me harté de oír repetir su extraño nombre tantas veces, así que hice un enorme esfuerzo para llamarle, a fin de que me oyera, y dejase la gente de gritar su extraño nombre. Y con el esfuerzo, abrí mucho los ojos; y el nombre que la gente gritaba era el mío; y yo yacía en la orilla del río, y había hombres y mujeres inclinados sobre mí, y tenía el pelo mojado.

LOS FANTASMAS^[14]

LA discusión que sostuve con mi hermano en su casona solitaria apenas interesará a mis lectores. Al menos, a aquéllos a quienes espero que les pueda atraer el experimento que llevé a cabo, y las cosas extrañas que me sucedieron en esa peligrosa región en la que tan alegre e inconscientemente se me ocurrió penetrar. Fue en Oneleigh en donde le visité.

Ahora bien, Oneleigh se encuentra muy apartada, en medio de una zona de viejos, oscuros cedros susurrantes. Cabecean cuando llega el Viento del Norte, y vuelven a cabecear y a asentir y, furtivamente, se van quedando quietos otra vez, y no dicen nada más durante un rato. El Viento del Norte es para ellos igual que un problema difícil para los viejos sabios: mueven la cabeza ante él, y lo comentan en voz baja todos a la vez. Saben mucho esos cedros: hace tiempo que están allí. Sus antepasados conocieron el Líbano, y los antepasados de éstos fueron siervos del rey de Tiro y llegaron a la corte de Salomón. Y entre las negras cabelleras de estos hijos del canoso Tiempo, se alzaba la vieja casona de Oneleigh. No sé cuántos siglos habían estrellado contra ella la efímera espuma de los años; sin embargo, aún se mantenía inmovible, y a su alrededor se acumulaban cosas del pasado como se adhieren extrañas vegetaciones a la roca que desafía al mar. Aquí, como conchas de lapas muertas hace mucho, había armaduras en las que se habían encerrado los hombres del pasado; aquí, también, había tapices de múltiples colores, hermosos como algas; ni un moderno bibelot rodaba por allí, ni un mueble Victoriano, ni un vestigio de luz eléctrica. Las grandes rutas comerciales que habían ensuciado los años con latas de conserva vacías y novelas baratas quedaban lejos de aquí. Pero, bueno, ya se encargarán los siglos de desintegrarla, y de arrojar sus restos en alguna playa lejana. Entretanto, como aún seguía en pie, fui allí a visitar a mi hermano; y discutimos sobre fantasmas. Me pareció que la información que tenía mi hermano sobre el particular andaba necesitada de revisión. Atribuía existencia real a cosas que sólo eran imaginadas; sostenía que el testimonio de segunda mano de personas que han visto fantasmas demostraba la existencia de éstos. Le dije que, aun en el caso de que hubiesen visto un fantasma, eso no era ninguna prueba: nadie cree que existan ratas coloradas, aunque hay montones de testimonios de primera mano de personas que las han visto en momentos de delirio. Finalmente, le dije que aunque yo mismo viese fantasmas, seguiría negando su existencia real. Así que cogí un puñado de cigarros, me tomé varias tazas de té muy fuerte, me levanté sin cenar, y me retiré a una habitación forrada de oscuro roble y con todas las sillas tapizadas; mi hermano, cansado de la discusión, se retiró a dormir, intentando disuadirme de mi empeño en permanecer incómodo. Durante todo su ascenso por la vieja escalera, girando y girando la luz de su vela, mientras yo me quedaba al pie, le estuve oyendo insistir en que cenara y me acostase.

Era un invierno ventoso. En el exterior, los cedros murmuraban sobre nosequé; pero me parecían *tories* de un colegio largo tiempo desaparecido, a quienes había venido a turbar algo nuevo. Dentro, en la chimenea, empezó a crepitar y silbar un gran leño húmedo: atacó una tonada lastimera, y se levantó sobre él una alta llama que se puso a marcar el compás, al tiempo que se agrupaban alrededor todas las sombras, y se ponían a danzar. En los rincones distantes permanecían calladas, inmóviles, abultadas masas de oscuridad como viejas señoritas de compañía. Allá, en lo más oscuro de la estancia, había una puerta que estaba siempre cerrada. Daba acceso al recibimiento, pero no se utilizaba; junto a esa puerta había ocurrido, en otro tiempo, algo de lo que no estamos orgullosos en la familia. No solemos hablar de ello. Allí, a la luz del fuego de la chimenea, se alzaban las formas venerables de las viejas sillas: hacía tiempo que yacían bajo tierra las manos que habían hecho sus tapicerías, y que se habían convertido en múltiples escamas de herrumbre las agujas con que se tejieron. Nadie tejía ahora en esta antigua habitación; nadie, salvo las viejas arañas laboriosas que, vigilantes junto al lecho de muerte de las cosas de antaño, hacían sudarios con que sujetar su polvo. Los sudarios de las cornisas envolvían ya el corazón del revestimiento de roble que la carcoma había devorado.

Sin duda a tal hora, en una habitación así, una imaginación ya excitada por el hambre y el té cargado era capaz de ver los fantasmas de sus antiguos habitantes. No esperaba yo menos. El fuego fluctuaba, y danzaban las sombras; en mi mente despertaron vividos recuerdos de extraños sucesos acaecidos; sin embargo, sonaron solemnes las doce en el reloj de siete pies de alto sin que nada ocurriese. No quiso dejarse llevar mi fantasía. Y se había apoderado de mí el frío de las primeras horas de la madrugada, y casi me había vencido el sueño, cuando me llegó, del vestíbulo contiguo, el susurro de vestidos de seda que yo me esperaba y preveía. A continuación entraron por parejas unas damas distinguidas de los tiempos del rey Jacobo, con sus galanes. Eran poco más que sombras: sombras solemnes y casi borrosas; pero todos habéis leído relatos de fantasmas, y todos habéis visto en museos los vestidos de aquellos tiempos; no hace falta describirlos. Entraron, varios de ellos, y se sentaron en las viejas sillas, con poco cuidado quizá, teniendo en cuenta el valor de los tapizados. Entonces cesó el frufrú de los vestidos.

Bien, pues ya tenía fantasmas delante de mí; y ni me asusté, ni me convencí de su existencia. Y estaba a punto de levantarme de mi asiento y marcharme a dormir, cuando oí una serie de ruidos en el vestíbulo, como de pies descalzos sobre el suelo encerado; de cuando en cuando, oía resbalar alguno de ellos, y arañar las uñas en la madera, como si algún animal de cuatro patas perdiese y recobrase el equilibrio. No me asusté, pero me sentí inquieto. El rumor venía directamente hacia la habitación donde yo estaba; luego oí un olfatear de hocicos expectantes; quizá «inquieto» no sea la palabra más apropiada para describir mis sentimientos en aquel momento. De repente, entró al galope una manada de seres más grandes que los sabuesos; tenían largas orejas caídas, e iban con el hocico pegado al suelo, olfateando. Se acercaron a

los caballeros y damas de antaño, y comenzaron a hacerles fiestas de manera repugnante. Tenían los ojos espantosamente relucientes y hundidos. Al mirarlos con atención, comprendí de repente qué eran estas criaturas, y sentí miedo. Eran pecados, los obscenos, perdurables pecados de aquellas damas elegantes y aquellos caballeros.

Qué modesta se mostraba la dama que tenía sentada a mi lado, en una de las viejas sillas; qué modesta, y qué hermosa, para tener junto a ella, con la quijada en su regazo, a un pecado de ojos rojos y cavernosos, fruto evidente del asesinato. Aunque sin duda usted, señora de los dorados cabellos, no... Pero esa bestia horrenda y de ojos amarillos se aleja de usted en dirección a aquel cortesano de allá; y cuando alguien la aparta, se va furtivamente a otro. Allá hay una dama que trata de sonreír mientras acaricia la cabeza peluda de una criatura repelente; pero otra criatura se siente celosa, y se pone debajo de su mano. Ahí hay sentado un viejo noble con el nieto sobre sus rodillas, mientras un gran pecado negro del abuelo lame la cara del niño, y se adueña de él. De vez en cuando, se levantaba algún fantasma e iba a sentarse en otra silla; pero su jauría de pecados le seguía invariablemente los pasos. ¡Pobres, pobres fantasmas! ¡Cuántas veces han debido de intentar huir de sus odiosos pecados durante doscientos años, cuántas excusas han debido de dar de su presencia! Sin embargo, allí seguían, pegados a ellos todavía... y todavía inexplicados. De pronto, uno de ellos pareció percibir el olor de mi sangre viviente y se puso a ladrar de manera espantosa; y los demás dejaron al punto a sus fantasmas, y se unieron al pecado que había empezado primero. El bruto había percibido mi olor en la puerta por donde yo había entrado, y se fueron acercando despacio, olfateando el suelo y profiriendo de vez en cuando aullidos horribles. Comprendí que el asunto había ido demasiado lejos. Pero ahora que me habían descubierto, que me tenían rodeado, saltaban tratando de alcanzarme el cuello; y cada vez que sus zarpas me rozaban, me venían ideas horribles, y unos deseos inconfesables me dominaban el corazón. Cuando esas criaturas saltaron sobre mí, tramé cosas brutales, y las tramé con astucia magistral. Entre los seres peludos que tenía en primera línea, de los que pugnaba yo débilmente por protegerme la garganta, había un enorme homicidio de ojos rojos. Y de súbito, se me ocurrió que sería buena idea matar a mi hermano. Me pareció importante no correr el riesgo de ser castigado. Sabía dónde había guardado un revólver; después de matarle, vestiría su cadáver, y le enharinaría la cara como si se hubiese disfrazado de fantasma. Era muy sencillo. Diría que me había asustado... y los criados nos habían oído discutir de fantasmas. Habría que prevenir una o dos insignificancias, pero no se me escaparía nada. Sí, me pareció muy buena idea matar a mi hermano, al asomarme a las rojas profundidades de los ojos de esta criatura. Pero en un último esfuerzo, mientras me derribaban: «Si dos rectas se cortan entre sí —me dije—, los ángulos opuestos resultantes son iguales. Supongamos que AB y CD se cortan en E; entonces los ángulos CEA y CEB equivalen a dos rectos (prop. XIII). Asimismo, CEA y AED equivalen a dos rectos».

Me dirigí hacia la puerta en busca del revólver; un horrendo júbilo se elevó entre

las bestias. «Pero el ángulo cea es común, por donde aed equivale a CEB. Del mismo modo, CEA equivale a DEB. *Q. E. D.*». Estaba demostrado. La lógica y la razón se restablecieron en mi entendimiento: no había ningún oscuro perro del pecado; las sillas tapizadas estaban vacías. Me pareció inconcebible que a un hombre se le ocurriese matar a su hermano.

LA VENTANA MARAVILLOSA^[15]

LA policía estaba haciendo circular al viejo de indumentaria oriental, y eso fue lo que hizo que se fijase en él, y en el paquete que llevaba debajo del brazo, el señor Sladden, quien se ganaba el sustento en los almacenes de los Sres. Mergin y Chater, o sea en su establecimiento.

El señor Sladden tenía fama de ser el joven más atontado para los Negocios: un asomo —un simple atisbo— de fantasía hacía que se quedase con la mirada perdida, como si las paredes de la tienda fuesen de gasa y Londres mismo fuese una pura ficción, en lugar de atender a los clientes.

El solo hecho de que el mugriento papel que envolvía el paquete del viejo estuviera cubierto de letras árabes bastó para suscitar en el señor Sladden ideas de aventura, y siguió tras él hasta que se dispersó la pequeña multitud, y el extranjero se detuvo en el bordillo de la acera, desenvolvió el paquete, y se dispuso a vender su contenido. Era una ventanita de madera vieja con pequeños cristales emplomados; tenía como un pie de ancho, y menos de dos pies de alto. El señor Sladden jamás había visto vender una ventana en la calle, así que preguntó el precio.

—Su precio es todo lo que usted tenga —dijo el viejo.

—¿De dónde la ha sacado? —dijo el señor Sladden, porque era una ventana muy rara.

—Di por ella todo lo que tenía, en las calles de Bagdad.

—¿Y tenía mucho? —dijo el señor Sladden.

—Tenía cuanto quería —dijo—, menos esta ventana.

—Debe de ser una buena ventana —dijo el joven.

—Es una ventana mágica —dijo el viejo.

—Yo sólo llevo encima diez chelines; pero en casa tengo quince, y seis peniques.

El viejo meditó un momento.

—Entonces, el precio de la ventana es de veinticinco chelines y seis peniques —dijo.

Sólo cuando quedó cerrado el trato, y pagó los diez chelines, y le acompañaba el extraño viejo para cobrar sus quince chelines y seis peniques y colocarle la mágica ventana en su única habitación, se le ocurrió al señor Sladden que no necesitaba ninguna ventana. Pero ya estaban en la puerta de la casa donde tenía alquilada la habitación, y parecía demasiado tarde para entrar en explicaciones.

El extranjero pidió que le dejase solo mientras colocaba la ventana, así que el señor Sladden se quedó delante de la puerta, al final de un pequeño tramo de crujientes escalones. No oyó ruido de martillazos.

Poco después salió el extraño viejo con su descolorida túnica amarilla y su larga barba, y con la mirada perdida en la lejanía. «Ya está», dijo; y se despidieron él y el joven. Y si siguió en Londres como una mancha de color y un anacronismo, o regresó

a Bagdad, y qué oscuras manos pusieron en circulación sus veinticinco chelines y seis peniques, son cosas que el señor Sladden no llegó a saber jamás.

El señor Sladden entró en la habitación de desnudo entarimado donde dormía y pasaba todas sus horas de recogimiento desde que cerraban hasta que abrían los Sres. Mergin y Chater. Para los penates de tan desastrada habitación, su impecable levita debía de ser objeto de constante admiración. El señor Sladden se la quitó y la dobló cuidadosamente; y allí, en la pared, un poco alta, estaba la ventana del viejo. Hasta este momento no había habido ninguna ventana en esa pared, ni otro adorno que una pequeña alacena; así que cuando el señor Sladden hubo guardado con todo esmero su levita, echó una mirada por su nueva ventana. Ocupaba el sitio donde había estado antes la alacena en la que guardaba los cacharros del té: ahora los tenía encima de la mesa. Cuando el señor Sladden miró por su nueva ventana declinaba ya la tarde de ese día de verano: las mariposas habrían cerrado sus alas hacía rato, aunque aún no habrían salido los murciélagos a hacer sus recorridos... Pero esto era Londres: las tiendas habían cerrado, aunque aún no habían encendido las luces de las calles.

El señor Sladden se frotó los ojos, después frotó la ventana, y vio todavía un cielo azul intenso; y allá abajo, a una distancia desde la que no le llegaban ni el ruido ni el humo de las chimeneas, percibió una ciudad medieval erizada de torres. Techumbres marrones, calles empedradas, y luego blancas murallas y contrafuertes; y más allá, campos verdes y minúsculos riachuelos. En lo alto de las torres había arqueros recostados, y piqueros a lo largo de las murallas; de vez en cuando, alguna carreta recorría una calle vetusta, cruzaba pesadamente la puerta de la ciudad, y salía al campo; de vez en cuando, entraba alguna que otra, también, procedente de la bruma que iba cubriendo los campos con el atardecer. A veces, la gente asomaba la cabeza a sus ventanas enrejadas; otras, se ponía a cantar algún trovador ocioso, y nadie tenía prisa ni se atribulaba por nada. Aunque la altura era enorme y vertiginosa —porque el señor Sladden se encontraba, al parecer, más alto que una gárgola de catedral—, sin embargo, percibió con toda claridad un detalle clave: las banderas que ondeaban en cada torre, por encima de los indolentes arqueros, ostentaban pequeños dragones dorados sobre un campo blanco puro.

Por la otra ventana le llegaba el estruendo de los autobuses y el vocear de los vendedores de periódicos.

El señor Sladden se volvió más soñador que nunca, después de eso, en el establecimiento de los Sres. Mergin y Chater. Pero en un asunto se reveló lúcido y alerta: hacía constantes y minuciosas indagaciones acerca de una bandera blanca con dragones de oro, y no hablaba con nadie sobre su maravillosa ventana. Llegó a saberse las banderas de todos los reyes de Europa, se interesó incluso por la historia, e hizo averiguaciones en los comercios familiarizados con la heráldica; pero en ninguna parte consiguió descubrir el menor rastro de pequeños dragones de oro sobre campo *argén*. Y considerando que aquellos dorados dragones ondeaban para él solo, llegó a quererlos como un exiliado en el desierto puede querer los lirios de su tierra

natal, o un enfermo a las golondrinas cuando sabe que no es fácil que viva otra primavera.

En cuanto los Sres. Mergin y Chater echaban el cierre, el señor Sladden regresaba a su sórdida habitación, a mirar por la maravillosa ventana, hasta que oscurecía y pasaba la guardia, linterna en mano, haciendo la ronda de las murallas, y surgía la noche como si fuese de terciopelo, cuajada de estrellas desconocidas. Otro dato clave intentó obtener una noche, trazando en un papel las figuras de las constelaciones; pero tampoco le llevó esto a ninguna parte, ya que no se parecían en nada a las que brillaban en uno y otro hemisferio.

Todos los días, en cuanto se despertaba, lo primero que hacía era ir a la ventana maravillosa: y allí estaba la ciudad, diminuta por la distancia, brillando a la luz matinal, con los dragones de oro danzando al sol, y los arqueros estirándose o balanceando los brazos en las torres azotadas por el viento. La ventana no se abría, de manera que no oía las canciones que los trovadores cantaban al pie de los dorados balcones; ni siquiera oía los carillones de los campanarios, aunque a cada hora veía salir disparadas de sus nidos a las cornejas. Y lo primero que hacía él siempre era echar una ojeada a las torres que descollaban por encima de las murallas, para ver si seguían volando los pequeños dragones de oro sobre sus banderas. Y cuando los veía ondear en cada torre sobre blancos pliegues, contra el azul intenso y maravilloso del cielo, se vestía contento y, tras una última ojeada, se marchaba al trabajo con el espíritu radiante. Les habría sido difícil a los clientes de los Sres. Mergin y Chater adivinar la exacta ambición del señor Sladden mientras les atendía con su elegante levita: ser hombre de armas o arquero para luchar, bajo los pequeños dragones de oro que tremolaban sobre una bandera blanca, en favor de un rey desconocido de una ciudad inaccesible. Al principio, el señor Sladden solía dar vueltas y vueltas en torno a la calleja miserable donde vivía, pero no consiguió averiguar nada; y no tardó en advertir que debajo de su ventana maravillosa soplaban aires muy distintos de los del otro lado de la casa.

En agosto, las tardes comenzaron a acortar —ése fue precisamente el comentario que le hicieron los otros empleados de los almacenes, por lo que casi temió que sospecharan su secreto—, y tuvo mucho menos tiempo para dedicar a la ventana maravillosa, ya que había pocas luces abajo, y las apagaban temprano.

Una mañana de finales de agosto, antes de salir para el trabajo, el señor Sladden vio que una compañía de piqueros corría por la calle empedrada en dirección a las puertas de la ciudad medieval, la Ciudad de los Dragones de Oro solía llamarla él, pero sólo en su pensamiento, ya que nunca hablaba de ella con nadie. Lo siguiente que observó fue que los arqueros de las torres hablaban vivamente entre sí y se repartían manojos de flechas, además de las que llevaban en las aljabas. En las ventanas se asomaban más cabezas de lo habitual; una mujer salió corriendo, llamó a unos niños y los metió en casa; pasó un caballero calle abajo, y a continuación aparecieron más piqueros en las murallas; y las cornejas estaban todas en el aire. En

la calle no cantaba ningún trovador. El señor Sladden echó una mirada a las torres para comprobar que seguían izadas las banderas, y que ondeaban al viento los dorados dragones. Luego tuvo que irse al trabajo. Esa tarde cogió el autobús para volver y subió la escalera corriendo. No parecía ocurrir nada especial en la Ciudad de los Dragones de Oro, aparte de haber una multitud en la calle empedrada que se dirigía a las puertas de la ciudad; los arqueros parecían seguir indolentemente recostados en sus torres, como de costumbre; luego arriaron una bandera blanca con sus dragones dorados. No se dio cuenta el señor Sladden, al pronto, de que los arqueros estaban todos muertos. La multitud venía en riada hacia él, hacia el altísimo muro desde donde observaba: los de la bandera blanca cubierta de dragones retrocedían poco a poco, acosados por unos hombres que portaban otra bandera, una bandera en la que había un gran oso rojo. Arriaron otra bandera de una torre. Entonces lo comprendió todo: los dragones de oro... sus pequeños dragones de oro, estaban siendo derrotados. Los hombres del oso habían llegado al pie de su ventana; cualquier cosa que les arrojase desde esa altura caería con fuerza tremenda: los hierros de la chimenea, carbón, su reloj, lo que fuese; pero tenía que luchar por sus pequeños dragones de oro. De una de las torres brotó una llamarada que lamió los pies de un arquero reclinado: no se movió. Seguidamente, dejó de ver el estandarte extranjero, que se había situado justo debajo de él. El señor Sladden rompió los cristales de la ventana maravillosa y desprendió con el atizador el plomo que los sujetaba. En el instante mismo de romperse el cristal, vio tremolar aún una bandera cubierta de dragones de oro; luego, al dar un paso atrás para arrojar el atizador, le llegó un aroma de especias misteriosas; pero no había nada allí, ni siquiera claridad; porque tras los fragmentos de la ventana maravillosa no estaba sino la pequeña alacena donde guardaba los cacharros del té.

Y aunque el señor Sladden es hoy más viejo, y conoce más el mundo, y hasta tiene su propio negocio, jamás ha podido comprar otra ventana igual ni, desde entonces, ha logrado averiguar una sola palabra, por los libros o los hombres, sobre la Ciudad de los Dragones de Oro.

EL TESORO DE LOS GIBELINOS^[16]

LOS gibelinos comen, como es bien sabido, nada menos que hombres. Su torre maligna comunica con la Terra Cognita, con las tierras que conocemos, por un puente. Su tesoro es inimaginable, y no cabe allí la avaricia: tienen un sótano especial para las esmeraldas y un sótano especial para los zafiros; han llenado de oro un pozo, y sacan de él lo que necesitan. Y el único uso conocido que dan a tan ostentosa riqueza es el de atraer a su despensa un continuo suministro de alimento. Se sabe que en épocas de escasez han llegado a esparcir rubíes por ahí, formando con ellos un estrecho reguero hasta alguna ciudad del Hombre, con lo que, indefectiblemente, no han tardado en volver a tener las despensas repletas.

Su torre se alza al otro lado del río, conocido por Homero —*ῥήϊος ὠκεανοιο* lo llamó—, que circunda el mundo. Y donde el río se estrecha y se hace vadeable, erigieron su torre los padres de los voraces gibelinos, ya que les gustaba ver llegar remando fácilmente a los ladrones hasta su escalinata. De allí extraían los árboles gigantes, con sus raíces colosales que extendían en ambas orillas, un alimento que el suelo común no tiene.

Allí vivían y se cebaban ignominiosamente los gibelinos.

Alderico, Caballero de la Orden de la Ciudad y el Asalto, Guardián hereditario de la Paz Espiritual del Rey, hombre a quien no olvidaron los artífices de la leyenda, pensaba tanto en el tesoro de los gibelinos que había llegado a considerarlo suyo. ¡Ay, que tenga yo que decir de tan peligrosa aventura, emprendida por este esforzado varón en la quietud de la noche, que estaba motivada por la sola avaricia! Sin embargo, era con la avaricia con lo que contaban los gibelinos para abastecer sus despensas, y una vez cada cien años enviaban espías a las ciudades de los hombres para ver cuánta avaricia tenían, y siempre regresaban los espías a la torre diciendo que era mucha.

Podría pensarse que con el paso de los años, y hallando los hombres tan espantoso fin en los muros de esa torre, irían a parar cada vez menos a la mesa de los gibelinos, pero los gibelinos comprobaban que no era así.

No se acercó Alderico frívola e insensatamente a la torre, sino que estudió durante años la forma en que los ladrones encontraban su fin cuando iban en busca del tesoro que él juzgaba suyo. *En todos los casos habían entrado por la puerta.*

Consultó a los que habían asesorado en esta empresa: anotó cada detalle, pagó satisfecho lo que pidieron, y decidió no hacer nada de cuanto le habían aconsejado. Porque, ¿qué eran ahora los clientes de estos asesores? Nada sino ejemplos del arte gastronómico, meros recuerdos semiolvidados de un banquete; muchos, quizá, ni eso ya.

Éstos eran los elementos que dichos hombres solían aconsejar para la empresa: un caballo, una barca, una armadura y, al menos, tres hombres de armas. Unos le dijeron:

«Toca el cuerno de la puerta de la torre», otros le dijeron: «No lo toques».

En consecuencia, Alderico decidió: no ir a caballo hasta la orilla del río, no cruzar el río remando, cruzar solo la Floresta Impenetrable. ¿Cómo atravesar, os preguntaréis seguramente, lo que es impenetrable? Su plan era éste: sabía que habitaba allí un dragón que, si eran ciertas las plegarias de los campesinos, merecía morir, no sólo por el número de doncellas que había matado cruelmente, sino porque, además, era funesto para las cosechas: assolaba los campos y era la ruina de un ducado.

Así que Alderico decidió enfrentarse a él. Conque tomó un caballo y una lanza, picó espuelas hasta que llegó al dragón, y salió el dragón a su encuentro exhalando un humo acre. Y le gritó Alderico: «¿Has matado alguna vez, dragón inmundo, a un auténtico caballero?» Bien sabía el dragón que jamás lo había hecho; por tanto, inclinó la cabeza y se quedó callado, ya que estaba ahído de sangre. «Bien —dijo el caballero—, pues si no vuelves a probar sangre de doncella nunca más, te haré mi fiel cabalgadura; de otro modo, esta lanza te dará lo que los trovadores cuentan que ha sido el destino de tu raza».

Y el dragón no abrió sus fauces voraces, ni se abalanzó sobre el caballero, ya que conocía muy bien el destino de los que osaban hacerlo, sino que se sometió a los términos que le imponían, y juró al caballero ser su fiel cabalgadura. Y montado en una silla aparejada sobre el lomo del dragón, cruzó Alderico la Floresta Impenetrable, por encima de las copas de aquellos árboles inmensos, hijos del prodigio. Pero antes meditó su plan sutil, el cual no consistía sólo en evitar lo que ya habían hecho otros antes, y mandó a un herrero que le hiciese una piqueta.

Entonces hubo gran júbilo, al correr el rumor de la empresa de Alderico, pues todo el pueblo sabía que era hombre sagaz, y pensaban que triunfaría y enriquecería al mundo; y en las ciudades se frotaron las manos pensando en su generosidad; y hubo alborozo entre los hombres, en el país de Alderico, excepto, tal vez, entre los prestamistas, que temieron que pronto liquidarían todas sus deudas. Y también hubo alegría porque esperaban que, cuando los gibelinos fuesen despojados de su riqueza, harían saltar su altísimo puente y romperían las cadenas de oro que les sujetaban al mundo, y empujados a la deriva, volverían con su torre a la luna, de donde habían venido y a la que en justicia pertenecían. No se les tenía mucho afecto a los gibelinos, aunque todos codiciaban su tesoro.

Así que todos le vitorearon, el día que montó sobre su dragón, como si fuese ya vencedor; y más que el bien que haría al mundo, les alegraba la esperanza de verle derramar oro a su paso; pues no lo iba a necesitar, decía él, si encontraba el tesoro de los gibelinos, ni tampoco si acababa proveyendo los platos de su mesa.

Cuando supieron que había desechado los consejos que le habían dado, unos dijeron que el caballero estaba loco, y otros que era más grande que sus asesores; pero ninguno apreció el valor de su plan.

Alderico razonaba así: durante siglos, los hombres habían sido bien aconsejados,

y habían seguido el camino más ingenioso, mientras que los gibelinos se habían limitado a verles llegar en barca y a esperarles en la puerta, cada vez que tenían la despensa vacía, como el que acecha una agachadiza en un marjal. Pero —se decía Alderico— si la agachadiza se posara en la copa de un árbol, ¿cuándo la descubrirían allí? ¡Sin duda nunca! Así que decidió cruzar a nado el río, y no entrar por la puerta, sino abrir un acceso a la torre a través de la roca. Además, tenía pensado trabajar por debajo del nivel del Océano, el río (como Homero lo conocía) que rodea al mundo; de suerte que tan pronto como abriese el boquete, el agua penetraría confundiendo a los gibelinos e inundando los sótanos que, según se decía, estaban a veinte pies del nivel del agua; y una vez dentro, buscaría las esmeraldas como los buceadores buscan las perlas.

Y el día aquel salió al galope de su casa, derramando oro con esplendidez, como había prometido, y cruzó muchos reinos, mientras el dragón largaba dentelladas al pasar a las doncellas que veía, aunque sin podérselas comer por el bocado del freno, y no ganándose otra recompensa que un aguijonazo de espuelas allí donde su piel era más sensible. Y así llegaron al oscuro y arbóreo precipicio de la impenetrable espesura. El dragón se elevó con ruidoso batir de alas. Muchos campesinos que vivían en el confín del mundo le vieron a lo lejos, donde aún se demoraba el crepúsculo, como una raya débil, negra, ondeante; y confundiéndole con una bandada de patos silvestres que emigraban hacia el interior, regresaron a sus casas frotándose las manos de satisfacción, pensando que ya estaba allí el invierno, y que pronto tendríamos nieve. No tardó en apagarse el crepúsculo; y cuando descendieron en el borde del mundo, era de noche y brillaba la luna. El Océano, el antiguo río, estrecho y vadeable allí, discurría sin el menor murmullo. Los gibelinos, dedicados a comer o a acechar en la puerta, tampoco hacían el más mínimo rumor. Entonces descabalgó Alderico, se quitó la armadura y, elevando una plegaria a su dama, se lanzó al agua con su piqueta. No se separó de su espada por temor a topar con un gibelino. Ganó la otra orilla, y se puso a trabajar en seguida sin novedad. Nadie asomó la cabeza por la ventana, y todo estaba iluminado, de manera que no se le podía distinguir en la oscuridad. El espesor de los muros apagaba los golpes de la piqueta. Trabajó toda la noche; no le turbó ningún ruido, y al clarear el día se desprendió la última roca, cayendo hacia dentro, e irrumpiendo el río a continuación. Entonces Alderico levantó una piedra, fue hasta el último peldaño y la arrojó contra la puerta; oyó retumbar los ecos en el interior de la torre; luego regresó, y se sumergió por el boquete del muro.

Estaba en el sótano de las esmeraldas. No había ninguna luz en la altísima bóveda que tenía arriba; pero tras descender los veinte pies de agua, palpó el suelo todo cubierto de montones de esmeraldas y de cofres abiertos, repletos de piedras también. A la débil claridad de la luna, percibía el agua verdosa a causa de las piedras. Llenó un morral con facilidad, y subió otra vez a la superficie; ¡y allí estaban los gibelinos, con el agua hasta la cintura, y dos antorchas en la mano! Y, sin decir una sola palabra, *sin siquiera una sonrisa*, lo ahorcaron bonitamente en el exterior de la muralla... Y

como puede verse, no es éste un cuento con final feliz.

EL HOMBRE DE LOS PENDIENTES DE ORO^[17]

PUEDE que haya soñado esto. Pero es lo cierto, al menos, que me alejé del ajetreo de la ciudad, llegué a los muelles, vi sus embarcaderos, que bajaban empinados y verdes de limo hasta el agua, el discurrir del río ancho y gris, con todas las cosas perdidas que arrastraba con él girando y girando, y pensé en las naciones y en el Tiempo implacable; y contemplé y me maravillaron los barcos majestuosos recién llegados de altamar.

Fue entonces, si no me equivoco, cuando descubrí, apoyado en la pared, de cara a los barcos, a un hombre con pendientes de oro. Su piel tenía el color moreno de los hombres del sur; el pelo negro de su bigote estaba un poco blanqueado por la sal; llevaba una chaquetilla azul marino, como la que visten los marineros, y las botas altas de los navegantes; pero la mirada de sus ojos iba más allá de los barcos: parecía observar cosas muy lejanas.

Ni siquiera cuando le hablé volvió sus ojos a la realidad, sino que me contestó como en sueños, con aquella misma mirada fija, como si sus pensamientos se meciesen en mares solitarios y remotos. Le pregunté en qué barco había llegado, ya que había muchos. Había allí barcos de vela, con las velas todas aferradas y sus mástiles enhiestos, inmóviles como un bosque invernal; había vapores, y grandes paquebotes, exhalando humo perezosamente en el crepúsculo. Me contestó que no había llegado en ninguno. Le pregunté en qué compañía trabajaba, porque se veía claramente que era hombre de mar; le enumeré las más nombradas, pero dijo que no las conocía. Entonces le pregunté dónde trabajaba y qué era. Y dijo: «Trabajo en el Mar de los Sargazos, y soy el último de los piratas; el último que queda vivo». Le estreché la mano no sé cuántas veces. Le dije: «Temíamos que habría muerto. Temíamos que habría muerto». Y él respondió con tristeza: «No. No; he pecado demasiado intensamente en los mares españoles: no se me permite morir».

LA CITA^[18]

CANTANDO por los caminos y bromeando, mientras cantaba, con aventureros ruines, pasaba la Fama junto al poeta sin hacerle caso.

Sin embargo, el poeta le hacía pequeñas coronas de canciones para que se adornase la frente en las Cortes del Tiempo; pero ella se ponía las guirnaldas indignas que los turbulentos ciudadanos le arrojaban a su paso, hechas de cosas perecederas.

Y tras un tiempo, cada vez que esas guirnaldas se marchitaban, corría el poeta a ella con sus coronas de canciones; pero la Fama se burlaba de él, y seguía poniéndose las indignas guirnaldas, aunque siempre se marchitaban cuando llegaba la noche.

Y un día el poeta, amargado, le reprochó su actitud, y le dijo: «Hermosa Fama, tanto por caminos como por veredas, no has dejado de reír y de hablar y bromear con gentes despreciables; en cambio, te burlas de mí y pasas por mi lado sin mirarme, a pesar de que me desvivo por ti y sueño contigo».

Y la Fama le volvió la espalda, y se fue; pero al marcharse, le miró por encima del hombro, y sonrió como no lo había hecho nunca; y casi en un susurro, le dijo:

—Ya te visitaré en el cementerio, detrás del Asilo, dentro de cien años.

TRECE A LA MESA^[19]

ANTE una espaciosa chimenea de tipo antiguo, cuando los leños ardían animadamente, y se hallaban los hombres sentados a su alrededor, con sus pipas y sus vasos, en cómodas butacas, y fuera el tiempo era tormentoso y dentro se estaba confortable, y la época del año —dado que era Navidad— y la hora de la noche, todo en fin, inclinaba a lo espectral y lo misterioso, comenzó a hablar el ex dueño de los podencos, y contó este relato.

Una vez tuve una extraña experiencia, también. Fue cuando tenía a Bromley y Sydenham, el año que me deshice de ellos... Concretamente, fue el último día de la temporada. No merecía la pena seguir puesto que no quedaban ya zorros en el condado, y Londres se nos estaba echando encima. Podías verlo desde las perreras, todo a lo largo del horizonte, como un terrible ejército gris, con montones de hoteles que anualmente se internaban por nuestros valles como su avanzadilla. La mayoría de nuestros reductos estaba en lo alto de las colinas, y a medida que la ciudad avanzaba hacia los valles, los abandonaban los zorros y se retiraban del campo para no volver más. Creo que se iban de noche, y que recorrían grandes distancias. Pues bien: era a principios de abril y no habíamos cazado nada en todo el día; y en la última salida, la ultimísima de la temporada, dimos con un zorro. Abandonaba el matorral, dejando atrás Londres con sus vías del tren y sus hoteles y sus tendidos eléctricos, y se escabullía hacia el paisaje gredoso y abierto de Kent. Inmediatamente sentí lo mismo que había sentido de niño, un día de verano, al descubrir felizmente entornada la puerta del jardín donde solía jugar, y la abrí, y vi ante mí los anchos campos y los ondulantes trigales.

Adoptamos un galope regular, comenzó a deslizarse el terreno debajo de nosotros, y se levantó un fuerte viento lleno de frescor. Dejamos las tierras arcillosas donde crece el helecho, y llegamos a un valle, en el límite de la creta. Cuando bajábamos hacia él, vimos al zorro que subía por el otro lado como una sombra que cruza la tarde, y se internaba en un bosque que había arriba. Vimos un rodal de primulas en el bosque, y salimos al otro lado, con los perros siguiendo el rastro a la perfección, y el zorro corriendo en línea recta. Entonces comprendí que habíamos emprendido una larga persecución; este pensamiento me hizo aspirar profundamente: el sabor del aire de aquella tarde perfecta de primavera, tal como le llegaba a uno cabalgando, junto con la idea de una gran galopada, era como de un vino raro y añejo. Ahora íbamos de cara a otro valle, hacia el que descendían amplios campos de setos bajos, en el fondo del cual espejeaba un riachuelo azul y cantarín, y humeaba una anárquica aldea; la luz del sol, en las laderas opuestas, danzaba como un hada; y arriba fruncía el ceño un viejo bosque, pero soñaba con la primavera. El «equipo» había disminuido, nos habíamos alejado bastante, y mi única compañía humana era James, mi viejo primer montero, que tenía un instinto de sabueso, y una animosidad personal contra el zorro

que incluso le agriaba el modo de hablar.

El zorro cruzó el valle derecho como una vía de tren, y nosotros lo seguimos sin obstáculos por arriba, por el bosque. Recuerdo que oía cantar o gritar a los hombres, de regreso del trabajo, y otras veces silbar a los niños; los ruidos del pueblo llegaban al bosque, en lo alto del valle. Después, no vi más aldeas, y los valles subían y bajaban uno tras otro ante nosotros como cuando se navega por un mar extraño y tempestuoso; delante, el zorro iba cara al viento como el fabuloso Buque Fantasma. No había nadie a la vista, aparte de mi primer montero y yo; los dos habíamos subido a nuestro segundo caballo al llegar al último puesto. Nos detuvimos dos o tres veces en aquellos grandes valles solitarios, más allá de la aldea, pero yo empecé a tener inspiraciones: me vino la extraña certeza de que aquel zorro seguía corriendo cara al viento hasta morir, o hasta que llegase la noche y no fuese posible perseguirle, así que abandoné las tácticas usuales, y me limité a continuar en línea recta; y volvimos a coger el rastro inmediatamente. Creo que el zorro aquel era el último que quedaba en las tierras invadidas por los hoteles, y que se disponía a abandonarlas y retirarse a las remotas tierras altas, lejos de los hombres; de manera que si hubiésemos ido nosotros al día siguiente, ya no habría estado allí; y lo que estábamos haciendo no era sino remedar su viaje.

El crepúsculo empezaba a caer sobre los valles; sin embargo, los perros corrían como sombras perezosas pero inquietas de nubes en un día de verano; oímos a un pastor llamar a su perro, vimos dos muchachas que se dirigían hacia una granja oculta, una de ellas cantando suavemente; ningún otro sonido, salvo el nuestro, turbaba la paz y la soledad de unos parajes que parecían no conocer aún las invenciones del vapor o de la pólvora (del mismo modo que en China, dicen, en algunas de sus remotas montañas, se ignora que han estado en guerra con Japón).

Y ahora se estaban agotando el día y nuestros caballos; pero aquel zorro decidido resistía. Yo empezaba a sentirme cansado de la carrera, y a preguntarme dónde estábamos. El último mojón que había visto anteriormente había quedado unas cinco millas atrás, y de allí al punto de partida había lo menos diez millas más. ¡Ojalá consiguiéramos hacernos con él! A continuación se puso el sol. Me pregunté qué posibilidades teníamos de abatir a nuestro zorro. Eché una mirada a la cara de James, que cabalgaba junto a mí. No parecía haber perdido la confianza, aunque su caballo iba igual de cansado que el mío. Era un atardecer claro y tranquilo, y el rastro era más intenso que nunca, y las cercas bastante cómodas; pero aquellos valles eran terriblemente agotadores, y seguían sucediéndose uno tras otro. Parecía como si la luz se empeñase en vencer toda capacidad de resistencia del zorro y de los caballos, si el rastro seguía siendo bueno y no caía él a tierra; en otro caso, la noche pondría fin a la aventura. Hacía rato que no veíamos casas ni caminos, sino sólo pendientes de creta en las que incidía la luz del crepúsculo, y alguna que otra oveja, y bosquecillos diseminados que iban ennegreciendo con el anochecer. En determinado momento, comprendí de repente que se había acabado la luz, y que teníamos la noche encima.

Miré a James: iba meneando la cabeza con gesto serio. De súbito, en un pequeño valle boscoso, vimos asomar por encima de los robles la techumbre rojiza de una casa vieja y singular; en ese instante descubrí al zorro a cincuenta yardas escasas de nosotros. Nos metimos en un bosque, y salimos inesperadamente a plena vista de la casa; pero no había ningún camino o sendero que condujese hasta ella, ni vimos rodadas de carro por ninguna parte. Las luces brillaban ya, aquí y allá, en las ventanas. Estábamos en un parque, en un parque magnífico, aunque increíblemente descuidado: había zarzas por todas partes. Había oscurecido demasiado ya para ver al zorro, pero sabíamos que no podía más de cansancio; justo delante de nosotros teníamos a los perros... y una cerca de roble de cuatro pies. No habría debido intentar saltarla con un caballo fresco, al principio de la carrera, y el que montaba ahora casi estaba dando las últimas boqueadas. Pero, ¡qué persecución!, era todo un acontecimiento en la vida. Los perros se perdieron en la oscuridad, pisándole los talones al zorro, mientras que yo me quedé dudando. Decidí intentarlo. El caballo se levantó unas ocho pulgadas, dio con el pecho, y el tronco de roble saltó en un montón de astillas mojadas: se había podrido con los años. Y seguidamente nos encontramos en un campo de césped, en cuyo extremo opuesto los perros se estaban precipitando sobre el zorro. El zorro, los caballos y la luz se habían agotado a un mismo tiempo, al final de una carrera de veinticinco millas. Dimos algunas voces, entonces, pero no salió nadie de aquella casa vieja y singular.

Me sentí bastante entumecido al encaminarme a la puerta principal, con la mascarilla y el cepillo, mientras James se ocupaba de los perros y buscaba los establos para los caballos. Toqué una campanilla asombrosamente cubierta de herrumbre, y tras largo rato se entreabrió la puerta, revelando un vestíbulo con numerosas armaduras, y al mayordomo más andrajoso que he visto yo en toda mi vida.

Le pregunté quién vivía allí. Sir Richard Arlen. Le expliqué que mi caballo no podía dar un paso más esa noche, y que deseaba pedir a sir Richard Arlen alojamiento para pasar la noche.

—¡Oh, nadie viene nunca aquí, señor! —dijo el mayordomo.

Le hice notar que yo sí había ido.

—No creo que sea posible, señor —dijo.

Esta respuesta me molestó; le pedí ver a sir Richard, e insistí hasta que salió. Entonces me excusé, y le expliqué la situación. Por su aspecto, representaba unos cincuenta años tan sólo; pero la orla de la universidad que colgaba de la pared, con fecha de principios de los setenta, indicaba que era más viejo; su rostro tenía algo de la timidez del ermitaño; lamentaba no disponer de habitación donde alojarme. Yo estaba seguro de que no era verdad; además, no tenía más remedio que pasar allí la noche, ya que no había ningún otro lugar en varias millas, así que casi insistí. Y entonces, para mi asombro, se volvió al mayordomo, e intercambiaron unas palabras en voz baja. Por último, consideraron que podrían arreglarlo, al parecer, aunque de

evidente mala gana. A todo esto eran las siete; sir Richard me dijo que cenaba a las siete y media. No cabía pensar en otra ropa que la que llevaba puesta, dado que mi anfitrión era más bajo y más ancho que yo. Seguidamente me dejó en el salón, y reapareció antes de las siete y media en traje de etiqueta y chaleco blanco. El salón era amplio y contenía muebles antiguos, aunque parecían más deteriorados que venerables; una alfombra de Aubusson aleteó en el suelo, al penetrar momentáneamente viento en la estancia, y agitó viejas corrientes en los rincones; un rumor incesante, furtivo, de patitas de ratas, delataba el grado de ruina que el tiempo había infligido al revestimiento de las paredes; en algún lugar alejado, una contraventana batía a un lado y a otro; las derretidas velas se revelaban insuficientes para alumbrar tan amplia habitación. La melancolía que inspiraban estas cosas estaba en completa consonancia con el primer comentario que hizo sir Richard, tras entrar en la habitación.

—Debo decirle, señor, que he llevado una vida depravada. ¡Ah, muy depravada!

Semejantes confidencias, hechas por un hombre mucho mayor que nosotros al que conocemos desde hace media hora, son tan excepcionales que no se nos ocurre qué contestar. En vez de eso, dije lentamente: «Qué casa más encantadora tiene».

—Sí —dijo él—, hace casi cuarenta años que no salgo de ella. Desde que dejé la Universidad. Uno es joven allí, y se le presentan oportunidades. Pero no voy a alegar excusas; nada de excusas.

Resbaló el oxidado pestillo de la puerta, entró una corriente de aire en la habitación, y agitó la larga alfombra y las colgaduras de las paredes; luego la corriente se extinguió en un susurro, y volvió a cerrarse la puerta de golpe.

—Ah, Marianne —dijo sir Richard—. Esta noche tenemos un invitado. Señor Linton, le presento a Marianne Gib.

Y todo se aclaró para mí. «Está loco», me dije. Porque no había entrado nadie en la habitación.

Las ratas corrían sin cesar tras el enmaderado de las paredes, a lo largo de la habitación; el viento hizo saltar otra vez el pestillo de la puerta, hizo correr las arrugas de la alfombra hasta nuestros pies, y se detuvieron allí, contenidas por nuestro peso.

—Permítame que le presente al señor Linton —dijo mi anfitrión—, lady Mary Errinjer.

Volvió a cerrarse la puerta de golpe. Hice una cortés inclinación de cabeza. Aunque me hubiesen invitado, habría sido un deber seguirle la corriente; pero esto era lo mínimo que podía hacer un huésped no deseado.

Once veces se repitió este tipo de incidente: el aire, el aleteo de la alfombra, las carreras de las ratas, el golpazo de la puerta y, acto seguido, la voz tristona de sir Richard presentándome a un fantasma. Luego, durante un rato, esperamos mientras yo pugnaba con la situación; la conversación discurría con dificultad. Y otra vez penetró una corriente de aire en la estancia, al tiempo que las parpadeantes velas la

poblaban de sombras inquietas. «Ah, otra vez tarde, Cicely —dijo mi anfitrión, con su tono lúgubre y apagado—. Siempre tarde, Cicely». Acto seguido pasé a cenar con aquel hombre y su mente, y los doce fantasmas que la poblaban. Descubrí una mesa larga, dispuesta, con elegante cubertería de antigua plata, para catorce comensales. El mayordomo vestía ahora de etiqueta. Había menos corrientes en el comedor, y el ambiente era menos lúgubre. «¿Le importaría sentarse en el otro extremo, junto a Rosalind? —me dijo sir Richard—. Siempre se sienta en la cabecera. Es a la que más daño he hecho de todas».

—Lo haré encantado —dije.

Yo no quitaba ojo al mayordomo; pero ni en la expresión de su rostro ni en ningún gesto suyo advertía el menor indicio de que no estuviese atendiendo a catorce personas en sus completos cabales. Quizá hubo un plato más veces rechazado que aceptado, al parecer; pero todas las copas fueron igualmente llenadas con champán. Al principio, yo no encontraba qué decir; pero cuando sir Richard, hablándome desde el otro extremo de la mesa, dijo: «¿Se siente cansado, señor Linton?», comprendí que debía algo al anfitrión al que había obligado a aceptar mi presencia. El champán era excelente; y con la ayuda de una segunda copa, hice el esfuerzo de iniciar una conversación con la señorita Helen Errold, que tenía su sitio junto a mí. No tardó en resultarme más fácil: me detenía a menudo en mi monólogo, como Marco Antonio, para dar lugar a que me respondiesen, y a veces me volvía y me dirigía a la señorita Rosalind Smith. Sir Richard, en el otro extremo, conversaba en tono lúgubre: hablaba como hablaría un condenado a un juez y al mismo tiempo, como podría hablar un juez a alguien a quien en otro tiempo condenó injustamente. Empezaron a venirle ideas lúgubres a mi cerebro también. Tomé otra copa de champán, pero seguí igual de sediento. Era como si el viento contra el que habíamos galopado por las colinas de Kent hubiese secado toda la humedad de mi cuerpo. Sin embargo, no hablaba con suficiente animación: mi anfitrión me miró. Hice otro esfuerzo; al fin y al cabo, tenía algo sobre qué charlar: una persecución de veinticinco millas es algo que no se da con frecuencia en el curso de una vida, sobre todo al sur del Támesis. Empecé a describirle la carrera a la señorita Rosalind Smith. Pude ver entonces que mi anfitrión estaba satisfecho: la tristeza de su semblante experimentó una especie de parpadeo, como la bruma de las montañas, un día gris, cuando llega del mar un tenue soplo de brisa y la bruma hace lo posible por levantar. El mayordomo volvió a llenar mi copa con solicitud. Primero le pregunté a la señorita Rosalind Smith si era aficionada a la caza; hice una pausa, y empecé mi relato. Le conté dónde habíamos descubierto al zorro, y lo veloz y derecho que había corrido, y cómo crucé la aldea sin apartarme del camino, mientras los jardincitos, las alambradas, y por último el río habían detenido al resto de la partida. Le conté la clase de campo que cruzamos, y lo espléndido que estaba en primavera, y lo misteriosos que se volvían los valles en cuanto llegaba el crepúsculo, y lo magnífico que era mi caballo, y lo maravillosamente que corría. Me sentía tan terriblemente sediento, después de la larga persecución, que tenía que

pararme de cuando en cuando; pero proseguí mi descripción de aquella famosa carrera, ya que el tema me entusiasmaba, y puesto que, en todo caso, no había quién pudiese hablar de ella, aparte de mí, salvo mi viejo montero, y «el pobre camarada estará borracho probablemente, a estas horas», pensé. Le describí a la señorita Rosalind, con todo detalle, el momento exacto de la carrera en que vi claramente que se trataba de la más larga persecución de una pieza en toda la historia de Kent. A veces se me olvidaba algún incidente, como es fácil que ocurra en una persecución de veinte millas, y me veía obligado a llenar esas lagunas inventando cosas. Me sentía contento de poder contribuir con mi conversación a que la reunión discurriera bien y, además, de que la dama con la que hablaba fuese tan extremadamente bonita. No quiero decir en carne y hueso; pero había unas rayitas oscuras en la silla que tenía a mi lado que denotaban una figura sumamente graciosa cuando la señorita Rosalind Smith estuvo viva; y empecé a darme cuenta de que lo que al principio había tomado por el humo de las velas medio derretidas y una agitación del mantel a causa del aire, era en realidad una animada compañía que escuchaba, no sin interés, la historia de la más grande montería que el mundo había conocido; a decir verdad, llegué a predecir, convencido, que jamás se conocería en la historia del mundo otra como ésta. Sólo que tenía la garganta terriblemente seca. Y a continuación, quisieron saber más cosas sobre mi caballo, al parecer. Se me había olvidado que había llegado a caballo; pero cuando me lo recordaron, me vino todo a la memoria: parecían todas tan corteses, apoyadas en la mesa y pendientes de mis palabras, que les conté cuanto querían saber. Todo discurría agradablemente, con tal de que sir Richard decidiera animarse; oía su voz lúgubre de vez en cuando. Estas personas eran simpáticas, si él las trataba como debía. Me daba cuenta de que lamentaba su pasado, pero los primeros años setenta parecían haber quedado ya siglos atrás, y tenía la impresión de que no comprendía a estas damas: no eran vengativas, como él parecía suponer. Quise hacerle ver lo alegres que eran en realidad, así que conté un chiste, y todas rieron; a continuación me metí con ellas en broma, especialmente con Rosalind, y ninguna pareció molestarse lo más mínimo. Sin embargo, sir Richard seguía con aquella expresión desventurada, como la del que ha dejado de llorar porque es inútil y no encuentra consuelo ni siquiera en las lágrimas.

Llevábamos sentados allí bastante tiempo, y se habían consumido muchas de las velas, aunque había luz suficiente. Yo me alegraba de contar con un auditorio para mis hazañas; y dado que me sentía feliz, decidí que sir Richard se sintiese así también. Seguí contando chistes, y siguieron ellas riendo con simpatía; algunos de los chistes eran un poco atrevidos, quizá, pero carentes de mala intención. Y entonces... Bueno, no pretendo excusarme; pero había tenido el día más extenuante de mi vida, y estaba completamente agotado, sin que me diese cuenta de ello; el champán me había cogido en ese estado, y una cantidad que en cualquier otro momento no habría tenido la menor importancia, me dominó a causa de mi completo cansancio. El caso es que me extralimité, y dije algo en broma —no recuerdo en absoluto qué fue— que

pareció ofenderlas de repente. Inmediatamente noté una conmoción en el aire; alcé los ojos, y vi que se habían levantado todas de la mesa y se dirigían hacia la puerta. No tuve tiempo de ir a abrirla porque lo hizo un golpe de viento; no podía ver qué hacía sir Richard, ya que sólo quedaban encendidas dos velas. Creo que las demás se apagaron al levantarse las damas de repente. Me puse en pie de un salto para disculparme, para tranquilizarlas... y entonces el cansancio me venció, como había vencido a mi caballo en la última cerca; me agarré a la mesa, pero resbaló el mantel y me caí. La caída, la oscuridad en el suelo, y el agotamiento contenido de todo el día, me rindieron a la vez.

El sol brillaba sobre los campos relucientes y en la ventana del dormitorio, y miles de pájaros cantaban a la primavera. Yo estaba allí, en una antigua cama de cuatro columnas, en una habitación extraña de paredes enmaderadas, completamente vestido, y con las botas llenas de barro; alguien me había quitado las espuelas, nada más. Durante un momento, no comprendí lo ocurrido; luego, me vino todo a la conciencia: mi enormidad, y la urgente necesidad de presentar una abyecta disculpa a sir Richard. Tiré del bordado cordón de la campanilla, hasta que llegó el mayordomo; entró alegre, e indescriptiblemente andrajoso. Le pregunté si se había levantado sir Richard, y me dijo que acababa de bajar; y para mi asombro, me informó que eran las doce del mediodía.

Le pedí que me condujese a sir Richard en seguida. Estaba en el salón de fumar. «Buenos días», dijo en tono alegre, en el momento de entrar yo. Fui directamente al grano: «Me temo que he ofendido a algunas de las damas, en su casa...» empecé.

—En efecto —dijo—; en efecto —y seguidamente prorrumpió en lágrimas, y me cogió la mano—. ¿Cómo podré agradecérselo? —me dijo a continuación—. Durante treinta años hemos sido trece a la mesa, sin que me atreviese jamás a ofenderlas por el daño que les he causado a todas. Ahora lo ha hecho usted, y sé que no vendrán a cenar nunca más —y siguió sujetándome la mano durante largo rato; luego me dio un apretón, y una especie de sacudida que yo interpreté como de despedida; así que retiré la mano y salí de la casa. Encontré a James en los abandonados establos, con los perros, y le pregunté cómo había pasado la noche. Y James, que es hombre parco en palabras, dijo que no recordaba muy bien. Pedí las espuelas al mayordomo, monté sobre mi caballo; nos alejamos despacio de aquella casa vieja y singular, y regresamos sin prisa, ya que los perros iban con las pezuñas doloridas, aunque contentos, y los caballos aún estaban cansados. Y al acordarnos de que la temporada de caza había terminado, nos volvimos de cara a la primavera, y pensamos en los nuevos seres que tratan de reemplazar a los viejos. Y ese mismo año oí hablar —como he oído hablar a menudo desde entonces— de los bailes y cenas alegres en casa de sir Richard Arlen.

EL GAMBITO DE LOS TRES MARINEROS^[20]

SENTADO hace unos años en la antigua taberna de Over, una tarde de primavera, me hallaba, como de costumbre, en espera de ver si ocurría algo fuera de lo corriente. En esto no siempre me sentía defraudado; porque los curiosos cristales emplomados de esa taberna, cara al mar, dejaban entrar en la estancia de techo bajo una luz tan misteriosa, sobre todo al atardecer, que parecía afectar de algún modo a lo que ocurría en su interior. Sea como fuere, el caso es que he presenciado cosas muy extrañas allí, y he oído contar otras más extrañas aún.

Y estando allí, entraron tres marineros que acababan de desembarcar, según dijeron, los cuales traían la piel tostada a causa de un largo viaje que habían hecho al sur. Llevaba uno de ellos un tablero de ajedrez bajo el brazo, y se pusieron los tres a lamentarse de que no encontraban a nadie que jugase al ajedrez. Eso fue el año en que se celebró el Torneo de Inglaterra. Y un individuo bajito y moreno que estaba en una mesa del fondo bebiendo agua con azúcar les preguntó por qué querían jugar al ajedrez; le dijeron que estaban dispuestos a jugar con quien fuera por una libra. Abrieron a continuación la caja de las piezas, toscas y de mala calidad, y el individuo aquel se negó a jugar con tan feas figuras. Los marineros sugirieron que quizá podía conseguir él otras mejores; así que fue a donde vivía, volvió con su propio juego, y seguidamente se sentaron a jugar, apostando una libra cada bando. Fue una partida en equipo por parte de los marineros, ya que dijeron que tenían que jugar los tres.

Bueno, pues el individuo bajito y moreno resultó ser Stavlokratz.

A decir verdad, era sumamente pobre, y el soberano que había en juego significaba muchísimo más para él que para los marineros; sin embargo, no parecía muy interesado en jugar: fueron los marineros quienes insistieron. Había alegado la mala calidad de las figuras como pretexto para no jugar; pero los marineros se lo habían echado abajo, y tuvo que confesar claramente quién era. Pero ellos no habían oído hablar de Stavlokratz.

Entonces, después de eso permanecieron callados. Stavlokratz no dijo nada más, bien porque no quería alardear, bien porque le había molestado que no supiesen quién era. Y yo no tenía por qué informar a los marineros sobre él; si les ganaba la libra, ellos se lo habían buscado; y mi ilimitada admiración por su genio me inclinaba a pensar que se merecía ganar lo que le saliese al paso. No era él quien había querido jugar, ellos eran quienes habían establecido la apuesta; les había advertido, y hasta les había cedido el primer movimiento; ningún engaño había por su parte.

Yo no había visto nunca a Stavlokratz, pero había reconstruido prácticamente todas y cada una de sus partidas en los campeonatos mundiales de los últimos tres o cuatro años; por supuesto, era siempre el modelo elegido por los estudiantes. Sólo los jugadores jóvenes sabrán comprender mi gozo al verle jugar en persona.

En cuanto a los marineros, solían bajar la cabeza casi hasta la mesa y hablar entre

sí, antes de cada movimiento; pero lo hacían en voz tan baja que era imposible averiguar qué planeaban.

Perdieron tres peones casi en seguida; luego un caballo, y poco después un alfil; estaban desarrollando, a decir verdad, el famoso Gambito de los Tres Marineros.

Stavlokratz jugaba con la sosegada confianza que dicen que es habitual en él cuando, de repente, en la decimotercera jugada, vi asomar a su semblante una expresión de sorpresa; se inclinó hacia adelante, miró el tablero y luego a los marineros, pero no sacó nada de sus caras aleladas; se concentró en el tablero otra vez.

A partir de ese momento jugó con más prudencia; los marineros perdieron dos peones más; hasta ese momento, Stavlokratz no había perdido ninguna pieza. Me miró, creo, casi con irritación; como si estuviese ocurriendo algo que no quería que yo presenciase. Al principio pensé que sentía escrúpulos de ganarles la libra, hasta que me di cuenta de que podía perder la partida. Vi esa posibilidad en su cara, no en el tablero; porque la partida se había vuelto casi incomprensible para mí. No puedo describir mi asombro. Y unas jugadas más tarde, Stavlokratz abandonó.

Los marineros no manifestaron más contento que si hubiesen ganado una partida de cartas, jugando entre sí con una baraja grasienta.

Stavlokratz les preguntó dónde habían aprendido aquella apertura. «La hemos discurrido nosotros», dijo uno. «Digamos que nos vino a la cabeza»; dijo otro. Les hizo preguntas sobre los puertos que habían tocado. Evidentemente, pensaba —como yo— que sin duda habían aprendido su extraordinario gambito en alguna antigua colonia española, de algún joven maestro cuya fama aún no había llegado a Europa. Estaba deseoso de saber quién era ese hombre; porque ni él ni yo —ni nadie que les hubiese echado la vista encima— les imaginábamos capaces de inventarlo ellos. Pero no les sacó la menor información.

Stavlokratz no podía permitirse perder una libra. Les propuso jugar otra vez con la misma apuesta. Los marineros se pusieron a ordenar las piezas blancas. Stavlokratz manifestó que ahora le tocaba salir a él. Los marineros se mostraron conformes; pero siguieron ordenando las blancas, se quedaron con ellas, y esperaron a que moviese él. Fue un incidente sin importancia, pero nos reveló a Stavlokratz y a mí que ninguno de los tres estaba enterado de que salen siempre las blancas.

Stavlokratz les hizo su propia apertura, pensando como es natural que, al no haber oído hablar nunca de él, no la conocerían; y con muy fundadas esperanzas de recobrar su libra esterlina, efectuó la quinta variante con su hábil séptimo movimiento; al menos ése fue su propósito, aunque derivó en una variante desconocida para los estudiosos de Stavlokratz.

Durante esta partida, observé a los marineros con atención, y llegué al convencimiento, al que sólo un observador atento podría llegar, de que el de la izquierda, Jim Bunion, no sabía ni siquiera los movimientos.

Tras esta conclusión, me dediqué a vigilar a los otros dos, Adam Bailey y Bill

Sloggs, decidido a averiguar quién era el cerebro, aunque estuve mucho rato sin conseguirlo. Y entonces Adam Bailey murmuró siete palabras, las únicas que logré distinguir, en la partida, de todas sus deliberaciones: «No; ésa que tiene cabeza de caballo». Por lo que supuse que Bailey no tenía idea de lo que era un caballo; aunque, naturalmente, puede que le hubiera estado explicando algo a Bill Sloggs; pero no parecía probable. Así que quedaba Bill Sloggs. Vigilé a Bill Sloggs, después de eso, con cierto asombro; no tenía pinta de ser más intelectual que los otros dos, aunque sí más enérgico, quizá. El pobre Stavlokratz fue derrotado otra vez.

Bueno, al final pagué yo por Stavlokratz, y le propuse a Bill Sloggs jugar una partida él y yo. Pero no quiso; tenía que ser con los tres, o nada. Así que acompañé a Stavlokratz a su alojamiento. Muy amablemente, me ofreció jugar una partida. Como es natural, no duró mucho; pero me siento más orgulloso de haber sido derrotado por Stavlokratz que de todas las partidas que he ganado. Después estuvimos charlando cerca de una hora sobre los marineros, y ninguno de los dos logramos explicarnos lo ocurrido. Le conté mis impresiones sobre Jim Bunion y Adam Bailey, y estuvo de acuerdo conmigo en que Bill Sloggs debía de ser el que sabía, aunque no tenía ni idea de cómo había llegado a elaborar aquel gambito, ni aquella variante de su propia apertura.

Yo sabía dónde localizar a los marineros: en aquella taberna, donde iban a pasar toda la velada. Avanzada la noche, volví, y allí les encontré a los tres. Ofrecí a Bill Sloggs dos libras por una partida entre él y yo solos, pero no quiso; al final, sin embargo, aceptó jugarla por un trago. Y entonces descubrí que no había oído hablar de la regla *en passant*, creía que el hecho de dar jaque al rey le impedía enrocar, e ignoraba que un jugador puede tener dos o más reinas en el tablero al mismo tiempo, si consigue a sus peones, o que un peón se puede convertir en caballo; además, cometió todos los errores típicos de que fue capaz en una breve partida, en la que gané. Pensaba sonsacarle el secreto; pero sus compañeros, que habían estado todo el rato en un rincón con el ceño arrugado, se unieron a nosotros y me lo impidieron. Por lo visto, el jugar uno solo suponía una violación del pacto entre ellos; el hecho es que parecían enfadados. Así que abandoné la taberna; y volví al día siguiente, y al otro, y al otro, y vi a menudo a los tres marineros; pero no encontraba a ninguno con ganas de hablar. Había logrado que Stavlokratz se mantuviera al margen, de manera que no tenían con quien apostar una libra; y yo me negaba a jugar, a menos que me dijese el secreto.

Por fin, una noche encontré a Jim Bunion bebido, aunque no tanto como él quería, ya que se había gastado las dos libras; le puse casi un vaso de whisky, o de lo que pasaba por tal en aquella taberna de Over, y al punto me contó el secreto. Les había servido whisky también a los otros para tenerlos tranquilos, y un rato después se marcharon; pero Jim Bunion se quedó conmigo junto a una mesa pequeña, apoyado en ella, y hablándome en voz baja, directamente a la cara, con el aliento oliéndole a lo que pretendía ser whisky.

El viento, afuera, soplaba como sopla en las noches desapacibles de noviembre; llegaba gimiente del sur, hacia donde miraba la taberna con sus cristales emplomados, de manera que nadie más que yo pudo oír la voz de Jim Bunion en el momento de revelarme su secreto.

Habían navegado durante años, me dijo, con Bill Snyth; Bill Snyth había muerto en este último viaje de regreso. Lo habían sepultado en el mar. Exactamente en el otro extremo de la ruta lo sepultaron; y sus camaradas se repartieron sus pertenencias; ellos tres se habían quedado con su cristal, ya que eran los únicos que estaban enterados de su existencia, y de que Bill lo había conseguido una noche en Cuba. Y con él jugaban al ajedrez.

Y siguió hablándome de la noche en que Bill compró el cristal a un desconocido, en Cuba: había gentes que creían haber visto tormentas, pero tenían que haber oído los truenos que reventaron en el momento en que Bill efectuaba la compra del cristal; entonces habrían sabido lo que es tronar. Pero entonces le interrumpí; desafortunadamente, quizá, porque le corté el hilo de su relato, y se puso a divagar, a maldecir a otros y a hablar de otras tierras, de China, de Port Said y de España; pero finalmente conseguí que volviese a Cuba. Le pregunté cómo podían jugar al ajedrez con el cristal; y me dijo que mirabas el tablero, y mirabas el cristal, y allí en el cristal estaba la partida, lo mismo que en el tablero, con todas las extrañas piececitas idénticas, aunque más pequeñas, con las cabezas de caballos y demás; y en cuanto el otro jugador hacía un movimiento, se repetía en el cristal, y a continuación aparecía tu jugada, y todo lo que tenías que hacer era reproducirla en el tablero. Si no hacías el movimiento que veías en el cristal, las cosas empezaban a salirte mal, y se embarullaba todo horriblemente y se movía deprisa, y se enfadaba el cristal, y repetía el mismo movimiento una y otra vez, y se iba volviendo más y más turbio; entonces era mejor apartar la vista, o acababas teniendo pesadillas después, y las dichas figuritas te maldecían en sueños y se pasaban la noche haciendo movimientos insidiosos.

En aquel momento pensé que, como estaba borracho, no me decía la verdad; le prometí presentarle personas que se pasaban la vida jugando al ajedrez, de manera que él y sus compañeros pudiesen ganar una libra cada vez que quisieran; y le prometí también no revelar su secreto, ni siquiera a Stavlokratz, si me decía toda la verdad; promesa que he mantenido hasta mucho después de que perdieran ellos su secreto. Le dije sin rodeos que no me creía lo del cristal. Entonces, Jim Bunion se acodó aún más sobre la mesa, y me juró que había visto al hombre al que Bill le había comprado el cristal, y que era de ésos para los que todo es posible. Para empezar, tenía un pelo tremendamente negro, con unas facciones inconfundibles, incluso allá en el sur, y jugaba al ajedrez hasta con los ojos cerrados, y aun así era capaz de vencer a cualquiera en Cuba. Pero había más: estaba el trato que hizo con Bill, que revelaba ya quién era. Le dio a Bill Snyth aquel cristal a cambio de su alma.

Jim Bunion, acodado en mitad de la mesa y echándome el aliento a la cara, asintió

con la cabeza varias veces y se quedó callado.

Entonces empecé a interrogarle. ¿Se jugaba al ajedrez en Cuba? Me dijo que allí jugaba todo el mundo. ¿Era concebible que un hombre hiciese un trato como el que había hecho Snyth? ¿No era demasiado conocido ese cuento? ¿No venía en centenares de libros? Y aunque no supiera leer, ¿no había oído contar a los marineros que es la aña-gaza más corriente del Diablo para conseguir el alma de las gentes estúpidas?

Jim Bunion se había recostado hacia atrás, en su silla, y sonreía en silencio ante mis preguntas; pero cuando dije lo de gente estúpida, se echó hacia adelante otra vez, acercó su cara a la mía, y me preguntó varias veces si estaba llamando estúpido a Bill Snyth. Al parecer, estos tres marineros tenían en muy alto concepto a Bill Snyth; y a Jim Bunion le irritaba que se dijese nada contra él. Me apresuré a añadir que era el trato lo que me parecía estúpido, no el hombre que lo hacía; porque el marinero se había vuelto casi amenazador, y el whisky de aquella oscura taberna era capaz de hacer enloquecer al más pintado.

Cuando le dije que era el trato lo que me parecía estúpido, volvió a sonreír; y a continuación descargó el puño sobre la mesa, y dijo que nadie se había aprovechado jamás de Bill Snyth, y que era el peor negocio que el Diablo había hecho, y que de todo lo que había oído o leído del Diablo, nada le había salido tan mal como la noche en que conoció a Bill Snyth, una noche de tormenta, en una taberna de Cuba, ya que Bill Snyth tenía el alma más condenada de toda la mar; Bill era buen muchacho, pero tenía el alma irremisiblemente condenada; así que consiguió el cristal gratis.

Sí, él estuvo allí y lo vio todo: a Bill Snyth, sentado en la taberna española con las velas encendidas, y al Diablo entrando de la lluvia, y luego cómo cerraron el trato aquellas dos viejas manos, y el Diablo salió a los relámpagos y a la tormenta desatada, mientras Bill Snyth se quedaba sentado, riendo por lo bajo mientras estallaban los truenos.

Pero yo tenía más preguntas que hacerle, así que interrumpí sus evocaciones. ¿Por qué jugaban siempre los tres juntos? Y una expresión como de temor afloró al rostro de Jim Bunion; y al principio, no quiso hablar. Luego me dijo que por eso: porque no habían pagado nada a cambio de aquel cristal, sino que lo habían tomado como parte que les correspondía en el reparto de las cosas de Bill Snyth. Si hubiesen pagado, si le hubiesen dado a Bill Snyth algo a cambio, todo habría estado bien; pero no era posible, porque ahora Bill estaba muerto, y ellos no sabían si seguía valiendo el viejo trato. Y el Infierno debía de ser un sitio grande y solitario, y no debía de ser muy bueno ir allá; así que los tres estaban de acuerdo en que era mejor seguir juntos, a menos que muriese uno, en cuyo caso lo utilizarían los dos que quedasen, y el que se fuese antes debía esperarles. Y el último en irse se llevaría el cristal, o tal vez el cristal se le llevase a él. No se consideraban, dijo, de la clase de hombres para el Cielo, y confiaba saber cuál era su sitio; aunque no les gustaba la idea de un Infierno solitario, si es que lo había. Eso estaba bien para Bill Snyth, que no tenía miedo de

nada. Había conocido cinco hombres que no tenían miedo a morir; pero a Bill Snyth no le asustaba ni el Infierno. Murió con una sonrisa en la cara, como un niño dormido; la bebida fue lo que mató al pobre Bill Snyth.

Por eso había vencido yo a Bill Sloggs; Sloggs llevaba encima el cristal cuando jugamos, pero no había querido utilizarlo. Estos marineros parecían tenerle miedo a la soledad, como hay quienes tienen miedo a herirse; era el único de los tres que sabía jugar al ajedrez, había aprendido para poder contestar a preguntas y fingir que entendía; pero como pude comprobar, jugaba muy mal. No llegué a ver el cristal: jamás lo enseñaron a nadie; pero Jim Bunion me dijo esa noche que era como un huevo de gallina, si éste fuese redondo. Y a continuación cayó dormido.

Había muchas más preguntas que me hubiera gustado hacerle, pero no le pude despertar. Incluso aparté la mesa para que se cayera al suelo, pero continuó dormido; y toda la taberna estaba a oscuras, salvo una vela que seguía ardiendo; y fue entonces cuando observé que se habían ido los otros dos marineros: no quedábamos allí más que Jim Bunion y yo, y el siniestro camarero de aquella singular taberna, que se había dormido también.

Cuando vi que era imposible despertar al marinero, salí a la oscuridad de la noche. Al día siguiente, Jim Bunion no quiso hablar; y cuando volví a visitar a Stavlokratz, le encontré ya redactando su teoría sobre los marineros, aceptada por los ajedrecistas, según la cual a uno de ellos le habían enseñado el curioso gambito, y los otros dos habían aprendido todas las aperturas defensivas y el juego en general. Aunque no se sabía quién les había enseñado, pese a las indagaciones que se realizaron más tarde por todo el Pacífico sur.

No pude conseguir más detalles de ninguno de los tres marineros; siempre estaban demasiado borrachos para hablar, o no lo bastante para mostrarse comunicativos. Al parecer, había cogido a Jim Bunion en el momento oportuno. Pero mantuve mi promesa; fui yo quien les presenté al Torneo, donde hicieron caer todas las famas reconocidas. Y así siguieron durante meses, sin perder una sola partida, y jugándose siempre una libra cada bando. Yo solía seguirles a todas partes sólo para verles jugar. Eran más maravillosos incluso que Stavlokratz en su juventud.

Pero luego empezaron a permitirse toda clase de libertades, como ceder la reina, cuando jugaban contra adversarios de primera talla. Y al final, un día en que los tres estaban borrachos, jugaron contra el mejor jugador de Inglaterra con una fila de peones tan sólo. Ganaron, por supuesto. Pero la bola se hizo pedazos. Jamás he percibido un olor tan hediondo en toda mi vida.

Los tres marineros se lo tomaron con bastante estoicismo: se enrolaron en barcos distintos, volvieron a la mar, y el mundo ajedrecístico perdió de vista, confío en que para siempre, a los jugadores más notables que había conocido jamás, los cuales habrían podido echar a perder por completo este juego.

LOS TRES CHISTES INFERNALES^[21]

ÉSTA es la historia que me contó aquel hombre desolado en el camino desierto de la montaña, un atardecer de otoño en que se presentía el invierno y bramaban los ciervos.

La tristeza del crepúsculo, la montaña ya negra, la tremenda melancolía de las voces de los ciervos, la cara lúgubre y desamparada del hombre mismo, todo parecía formar parte de una obra patética puesta en escena en aquel valle por algún dios proscrito, de una obra insólita en la que los montes eran el escenario y él su único actor.

Durante mucho rato nos estuvimos viendo aparecer uno y otro de las soledades de aquellos parajes remotos. Luego, al encontrarnos, habló él:

—Voy a contarle una cosa que le va a matar de risa. No quiero guardármela más tiempo. Pero antes tengo que contarle cómo me llegó.

No referiré la historia con sus mismas palabras, con todas sus compungidas exclamaciones y la aflicción de sus frenéticos remordimientos, ya que no quisiera transmitir innecesariamente a mis lectores esa atmósfera de tristeza que había en todo lo que decía, y que parecía acompañarle adondequiera que fuese.

Por lo visto, había sido miembro de un club, el club Westend lo llamó él, una asociación respetable aunque bastante modesta, probablemente con sede en el centro de la ciudad; a él pertenecían agentes de seguros, de seguros contra incendios en su mayor parte, aunque también los había de vida y del automóvil; en realidad, se trataba de un club de viajeros.

Parece ser que una noche, algunos de ellos, olvidando por un momento sus enciclopedias y sus neumáticos sin juntas, hablaban a voces en torno a una mesa de juego, terminada ya la partida, sobre sus virtudes personales; y un hombrecillo bajito y de bigotes engomados que detestaba el sabor del vino se estaba jactando con calor de su sobriedad.

Fue entonces cuando el que contó esta historia luctuosa, incitado por los alardes de los otros, se echó hacia adelante sobre el tapete verde, a la luz de dos velas medio consumidas, y reveló, sin duda con cierta timidez, su extraordinaria virtud. Para él, las mujeres eran todas igual de feas.

Y los achantados jactanciosos se levantaron y se fueron a dormir, dejándole a solas, según creía él, con su inigualable virtud. Sin embargo, no estaba solo; porque en cuanto se hubo ido el resto, se levantó un miembro de un mullido butacón del fondo oscuro de la sala, y se le acercó; era un hombre cuya ocupación ignoraba él, y sólo ahora sospecha.

—Tiene usted —dijo el desconocido— una virtud incomparable.

—Pero no tengo ninguna posibilidad de utilizarla —replicó mi pobre amigo.

—Entonces, sin duda la venderá barata —dijo el desconocido.

Había algo en el ademán o aspecto de aquel hombre que hizo que el desolado narrador de esta triste historia sintiese su propia inferioridad, lo que sin duda le hizo experimentar una intensa timidez, de manera que se le rebajaron los humos como un oriental rebaja su cuerpo en presencia de un superior; o quizá estaba soñoliento, o meramente un poco bebido. Fuera lo que fuese, se limitó a murmurar: «Sí, claro», en vez de rebatir tan absurdo comentario. Y el desconocido le hizo acompañarle a la habitación donde estaba el teléfono.

—Creo que le va a parecer buen precio el que le pagará mi empresa —dijo; y sin más se puso a cortar el cable del teléfono y del auricular con unas tenazas. Habían dejado al viejo camarero que atendía el club en la otra habitación, recogiendo las cosas para la noche.

—¿Qué está haciendo? —dijo mi amigo.

—Venga por aquí —dijo el desconocido. Recorrieron un pasillo que conducía a la parte de atrás del club, se asomó el desconocido por una ventana, y conectó los cables cortados al del pararrayos. Mi amigo no tiene la menor duda al respecto: era una cinta de cobre de media pulgada de ancho, quizá algo más, que bajaba del tejado a tierra.

—¿El Infierno? —dijo el desconocido, acercando la boca al aparato de teléfono; a continuación estuvo un rato en silencio, con la oreja en el auricular, apoyado en la ventana. Luego mi amigo oyó que citaba varias veces su pobre virtud, y palabras como Sí y No.

—Le ofrecen tres chistes —dijo el desconocido—, que harán que quienes los oigan se mueran literalmente de risa.

Creo que mi amigo, en ese momento, no tenía ganas de saber nada de todo aquello, quería irse a casa; dijo que no necesitaba chistes.

—Valoran mucho su virtud —dijo el desconocido. Tras lo cual, por extraño que parezca, mi amigo vaciló; porque lógicamente, si tenían en mucho la mercancía, pagarían buen precio por ella.

—Bueno, de acuerdo —dijo.

El extraordinario documento que el agente se sacó del bolsillo rezaba más o menos así:

«Yo... en pago por los tres nuevos chistes recibidos del Sr. Montagu-Montague, que en adelante se llamará el agente, y su autorización para exponerlos y contarlos, le cedo, entrego, otorgo y pongo a su disposición, todos los reconocimientos, emolumentos, gratificaciones o recompensas a mí debidas, Aquí o en Otro Lugar, a cuenta de la siguiente virtud, a saber: que todas las mujeres son para mí igual de feas». Las diez últimas palabras habían sido escritas a tinta por el señor Montagu-Montague.

Mi pobre amigo lo firmó puntualmente. «Aquí tiene los chistes», dijo el agente. Estaban claramente escritos en tres trozos de papel. «No parecen muy divertidos», dijo el otro cuando los hubo leído. «Usted es inmune —dijo el señor Montagu-Montague—; pero cualquiera que los oiga se morirá de risa: se lo garantizamos».

Una empresa americana había comprado a precio de papel usado cien mil ejemplares del *Diccionario de Electricidad*, escrito cuando la energía eléctrica era algo nuevo —y cuyo autor no había entendido correctamente el tema ni siquiera en su tiempo—; la empresa había pagado 10.000 libras a una respetable editorial inglesa (concretamente a la Briton) a cambio de utilizar su nombre. Y conseguir pedidos para el *Diccionario Briton de Electricidad* era el cometido de mi desventurado amigo. Parece que se le daba bien. Por lo visto, con sólo mirar a un hombre, o echar una ojeada a su jardín, sabía si debía recomendarle el libro como «un éxito de absoluta actualidad, lo mejor en su género, en el mundo de la ciencia moderna», o como «algo original e imperfecto, algo digno de comprar y conservar como tributo a los viejos tiempos que se fueron». Y así, siguió con su pintoresco aunque rutinario trabajo, desechando el recuerdo de esa noche como una ocasión en que se había «excedido un poco», como se dice en los círculos donde la azada no se llama azada ni herramienta agrícola, sino que no se menciona en absoluto porque resulta vulgar.

Hasta que una noche se puso el traje, y se encontró los tres chistes en el bolsillo. Esto le produjo, quizá, un sobresalto. Entonces estuvo pensándolo mucho, al parecer, y el resultado fue que dio una cena en el club, invitando a veinte de sus miembros. A nadie le haría daño una cena, pensó... incluso podía contribuir a su negocio; y si le salía bien un chiste, pasaría por un tipo gracioso, y aún le quedarían otros dos en la manga.

No sé a quién invitó ni cómo se desarrolló la cena, porque se puso a hablar atropelladamente y fue derecho al grano; como el tronco que, al acercarse a la catarata, va cada vez más rápido. Fue servida la cena, circuló el oporto, y estaban fumando los veinte señores, con dos camareros merodeando alrededor, cuando, tras leer atentamente el mejor de los chistes, lo contó a la mesa. Todos rieron. Uno de los asistentes aspiró el humo de su cigarro accidentalmente y farfulló, los dos camareros lo oyeron, y ocultaron sus risitas con la mano; un hombre al que también le gustaba contar chistes quiso permanecer sin reírse, pero se le hincharon las venas peligrosamente al tratar de reprimirla, y al final se echó a reír también. El chiste había tenido éxito; mi amigo sonrió ante la idea; quiso decir unas tímidas palabras al que estaba a su derecha, pero la risa no cesaba, y los camareros no se callaban. Esperó y esperó, asombrado; la risa seguía, ahora claramente más fuerte, y los camareros eran los más ruidosos. Llevaban así tres o cuatro minutos cuando, de pronto, le vino al pensamiento esta idea espantosa: *¡era una risa forzada!* ¿Qué había podido inducirle a contar aquel chiste estúpido? Vio su absurdo como en una revelación; y cuanto más lo pensaba, mientras aquella gente se reía de él, incluso los camareros, más se daba cuenta de que nunca más podría levantar la cabeza frente a sus hermanos representantes. Sin embargo, la risa seguía clamorosa y ahogadora. Estaba sumamente irritado. No servía de mucho tener amigos, pensó, si no eran capaces de pasar por alto un chiste estúpido; además, les había invitado a comer. Y entonces comprendió que no tenía amigos, le desapareció la irritación, y una inmensa

infelicidad descendió sobre él; se levantó en silencio, salió calladamente del salón, y abandonó el club. ¡Pobre hombre!; a la mañana siguiente no tuvo valor siquiera para echar una ojeada a los periódicos. Pero no hacía falta: ese día, escritos en grandes caracteres como si fuesen letra pequeña, los titulares saltaban a la vista por sí solos; y decían: «Veintidós muertos en un Club».

Sí, ahora lo comprendió: la risa no había cesado; probablemente, a unos se les habían reventado las venas, otros se habían ahogado, otros habían sucumbido a la náusea, un ataque al corazón debió de llevarse misericordiosamente a otros; eran sus amigos al fin y al cabo, y no se había salvado ninguno, ni siquiera los camareros. Había sido aquel chiste infernal.

Tomó una rápida determinación, y recuerda claramente como una pesadilla el trayecto a la Estación Victoria, el tren a Dover, y su embarco disfrazado en el transbordador; y una vez a bordo, cómo le sonrieron complacidos, casi obsequiosos, dos policías que deseaban hablar un momento con el señor Watkyn-Jones. Así se llamaba él.

En un vagón de tercera, con las muñecas esposadas, y una conversación forzada cuando la había, regresó a la Estación Victoria con los que le habían detenido, para ser juzgado por homicidio en el Tribunal Supremo de Bow.

En el juicio fue defendido por un joven abogado de considerable talento que había decidido actuar en estrados para aumentar su reputación forense. Y fue hábilmente defendido. No es ninguna exageración decir que el discurso de la defensa demostró que era normal, y hasta natural y correcto, ofrecer una cena a veinte personas y marcharse sin decir palabra, dejándolos muertos a todos, incluso a los camareros. Ésta fue la impresión que quedó en la mente del jurado. Y el señor Watkyn-Jones se consideró prácticamente libre, con todas las ventajas de su horrible experiencia, y sus otros dos chistes intactos. Pero las gentes de leyes andan aún experimentando la nueva acción que permite prestar declaración al acusado. No les gusta dejar de utilizarla por temor a que se piense que desconocen dicha acción, y al abogado que no está al tanto de las últimas leyes no tarda en considerársele atrasado, lo que puede hacerle perder unas 50.000 libras anuales en minutas. Por eso, aunque invariablemente mandan a la horca a sus clientes, no les gusta renunciar a tal recurso.

El señor Watkyn-Jones fue conducido a la barra de testigos. Allí contó la estricta verdad, lo que produjo una mala impresión, después de todas las cosas apasionadas y bellas que había dicho el abogado defensor. Los hombres y las mujeres habían llorado al oírlas. Pero no lloraron al oír a Watkyn-Jones. Algunos disimularon una risita. Ya no pareció correcto y natural que uno dejase muertos a sus invitados y huyese del país. ¿Dónde estaba la Justicia, se preguntaron, si había alguien capaz de una cosa así? Y cuando acabó su historia, el juez, en tono más bien divertido, le preguntó si podía hacerle morir de risa a él también. ¿Y cuál era el chiste? Pues en un lugar tan serio como un Tribunal de Justicia, no hay por qué temer consecuencias fatales de ningún género. Titubeante, el encausado se sacó del bolsillo los tres trozos de papel y

por primera vez se dio cuenta de que el primero y mejor de los tres chistes se había borrado por completo. Sin embargo, aún podía recordarlo con toda claridad. Así que lo contó de memoria al Tribunal.

—Una vez, un irlandés, al pedirle su señor que le trajese la prensa matinal, contestó con su ingenio habitual: «¡Demontre, señor! Si quiere, le traigo prensado el día entero».

Ningún chiste tiene la misma gracia cuando se cuenta por segunda vez: parece que pierde algo de su sustancia; pero Watkyn-Jones no estaba preparado para el terrible silencio con que fue acogido. Nadie sonrió siquiera; sin embargo, había matado a veintidós personas. El chiste era malo, tremendamente malo; el abogado defensor tenía el ceño fruncido, y un ujier hurgaba en una bolsa buscando algo que el juez le había pedido. Y en ese momento, como llegado de muy lejos, y sin pretenderlo el acusado, le vino al pensamiento, y resplandeció en él sin querer disiparse, este antiguo y pernicioso proverbio: «Tanto da que te ahorquen por un cordero como por ciento». El jurado parecía a punto de retirarse. «Tengo otro chiste», dijo Watkyn-Jones; y allí y entonces leyó el segundo trozo de papel. Observó con atención el papel para ver si se borraba, concentrando su atención en esa trivialidad, como suelen hacer a menudo los hombres dominados por una angustia terrible; y casi instantáneamente, desaparecieron las palabras como borradas por una mano, y vio el papel ante sí tan blanco como el primero. Y esta vez sí que se rieron: el juez, el jurado, el fiscal, el público todo, y los guardias severos que le custodiaban a uno y otro lado. No hubo la menor duda respecto a este chiste.

No se quedó a ver el final, y salió con los ojos fijos en el suelo, incapaz de levantar la mirada a derecha ni izquierda. Y desde entonces anda por ahí, evitando puertos y frecuentando lugares solitarios. Dos años lleva por caminos montañosos, pasando hambre a menudo, siempre sin amigos, cambiando constantemente de región, y vagando solo, a cuestras con su chiste mortal.

A veces, forzado por el frío y el hambre, visita las posadas, y oye a los hombres contar chistes, e incluso desafiarse, al anochecer; pero permanece sentado, solo y en silencio, temeroso de que se le escape de la mano su última arma, y de que ese último chiste siembre el dolor en un centenar de hogares. Le ha crecido la barba; se le ha vuelto gris, y lleva musgo y abrojos enredados en ella, de modo que nadie, ni siquiera la policía, reconocería ahora en él al atildado representante que vendía el *Diccionario Briton de Electricidad* en una tierra muy distinta.

Concluida su historia, se quedó callado; luego le tembló el labio, como si fuese a añadir algo. Creo que pensaba librarse de un chiste mortal allí mismo, en aquel camino de la montaña, y tal vez ir a parar, con sus tres trozos de papel en blanco, a un calabozo, sumando una muerte más a su lista de crímenes, pero inofensivo al fin para los hombres. Así que me apresuré a marcharme; sólo oí que murmuraba tristemente tras de mí, abatido y cabizbajo, completamente solo en el crepúsculo, quizá contando una y otra vez su último chiste infernal.

EL BOTÍN DE LOMA^[22]

CAMINO de regreso, cargados con el botín de Loma, los cuatro hombres altos marchaban mirando gravemente a la derecha; a la izquierda no se atrevían, porque el precipicio que bordeaban desde hacía ya bastante tiempo descendía vertiginosamente hasta un banco de nubes, y sólo el miedo les hacía imaginar cuánto más abajo seguía desde allí.

Loma, convertida en ruinas, humeaba tras ellos con todos sus defensores muertos: no quedó ni uno solo para perseguirles; sin embargo, su instinto indio les decía que no todo iba bien. Hacía tres días que caminaban por esta estrecha cornisa, con una pared totalmente lisa, increíble, encima de ellos, y un precipicio totalmente liso, igual de gigantesco, debajo. Hacía frío en las montañas; de noche, un río o un viento encajonado en la negrura del abismo producía una especie de murmullo; la quietud de todo lo demás empezaba a minarles el ánimo, el rugido de un enemigo les habría infundido valor; empezaban a desear que fuese más ancho este sendero peligroso, empezaban a desear no haber saqueado Loma.

De haber sido más ancho el camino, sin duda les habría resultado más difícil el saqueo, ya que sus habitantes habrían fortificado la ciudad; pero la tremenda angostura de este desfiladero de diez leguas de largo entre montes había hecho que Loma, rodeada por un barranco, fuese inexpugnable. Finalmente, había dicho un indio: «Vayamos a saquearla». Y en el campamento se rieron con acritud. Sólo las águilas, dijeron, habían visto sus tesoros de esmeraldas y sus dioses de oro. Y uno dijo que llegaría hasta ella; y los demás exclamaron: «Sólo las águilas».

Fue Cara Riente el que lo había dicho; y reunió treinta guerreros y los guió hasta Loma con sus tomahawks y sus arcos; ahora quedaban sólo cuatro, pero traían el botín de Loma sobre una mula. Llevaban cuatro dioses de oro, cien esmeraldas, cincuenta y dos rubíes, un gran gong de plata, dos bastones de malaquita con mango de amatista para sostener el incienso en las ceremonias religiosas, cuatro copas de un pie de alto, talladas cada una de un cristal de cuarzo rosa, un cofrecillo hecho con dos diamantes, el cual (¡ojalá lo hubiesen sabido!) guardaba la maldición de un sacerdote. Estaba escrita sobre pergamino, en una lengua desconocida, y la había echado al botín la mano de un moribundo.

La noche estaba cerrando de un extremo al otro de aquella cornisa estrecha y terrible; era la tercera que descendía de las alturas y subía de las profundidades hacia ellos, desde que había ardido Loma y salieran de ella. Tres días más de marcha les llevarían triunfales a casa; sin embargo, el instinto les decía que no todo iba bien. Los que permanecemos en casa y corremos las persianas y cerramos los postigos en cuanto anochece, los que nos reunimos junto al fuego cuando el viento sopla con furia, los que rezamos en momentos normales y en capillas familiares, sabemos poco del aspecto demoníaco de la noche cuando viene cargada de maldiciones de dioses

falsos y enfurecidos. Así era la noche ésta. Aunque en lo alto las nubes pasaban lentas y algodonosas, en el abismo el viento gemía lastimero, afligido y lleno de dolor; pero cuando el día se retiró de este siniestro sendero, surgió en su voz una amenaza definida que fue creciendo más y más, hasta convertirse, con la noche, en un aullido prolongado. Por delante de las estrellas pasaban sombras sin cesar; luego, de pronto, cayó la bruma, como si hubiera que hacer algo en seguida y esconderlo por completo; como así era en verdad.

Y en medio del frío de aquella niebla, los cuatro hombres altos rezaron a sus tótems, caprichosas figuras de madera que, allá lejos, observaban las tiendas apacibles. Aún danzaría en sus rostros, a estas horas, el resplandor de las llamas, y les llegarían al oído deliciosos relatos de guerra. Se detuvieron, pues, en el desfiladero, rezaron, y se pusieron a esperar alguna señal. Porque el tótem de un hombre puede adoptar la semejanza de una nutria; y al rezarle, si el tótem es clemente y observa al orante, al punto puede dejar oír un ruido como el que emite la nutria, aunque sólo sea una piedra al caer sobre otra; y ese ruido será una señal. Los tótems de los cuatro hombres que ahora se hallaban tan lejos tenían semejanza de conejo, de oso, de garza y de lagarto. Esperaron; pero no les llegó ninguna señal. Pese a todos los ruidos del viento en el abismo, ninguno era como el sordo golpeteo del conejo al correr, ni como el gruñido del oso, o el grito de la garza, o el susurro del lagarto en el cañaveral.

Parecía que el viento repetía algo una y otra vez, algo perverso. Rezaron de nuevo a sus tótems, pero no les llegó ninguna señal. Y entonces comprendieron que esa noche había un poder que prevalecía sobre las benévolas tallas de los postes pintados, con el resplandor del fuego en sus caras, que les esperaban allá lejos. Entonces, claramente, el viento dijo algo; algo muy, muy espantoso, en una lengua que ellos desconocían. Prestaron atención, pero no le entendieron. Nadie, de haber observado sus caras, habría acertado a decir con exactitud lo mucho que deseaban volver a sus tiendas, a sus hogueras, a las historias de guerra y a los tótems propicios que escuchaban y sonreían en la oscuridad; nadie habría adivinado hasta qué punto comprendían que no era ésta una noche corriente, ni aquélla una niebla normal.

Cuando finalmente vieron que no les llegaba respuesta ni señal de sus tótems, extrajeron del saco los dioses de oro que Loma no entregó hasta que estuvo en llamas y hubieron muerto sus hombres. Tenían grandes ojos de rubíes y lenguas de esmeralda. Depositaron en el desfiladero de aquellas montañas los ídolos de piernas cruzadas y lenguas de esmeralda; y tras retirarse unas yardas, distancia que juzgaron que debía mediar entre las divinidades y los hombres, se inclinaron; y en el trance desesperado en que estaban esa noche húmeda y presagiosa, rezaron a los dioses que habían ofendido; porque parecía que sobre los montes flotaba una venganza de la que difícilmente escaparían, como el viento sabía muy bien. Y los dioses, los cuatro, se echaron a reír, y movieron sus lenguas de esmeralda, cosa que los indios llegaron a ver, aunque había cerrado la noche y la niebla había descendido. Se pusieron en pie de un salto los cuatro hombres, y allí mismo habrían dejado a los dioses; pero

temieron que algún cazador de su tribu los encontrase un día, y dijese de Cara Riente: «Huyó, dejándose atrás sus dioses de oro», y vendiese aquel oro, y llegase al campamento con sus riquezas, y fuese más grande que Cara Riente y sus tres hombres. Y pensaron arrojar los dioses al abismo, con sus ojos y sus lenguas de esmeralda; pero comprendieron que ya habían ofendido demasiado a los dioses de Loma, y temieron que les esperase sobrada venganza en los montes. Así que los volvieron a meter en el saco, los cargaron de nuevo sobre la asustada mula junto con la maldición cuya existencia ignoraban, y prosiguieron en medio de la noche amenazadora. Hasta la medianoche, caminaron sin detenerse a dormir; la oscuridad se iba volviendo más siniestra por momentos, y el viento más cargado de amenaza; y la mula, que lo percibía, temblaba; y el viento parecía percibirlo también, igual que el instinto de los cuatro hombres altos, aunque no lograban encontrar explicación, por mucho que se esforzaban.

Y aunque sus *squaws* les esperaron mucho tiempo donde el desfiladero deja las montañas, cerca de las tiendas desplegadas en la llanura, con los tótems y las hogueras, y aunque vigilaron durante todo el día, y durante muchas noches alzaron sus voces profiriendo llamadas familiares, no vieron reaparecer de las montañas a los cuatro hombres altos, por mucho que rezaron a los tótems de los postes pintados. Porque la maldición escrita en místicos caracteres que llevaban sin saber en el saco se cumplió en el desfiladero solitario, a seis leguas de las ruinas de Loma, sin que nadie pueda decirnos cuál fue.

LA TORRE VIGÍA^[23]

UN día de abril, en Provenza, me hallaba sentado en una colina que dominaba un antiguo pueblo al que godos y vándalos han impedido su «puesta al día».

En lo alto de la colina había un castillo viejo y derruido con una torre vigía, y un pozo de estrechos escalones en el que aún había agua.

La torre, que miraba hacia el mediodía con sus aspilleras descuidadas, tenía ante sí un ancho valle inundado por la luz apacible del crepúsculo y el murmullo de las criaturas del anochecer: observaba parpadear las hogueras de los vagabundos en las colinas, el bosque largo y negro de pinos, detrás, una estrella recién aparecida, y la oscuridad que se remansaba lentamente sobre el Var.

Y escuchando el croar de las ranas, oyendo claramente a lo lejos, aunque transmutadas por el atardecer, mirando cómo se encendían unas tras otras las ventanas del pueblo y cómo oscurecía solemnemente el crepúsculo, se le iban a uno del pensamiento muchas cosas que parecían importantes durante el día, y la noche infundía extrañas figuraciones en su lugar.

Se habían levantado pequeñas brisas que susurraban aquí y allá; empezaba a refrescar. Y me disponía a bajar de la colina, cuando oí una voz detrás de mí que decía: «Cuidado, cuidado».

Hasta tal punto me pareció que la voz formaba parte de la oscuridad creciente que no me volví en seguida; era como esas voces que uno oye dormido y cree que pertenecen a su sueño. Y volvió a repetir monótona la misma palabra, en francés.

Al volverme, descubrí a un viejo con un cuerno. Tenía una barba blanca, asombrosamente larga; y aún seguía repitiendo despacio: «Cuidado, cuidado». Evidentemente, acababa de salir de la torre, junto a la cual estaba detenido, aunque yo no había oído pasos de ninguna clase. De haberseme acercado un hombre en silencio, a semejante hora y en aquel paraje tan solitario, me habría asustado; pero casi en seguida vi que era un espíritu; y con su tosco cuerno y su larga barba blanca y su paso sigiloso parecía tan natural en aquel momento y lugar que le hablé como quien habla con un compañero de viaje que le pide que suba el cristal de la ventanilla.

Le pregunté de qué había que tener cuidado.

—¿De qué va a ser —dijo—, sino de los sarracenos?

—¿De los sarracenos? —dije.

—Sí, de los sarracenos, de los sarracenos —contestó, y blandió el cuerno.

—¿Y quién es usted? —dije.

—Yo soy el espíritu de la torre —dijo.

Cuando le pregunté cómo era que andaba con un aspecto tan humano y tan distinto de la torre material que tenía junto a él, contestó que las vidas de todos los vigías que habían tenido el cuerno en la torre habían pasado a formar parte del espíritu de la torre. «Supone un centenar de vidas —dijo—. Nadie se hace cargo del

cuerno últimamente, y tienen abandonada la torre. Cuando las murallas se encuentran en tan mal estado, vienen los sarracenos: siempre ocurre así».

—Hoy en día ya no vienen sarracenos —dije.

Pero miraba por encima de mí, concentrado, y no pareció enterarse de lo que yo le decía.

—Bajarán por esas colinas —dijo, señalando hacia el mediodía—, saldrán de aquel bosque al anochecer, y yo tocaré el cuerno. La gente del pueblo acudirá a la torre otra vez; pero las aspilleras están en muy mal estado.

—Ya no tenemos noticias de los sarracenos, hoy en día —dije.

—¡Noticias de los sarracenos! —dijo el viejo espíritu—. ¡Noticias de los sarracenos! Una noche saldrán en silencio de aquel bosque, con los largos vestidos blancos que llevan, y yo haré sonar mi cuerno. Ésa es la primera noticia que se tiene de los sarracenos.

—Yo me refiero —dije— a que no vienen ya. No pueden venir, y los hombres tienen miedo de otras cosas.

Porque pensé que quizá descansaría el viejo espíritu, si se enteraba de que los sarracenos no podían volver. Pero dijo: «No hay nada en el mundo de lo que se pueda tener miedo, salvo de los sarracenos. Lo demás no tiene importancia. ¿Cómo van a tener miedo los hombres de otras cosas?»

Entonces me puse a explicárselo, para que pudiese descansar; le dije que toda Europa, y Francia en especial, poseía terribles ingenios de guerra, en tierra y en el mar; y que los sarracenos no tenían ingenios así ni en tierra ni en el mar, por lo que de ningún modo podían cruzar el Mediterráneo, o librarse de ser destruidos en la costa, en caso de que llegasen hasta allí. Hice alusión a los ferrocarriles europeos, que podían trasladar ejércitos, de día o de noche, más deprisa de lo que podían galopar los caballos. Y cuando se lo hube explicado lo mejor que pude, contestó: «Con el tiempo, todas esas cosas pasarán, y quedarán los sarracenos».

Y entonces le dije: «Hace más de cuatrocientos años que no hay sarracenos en Francia ni en España».

Y dijo él: «¡Los sarracenos! Tú no conoces su astucia. Ésa ha sido siempre su táctica. No vienen durante un tiempo, durante mucho tiempo; y luego, un día, se presentan».

Y atisbando hacia el mediodía, pero sin ver claramente a causa de la niebla creciente, regresó en silencio a su torre, y subió por sus rotos peldaños.

EL PÁJARO DEL OJO DIFÍCIL ^[24]

LOS hombres y mujeres observadores que conocen bien Bond Street comprenderán mi asombro al comprobar en una joyería que nadie me vigilaba de reojo. Y no sólo eso, sino que cuando cogí una piedrecita tallada para examinarla, no se puso a rondar a mi alrededor ningún dependiente. Avancé a lo largo del establecimiento, pero nadie me siguió solícito.

Pensando que había debido de ocurrir alguna extraordinaria revolución en el ramo de la joyería, me fui a ver, picado por la curiosidad, a un individuo viejo y raro, mitad hombre y mitad demonio, que posee un tienda de ídolos en una calleja del centro de la ciudad y que me tiene informado de los asuntos relacionados con el Borde del Mundo. Y brevemente, tras tomar un pellizco de incienso a modo de rapé, me facilitó esta tremenda información: que el señor Neepey Thang, hijo de Thangobrind, había regresado del Borde del Mundo, y que incluso se encontraba esos días en Londres.

Puede que tal información no parezca tremenda a quienes no están al corriente del origen de las joyas; pero si digo que el único ladrón contratado por todos los joyeros de West-End, desde el triste fin del famoso Thangobrind, es el mismísimo Neepey Thang, y que en París no hay nadie como él en cuanto a agilidad de dedos y rapidez de pies descalzos, se comprenderá por qué a los joyeros de Bond-Street no les preocupa ya qué había sido de su viejo proveedor.

Ese verano hubo en Londres gruesos diamantes y unos cuantos zafiros abultados. En ciertos reinos asombrosos de más allá de Oriente, extraños soberanos echaron de menos en sus turbantes algún trofeo heredado de antiguas guerras, y aquí y allá, los guardianes de las joyas de la corona que no sabían de los pies descalzos de Thang fueron sometidos a interrogatorio, y murieron lentamente.

Y los joyeros dieron una pequeña cena a Thang en el Hotel Gran Magnífico; hacía cinco años que no se abrían sus ventanas, y hubo vino de a guinea la botella que no era posible distinguir del champán, y cigarros de media corona con vitola de La Habana. En total, fue una espléndida velada para Thang.

Pero no tengo más remedio que referir algo mucho más triste que una cena de hotel. El público quiere joyas, y hay que conseguírselas. Así que tengo que contar el último viaje de Neepey Thang.

Ese año estaban de moda las esmeraldas. Un hombre llamado Green había cruzado el Canal recientemente en bicicleta, y los joyeros dijeron que para conmemorar tal acontecimiento, lo más apropiado era una piedra verde, por lo que recomendaron las esmeraldas.

Ahora bien, cierto prestamista del barrio de Baratura que acababa de ser nombrado par había dividido sus ganancias en tres partes iguales: una para comprar el título, la mansión, el parque y los veinte mil indispensables faisanes, y otra para mantener su posición, en tanto que la tercera la guardó en un banco extranjero, en

parte para defraudar al recaudador de impuestos del propio país, y en parte porque pensaba que el disfrute del título iba a ser poco duradero, y que en cualquier momento podía ser llamado a empezar de nuevo en alguna otra parte. El mantenimiento de su posición incluía joyas para su mujer; y así fue cómo lord Castelnorman efectuó un pedido de unas cuantas esmeraldas de calidad a dos conocidos joyeros de Bond-Street, llamados Sres. Grosvenor y Campbell, por valor de 100.000 libras esterlinas.

Pero las esmeraldas que tenían en existencia eran casi todas pequeñas y estaban deslucidas por el tiempo que llevaban expuestas, y Neepey Thang tuvo que partir inmediatamente, antes de haber pasado una semana completa en Londres. Expondré brevemente su plan. No eran muchos los que lo sabían; porque cuando tu negocio adopta la forma de chantaje, cuantos menos acreedores tengas, mejor (lo cual, naturalmente, es válido en todo momento en diversa medida).

En las costas de los procelosos mares de Shiroora Shan crece un árbol aislado, y en sus ramas es donde únicamente construye su nido el Pájaro del Ojo Difícil. Neepey Thang había tenido noticia cierta de que si el pájaro emigraba al País de las Hadas antes de incubar los tres huevos, éstos se convertirían indefectiblemente en esmeraldas; mientras que si llegaban a la eclosión podía resultar mal asunto.

Cuando mencionó los tres huevos a los Sres. Grosvenor y Campbell, éstos dijeron: «Perfecto». Eran hombres de pocas palabras en inglés, ya que no era su lengua natal.

Así que Neepey Thang se puso en camino. Compró su billete rojo en la Estación Victoria. Fue por Herne Hill, Bromley y Bickley, y pasó St. Mary Cray. Cambió en Eynsford; y tomando un sendero a lo largo de un valle serpeante, se internó entre colinas. Y en la cima de una de ellas, donde había un bosquecillo y todas las anémonas estaban abiertas desde hacía tiempo y llegaba errabunda la fragancia de la hierbabuena y el tomillo, halló Thang otra vez el sendero familiar, antiquísimo y hermoso como un prodigio, que conduce al Borde del Mundo. Poco significaban para él los sagrados recuerdos de este sendero que forman parte del secreto de la tierra, ya que iba en misión de negocios; como significarían poco para mí, si alguna vez los consignara por escrito. Baste decir que bajó por ese sendero, alejándose cada vez más de nuestros campos conocidos, sin parar de murmurar para sí durante todo el trayecto: «¿Y si los huevos han sido incubados, y el asunto sale mal?» El encanto que envuelve esas tierras solitarias situadas tras las colinas gredosas de Kent aumentaba a cada jornada de camino que hacía. Las cosas que veía por el pequeño Sendero del Borde del Mundo se iban volviendo más extrañas. Muchos crepúsculos descendieron, con todos sus misterios, sobre su viaje, y muchas estrellas fugaces; muchas madrugadas acudieron al toque argentino de unos cuernos, hasta que aparecieron a la vista los elfos destacados que vigilan las fronteras del País de la Hadas, y las crestas relucientes de las tres montañas del País de las Hadas anunciaron el fin de su expedición. Y con paso doloroso (porque los litorales del mundo están cubiertos de

cristales enormes), llegó a los procelosos mares de Shiroora Shan, y vio cómo batían en la grava los restos de las estrellas naufragadas; los vio, y oyó el rugir de estos mares sin barcos que, entre el mundo y la tierra de las hadas, se hinchan bajo el furor de vientos poderosos que no son ninguno de los cuatro nuestros. Y allí, en la oscuridad de esta costa gris —pues la oscuridad se precipitaba sesgada desde el cielo como con alguna perversa intención—, se erguía aquel árbol nudoso, caduco, solitario. Mal sitio para hallarse uno allí después de oscurecer; y la noche cayó con multitud de estrellas, y las alimañas que merodeaban en la negrura husgularon^[25] a Neepey Thang. Y allí, en una rama baja, al alcance de la mano, vio claramente al Pájaro del Ojo Difícil, empollando en su nido por el que es famoso. Estaba de cara hacia aquellas tres inescrutables y lejanas montañas, al lado de los mares procelosos, cuyos valles ocultos constituyen el País de la Hadas. Aunque aún no era otoño en los campos que nosotros conocemos, era casi pleno invierno aquí: momento en que, como Thang sabía muy bien, el ave incubaba sus huevos. ¿Había calculado mal, entonces, y había llegado tarde? Sin embargo, aunque el pájaro estaba a punto de emigrar, agitó las alas y siguió mirando hacia el País de las Hadas. Thang no perdió la esperanza, y elevó una plegaria a esos dioses paganos cuyo rencor y venganza tenía él sobrado motivo para temer. Parece que era demasiado tarde, o resultó escasa la oración para aplacarlos; porque allí y entonces llegó la caricia del invierno, y se abrieron los huevos, en medio del rugido de los mares de Shiroora Shan, antes de que el pájaro emigrara con su ojo difícil; y en efecto, fue mal asunto para Neepey Thang: no tengo valor para añadir nada más.

—Vaya —dijo lord Castelnorman unas semanas más tarde a los Sres. Grosvenor y Campbell—, ustedes no se quedan cortos tomándose tiempo para traer esas esmeraldas.

EL CLUB DE LOS EXILIADOS^[26]

ERA una velada; y algo que me había dicho alguien me había incitado a hablar de un tema que para mí está lleno de fascinación: el de las religiones antiguas y los dioses olvidados. La verdad (porque todas las religiones tienen parte de ella), la sabiduría, la belleza de las religiones de los países que visito, no tienen el mismo atractivo para mí; porque sólo vemos en ellas su tiranía, su intolerancia, y la abyecta servidumbre que exigen al pensamiento; pero cuando en el cielo es destronada una dinastía, y queda olvidada y proscrita incluso entre los hombres, nuestros ojos, al no sentirse ya deslumbrados por su poder, descubren algo melancólico en el semblante de esos dioses caídos que suplican que se les recuerde, algo casi lacrimosamente bello, como un largo y cálido crepúsculo veraniego que se va consumiendo tras su día memorable en la historia de las guerras terrenas. Entre lo que Zeus fue en el pasado, por ejemplo, y la fábula semiolvidada que es hoy día, media un espacio tan grande que no hay cambio de fortuna conocido por el hombre que nos sirva para medir la altura desde la que ha caído. Y lo mismo sucede con muchos otros dioses, ante los cuales temblaron en otro tiempo los siglos, y cuyas historias trata el siglo xx como un cuento de viejas. La fortaleza que tal caída requiere es sin duda más que humana.

Algo así estaba diciendo yo. Y dado que se trataba de un tema que me apasiona, seguramente hablaba demasiado alto. Lo cierto es que no me había dado cuenta de que, justo detrás de mí, de pie, estaba nada menos que el ex rey de Eritivaria, las treinta islas de Oriente; de haberlo sabido, habría bajado la voz y me habría apartado para dejarle más sitio. No me enteré de su presencia hasta que uno de sus satélites, que había sido desterrado con él, aunque seguía orbitando a su alrededor, me dijo que su señor deseaba conocerme; y para mi sorpresa, fui presentado a él, aunque ni el uno ni el otro sabían mi nombre. Y así es como fui invitado por el ex rey a cenar en su club.

Entonces sólo pude explicarme su deseo de conocerme pensando que, dada su condición de exiliado, encontraba cierto parecido entre su suerte y la de los dioses caídos de los que acababa de hablar en su presencia sin saberlo; pero ahora sé que no era en él mismo en quien estaba pensando cuando me pidió que fuese a cenar a aquel club.

El edificio habría resultado imponente en cualquier calle de Londres; pero en aquel sórdido y oscuro barrio londinense donde estaba enclavado, parecía exageradamente enorme. Descollando por encima de todas aquellas casas miserables, y construido en ese estilo griego que llamamos georgiano, tenía algo de olímpico. Para mi anfitrión, el que una calle careciese de popularidad no suponía nada: durante su juventud, todo lugar visitado por él se ponía de moda desde el instante en que llegaba; términos como East End no significaban nada para él.

Quienquiera que fuese el que había construido la casa poseía una fortuna

cuantiosa y le tenía sin cuidado la moda; quizá la despreciaba. Y me había detenido yo a contemplar los magníficos ventanales de la parte superior, cubiertos con grandes cortinajes, indistintos a la luz del anochecer, en los que fluctuaban sombras enormes, cuando mi anfitrión me llamó desde la puerta; fui para allá, y me encontré por segunda vez con el ex rey de Eritivaria.

Ante nosotros, una escalinata de raro mármol conducía arriba. Me llevó abajo por una puerta lateral, y entramos en un suntuoso salón de recepciones. Una mesa larga ocupaba el centro, dispuesta para veinte personas; y observé la particularidad de que, en vez de sillas, había tronos para todos los comensales excepto para mí, que era el único invitado y me habían asignado una silla corriente. Cuando estuvimos todos sentados, mi anfitrión me explicó que todo el que pertenecía al club era rey por derecho.

En realidad, el club no aceptaba a nadie, me dijo, hasta que sus pretensiones a un reino, expuestas por escrito, habían sido examinadas y aprobadas por aquéllos a quienes competía tal misión. Jamás tenían en cuenta los responsables de tal investigación los antojos del populacho ni la ambición del propio aspirante; nada contaba para ellos sino su descendencia de reyes de manera legítima y hereditaria. Todo lo demás era ignorado. En esa mesa había quienes habían reinado en otro tiempo; otros pretendían legítimamente provenir de reyes que el mundo había olvidado, algunos de cuyos reinos por ellos reclamados habían cambiado de nombre. Hatzgurtb, el reino de las montañas, es considerado casi mítico.

Pocas veces he visto un esplendor más grande que el que ofrecía aquel largo salón situado bajo el nivel de la calle. Seguramente, durante el día debía de ser algo sombrío, como lo son todos los espacios que ocupan el sótano; pero por la noche, con sus grandes arañas de cristal y el esplendor de los objetos que les habían acompañado en el destierro, superaba el esplendor de los palacios habitados por un solo rey. La mayoría de estos reyes, o sus padres o abuelos, habían llegado a Londres precipitadamente; algunos habían salido de sus reinos de noche, en un liviano trineo, fustigando a los caballos; o habían cruzado la frontera al galope, de madrugada; otros habían tenido que caminar a pie durante días, huyendo disfrazados de la capital; aunque muchos de ellos habían tenido tiempo, al marcharse, de coger algunas cosas sin precio en el mercado, como recuerdo de los viejos tiempos según decían, pero también, me pareció a mí, pensando en el futuro. Y tales tesoros centelleaban allí, sobre aquella mesa larga del salón de recepciones del extraño club. Sólo verlos representaba ya mucho; pero oír las historias que contaban sus dueños era como retroceder con la imaginación a los tiempos épicos, al límite romántico entre la realidad y la fábula, donde los héroes históricos lucharon con los dioses mitológicos. Allí estaban los famosos caballos plateados de Gilgianza, subiendo por fragosas montañas, cosa que hicieron por medios milagrosos antes del tiempo de los godos. No era una pieza de plata grande, pero su artesanía sobrepujaba en excelencia a la habilidad de las abejas.

Un emperador de raza amarilla había sacado de Oriente una pieza de esa incomparable porcelana que ha hecho famosa a su dinastía, aunque han sido olvidadas todas sus hazañas: tenía el matiz exacto del púrpura.

Y había una estatuilla de oro que representaba un dragón robándole un diamante a una dama; tenía el diamante entre sus garras: un diamante grande y de primer orden. Hubo un reino cuya formación e historia entera se fundaban en la leyenda —sólo por la cual sus reyes habían reclamado su derecho al trono— de que un dragón había robado un diamante a una dama. Cuando su último rey abandonó el país porque su general favorito utilizaba una particular formación bajo el fuego de la artillería, se llevó consigo esta antigua figurita que ya no le acreditaba como rey fuera de este club singular.

Había un par de copas de amatista pertenecientes al rey de Foo, que usaba turbante. En una de ellas bebía él; la otra la ofrecía a sus enemigos: el ojo no era capaz de distinguir cuál era cuál.

El ex rey de Eritivaria me fue mostrando todas estas cosas, al tiempo que me contaba la maravillosa historia de cada una; tuyas no había sacado ninguna, aparte de la mascota que en otro tiempo solía llevar sobre el radiador de su automóvil favorito.

No he descrito ni la décima parte del esplendor de aquella mesa, a la que pensé volver para examinar cada pieza de la vajilla, y tomar notas sobre su historia; de haber sabido que era la última vez que iba a querer entrar en dicho club, habría prestado más atención a sus tesoros. Pero ahora que ya se servía el vino y los exiliados empezaban a charlar, aparté la mirada de la mesa y me puse a escuchar extraños relatos sobre sus antiguos dominios.

El que ha conocido tiempos mejores tiene por lo general una penosa historia que contar: algo mezquino y vulgar le ha acarreado la ruina; pero los que cenaban en aquel salón habían caído en su mayoría como robles en una noche de tempestad excepcional; habían caído con fuerza tremenda, y se había estremecido una nación. Los que no habían sido reyes, pero lo reivindicaban como herederos de un antecesor exiliado, tenían historias de desastres aún mayores, en las que la historia parecía haber suavizado el destino de su estirpe como el musgo suaviza el tronco de un roble caído hace tiempo. No había celos, como suele haberlos con frecuencia entre los reyes: la rivalidad debió de cesar con la pérdida de sus súbditos y de sus ejércitos, y no mostraban ningún resentimiento contra los que los habían expulsado; uno de ellos se refirió al «error» de su primer ministro, por el que él había perdido su trono, comentando: «Al pobre Friedrich le concedió el cielo el don de la torpeza».

Charlaban sosegadamente de muchas cosas; era el parloteo que todos organizamos cuando estamos aprendiendo, y podía haber escuchado un sinfín de historias maravillosas y haber conocido muchas anécdotas de guerras misteriosas, de no haberseme ocurrido hacer uso de una palabra desafortunada. Esa palabra fue «arriba».

El ex rey de Eritivaria, tras señalarme aquellos objetos únicos a los que he hecho

referencia, y otros muchos, me había preguntado con afabilidad si había alguna otra cosa que deseaba ver; pero yo, que había visto de pasada la maravillosa escalinata cuya balaustrada me había parecido de oro macizo, y estaba asombrado de que, en un edificio tan suntuoso, prefiriesen cenar en un salón del sótano, mencioné la palabra «arriba». Un silencio, como ante un sacrilegio, descendió sobre toda la reunión: un silencio que se habría podido acoger con ligereza en una catedral.

—¿Arriba? —dijo con voz entrecortada—. Nosotros no podemos ir arriba.

Comprendí que había dicho una inconveniencia. Quería excusarme, pero no sabía cómo.

—Por supuesto —murmuré—, los miembros no pueden llevar arriba a los invitados.

—¿Los miembros? —dijo—. ¡Nosotros no somos miembros!

Había tal reproche en su voz que no dije nada más: le miré inquisitivamente; tal vez se movieron mis labios; tal vez dije: «¿Qué son, entonces?» Una gran sorpresa se había apoderado de mí ante la actitud de todos ellos.

—Nosotros somos los camareros —dijo.

Yo no podía haberlo sabido; aquí, al menos, no tenía por qué avergonzarme de mi modesta ignorancia: la misma opulencia de la mesa parecía contradecirlo.

—Entonces, ¿quiénes son los miembros? —pregunté.

Se produjo tal tensión ante esta pregunta, un silencio tan pavoroso, que de repente me vino una idea descabellada al pensamiento, una idea extraña y fantástica y terrible. Agarré a mi anfitrión por la muñeca, y le susurré:

—¿Son también exiliados?

Dos veces asintió con la cabeza mientras me miraba con gravedad.

Me marché del club a toda prisa, para no volver a visitarlo, sin detenerme apenas a decir adiós a aquellos reyes domésticos; y en el instante en que salía se abrió uno de los ventanales superiores, brotó de él un relámpago, y una centella fulminó a un perro.

ORIENTE Y OCCIDENTE^[27]

ERA plena noche y pleno invierno. Un viento espantoso traía cellisca de oriente. Gemían las largas matas marchitas. Dos pequeñas manchas de luz aparecieron en la llanura desolada; un hombre, en un *hansom-cab*, recorría el norte de China.

Iba solo con el cochero y el desalentado caballo. El cochero llevaba una esclavina impermeable y, por supuesto, un sombrero de seda encerada; en cambio, el viajero no llevaba más que un traje de etiqueta. No tenía bajada la portezuela de cristal porque el caballo se caía a menudo; la cellisca le había apagado el cigarro, y hacía demasiado frío para poder dormir. Los dos faroles llameaban con el viento. A la luz incierta de una lámpara de vela que parpadeaba en el interior, un pastor manchó que observó pasar el vehículo por la llanura donde guardaba sus ovejas de los lobos vio por primera vez un traje de etiqueta. Y aunque lo vislumbró confusamente, y lo que vio estaba mojado, fue como volver los ojos mil años atrás; porque, como su civilización es mucho más vieja que la nuestra, probablemente han pasado por todas esas cosas.

Lo observó estoicamente, sin extrañarse ante tal novedad —si es que efectivamente era una novedad en China—, meditó unos momentos sobre ella de un modo ajeno a nosotros, y cuando hubo sumado a su filosofía lo poco que pudo extraer de la visión de este *cab*, volvió a su consideración de la posibilidad de que hubiese lobos esa noche, y a los pensamientos ocasionales que sacaba para su consuelo de las leyes de China, conservadas para estos usos. Y esta noche tenía mucha necesidad de tal consuelo. Pensó en la leyenda de una dama dragón que era más hermosa que las flores, sin igual entre las hijas de los hombres, y que poseía un encantador aspecto humano, aunque su padre había sido un dragón, si bien la ascendencia de éste se remontaba a los dioses de la antigüedad, por lo que en todos sus ademanes era divina, como los primeros de su raza, que fueron más sagrados que el emperador.

Un día descendió esta joven de su pequeño país, un hermoso valle oculto entre las montañas; por el paso de las montañas bajó, y las rocas del agreste paso sonaron como campanillas junto a ella al rozarlas sus pies desnudos; como campanillas de plata, para alegrarla; el sonido que produjeron fue como el de los cascabeles de los dromedarios de un príncipe cuando regresan al atardecer: tintinean sus cascabeles de plata y las gentes de los pueblos sienten alegría. Había bajado a coger la amapola encantada que crecía —y crece hasta el día de hoy, aunque los hombres no sean capaces de encontrarla— en un campo que se extiende al pie de las montañas; si se cogía una, todos los hombres de raza amarilla lograrían la felicidad, la victoria sin lucha, buenos salarios y perpetuo bienestar. Bajó toda hermosa de las montañas. Y mientras esta leyenda discurría plácidamente por la imaginación del pastor en la cruda hora de la noche que precede al amanecer, surgieron dos luces y pasó otro coche con pescante trasero.

El pasajero de este segundo coche iba vestido igual que el primero, aunque más

mojado a causa de la cellisca caída durante toda la noche; pero un traje de etiqueta es un traje de etiqueta en cualquier parte. El cochero llevaba idéntico sombrero encerado, idéntica capa impermeable que el anterior. Y cuando hubo pasado el coche, la oscuridad se agolpó donde habían aparecido las dos luces, y la nieve cubrió las rodadas, y no quedó otra cosa que las especulaciones del pastor como testimonio de que había cruzado un coche por aquella región de China; poco después, incluso éstas se borraron, y el pastor volvió a sus anteriores leyendas y a la meditación de cosas más serenas.

Y la tormenta y el frío y la oscuridad hicieron un último esfuerzo, y sacudieron los huesos del pastor, e hicieron castañetear los dientes de aquella cabeza que meditaba sobre fábulas floridas; y sobrevino la mañana. De repente se recortaron las siluetas de las ovejas; las contó el pastor: no había venido ningún lobo, saltaba a la vista. Y a la luz pálida de la madrugada, apareció un tercer coche con sus faroles todavía encendidos; y le pareció ridículo a la luz del día. Venían de Oriente como la cellisca, e iban derecho hacia Occidente; y el ocupante del tercer coche iba vestido también con traje de etiqueta.

Tranquilamente el pastor manchú, sin curiosidad, y menos aún con asombro, sino como el que está dispuesto a ver lo que la vida tenga que mostrarle, siguió de pie otras cuatro horas para comprobar si pasaba un cuarto coche. Continuaban la cellisca y el viento de Oriente. Y cuatro horas después pasó otro coche. El cochero lo hacía correr todo lo deprisa que podía, como si tratase de aprovechar al máximo la luz del día, al tiempo que su sombrero de cochero aleteaba violentamente en su cabeza; dentro del coche, un hombre en traje de etiqueta era sacudido arriba y abajo a causa de la desigualdad de la llanura.

Era, por supuesto, la famosa carrera de Pittsburg a Piccadilly, que se efectuaba por el trayecto más largo; había empezado una noche, después de cenar, en casa del señor Flagdrop, y acabó ganándola el señor Kagg, quien llevaba al honorable Alfred Fortescue, cuyo padre, como se recordará, fue Hagar Dermstein, y se convirtió (por otorgamiento) en sir Edgar Fortescue, y finalmente en lord St. George.

El pastor manchú siguió allí, de pie, hasta el anochecer; y cuando vio que no pasaban más coches, regresó a su casa a cenar.

Y el arroz que le habían preparado estaba bueno y caliente, sobre todo después del frío crudo de la cellisca. Y cuando se lo hubo terminado, repasó mentalmente su experiencia, examinando otra vez cada detalle de los coches que había visto; y de ahí, sus pensamientos derivaron serenamente hacia la gloriosa historia de China, volviendo a los tiempos indecorosos, antes de que llegase la tranquilidad, y más allá de esos tiempos, a los días felices de la tierra en que dioses y dragones estaban aquí, y China era joven; y encendiendo su pipa de opio, y dirigiendo fácilmente su atención hacia el futuro, pensó en los tiempos en que han de volver los dragones.

Y durante largo rato, su espíritu descansó con tan serena calma que no se agitó en él un solo pensamiento, y cuando volvió en sí abandonó el letargo como el hombre

que emerge de la piscina, fresco, limpio, contento; y apartó de sus meditaciones las cosas que había visto en la llanura como algo malo y propio de los sueños, o como una ilusión vana, consecuencia de la actividad que turba la calma. Y seguidamente volvió su atención hacia la imagen de Dios, el Único, el Inefable, el que está sentado junto a la flor de loto, cuya imagen es la imagen de la paz, y niega toda actividad, y elevó su agradecimiento al que había arrojado todas las malas costumbres hacia el occidente de China como arroja una mujer la suciedad de su cesta a los jardines vecinos.

De su gratitud, volvió otra vez a la calma; y de la calma, al sueño.

LOS DONES DE LOS DIOSES^[28]

HABÍA una vez un hombre que pensó pedir un don a los dioses. Pues había paz en el mundo y todas las cosas olían a monotonía, y el hombre estaba profundamente hastiado, y añoraba las tiendas de campaña y los campos de batalla. Así que pidió un don a los dioses antiguos. Y presentándose ante ellos, les dijo: «Dioses antiguos: aquí hay paz, en la tierra que habito, y también en casi todas partes, y estamos hastiados de tanta paz. ¡Oh, dioses antiguos, concedednos la guerra!»

Y los dioses antiguos le dieron una guerra.

Y acudió el hombre con su espada, y observó que era una guerra constante. Y el hombre recordó las cosas menudas que conocía, y pensó en los días tranquilos que solía haber; y por las noches, sobre el duro suelo, soñaba con momentos de paz. Y se le fueron haciendo cada vez más queridas las cosas cotidianas, las cosas monótonas y plácidas de los tiempos de paz; y recordándolas, comenzó a pesarle la guerra, y nuevamente deseó un don de los dioses antiguos; y presentándose ante ellos, les dijo: «Oh, dioses antiguos; en verdad, lo que un hombre más estima son los tiempos de paz. Por tanto, llevaos vuestra guerra y devolvednos la paz, pues verdaderamente, de todas vuestras bendiciones, la paz es sin duda la mejor».

Y el hombre retornó a las moradas de la paz. Pero algún tiempo después, volvió a cansarse de la paz, de las cosas que solía conocer, y del olor a monotonía, y añoró las tiendas de campaña una vez más; y presentándose de nuevo ante los dioses, les dijo: «¡Dioses antiguos; no queremos vuestra paz, porque los días se vuelven aburridos, y donde un hombre está mejor es en la guerra!».

Y otra vez le hicieron los dioses una guerra.

Y hubo tambores de nuevo, y humo de fogatas, y viento en el desierto desolado, y ruido de caballos en la batalla, y ciudades incendiadas, y las cosas que saben los merodeadores; y el pensamiento de este hombre volvió a las escenas de paz: el musgo de los prados, la luz reflejada en las viejas torres de los campanarios, el sol en los jardines, las flores en los bosques deleitables, y los sueños y senderos de la paz.

Y nuevamente se presentó el hombre ante los dioses antiguos, y les pidió un nuevo don, diciendo: «Dioses antiguos; en verdad, el mundo y nosotros estamos cansados de guerra, y echamos de menos las viejas escenas y los senderos de la paz».

Así que los dioses retiraron su guerra y le dieron paz.

Pero el hombre se puso a meditar un día, y deliberó consigo mismo largamente, y se dijo: «En verdad, los deseos que pido a los dioses no son muy de desear; si un día me concediesen uno para no revocarlo, que es el modo de proceder de los dioses, sufriría mucho por culpa de ese deseo; mis deseos son deseos peligrosos que no deben ser deseados».

Así que escribió una carta anónima a los dioses, diciendo: «Oh, dioses antiguos; ese hombre que os ha turbado cuatro veces con sus deseos, pidiendo paz y pidiendo

guerra, es un hombre que no muestra respeto por los dioses, y habla mal de ellos el día que no le hacen caso, y bien únicamente los días de guardar y en las horas concretas en que le escuchan. Así que no concedáis más deseos a ese hombre impío».

Y fueron pasando los días de paz y se elevó otra vez de la tierra, como la bruma otoñal de los campos que han arado generaciones, el olor a monotonía. Y fue el hombre una mañana y se presentó de nuevo ante los dioses, y exclamó: «¡Oh dioses antiguos, dadnos otra guerra aunque sea por una última vez, pues quisiera volver a los campamentos y a las fronteras en litigio de las naciones!»

Y los dioses dijeron: «No oímos hablar bien de tu modo de vivir; a nuestro oído han llegado cosas malas de ti, así que no te volveremos a conceder ninguno de tus deseos».

CÓMO LOS DIOS VENGARON

A

MEOUL KI NING^[29]

MEOUL Ki Ning iba al templo de Aoul Keroon, con una flor del estanque de lotos de Esh, a ofrecérsela a la diosa de la Abundancia. Y en el trayecto entre el estanque y el montículo y el templo de Aoul Keroon, Ap Ariph, su enemigo, le disparó una flecha con un arco que se había hecho de bambú, le arrebató su hermosa flor, y fue a ofrecérsela a la diosa de la Abundancia, en el templo de Aoul Keroon. Y complació esta ofrenda a la diosa, como complace a todas las mujeres, y durante siete noches envió gratos sueños a Ap Ariph directamente desde la luna.

Y cuando fue la séptima noche, se reunieron los dioses en cónclave, en un brumoso pico que descuella por encima de Narn, Ktoon y Pti. Tan alto se eleva este pico que ningún hombre oyó sus voces. Y dijeron en aquella brumosa montaña (sin que les oyesen los de la aldea más alta): «¿Qué hace la diosa de la Abundancia? — pero llamándola Lling, que es como ellos suelen llamarla—. ¿Qué hace, enviando dulces sueños siete noches seguidas a Ap Ariph?»

Y los dioses mandaron a su veedor, el cual es todo ojos y pies, que recorriese la Tierra, y observase las conductas de los hombres, incluso sus más pequeñas acciones, sin considerar ninguna demasiado insignificante, dado que la red de los dioses está tejida con los hechos más minúsculos. Él es quien ve al gato en el criadero de periquitos, al ladrón en la cámara de arriba, al niño en culpa con la miel, a las mujeres murmurando en el portal, y las cosas más pequeñas de la más pequeña cabaña. Y de pie ante los dioses, contó el caso de Ap Ariph, y la injusticia hecha a Meoul Ki Ning y el robo de la flor; contó cómo Ap Ariph había cortado un bambú y se había hecho un arco con él, y cómo había disparado una flecha a Meoul Ki Ning, hiriéndole así; y la sonrisa del rostro de Lling al recibir la flor de loto.

Y los dioses se enojaron con Ap Ariph y juraron vengar a Ki Ning.

Y el más anciano de los dioses, que es más viejo que la Tierra, llamó inmediatamente al trueno; y alzó los brazos, y clamó en la alta y ventosa montaña de los dioses, y profetizó sobre aquellas rocas con runas más viejas que el habla de los hombres, y cantó, en su ira, viejas canciones aprendidas en los temporales marinos, cuando sólo ese pico de los dioses, de la tierra entera, estaba seco; y juró que Ap Ariph moriría esa noche, y el trueno estallaría sobre él, y serían vanas las lágrimas de Lling.

Saltó el relámpago de los dioses hacia la tierra buscando a Ap Ariph, pasó cerca de su casa, pero no dio en él. Y bajaba de los montes cierto vagabundo, cantando canciones por la calle vecina a la casa de Ap Ariph, canciones de un antiguo pueblo que vivió en otro tiempo en esos valles, dicen, y mendigando arroz y requesón, y fue

a él a quien hirió el rayo.

Y los dioses quedaron satisfechos: se aplacó su ira, se alejó el trueno, se disiparon los negros nubarrones, y el más anciano de los dioses volvió a su sueño; llegó la mañana, y brillaron las aves y la luz en la montaña; y, claramente a la vista, surgió el pico, la morada serena de los dioses.

LA PLEGARIA DE BOOB AHEERA^[30]

EN el puerto, entre el vapor y las palmeras, cuando, a la salida de la luna, regresaban de cenar los pasajeros del enorme buque, cada uno en su canoa, Alí Kareeb Ahash y Boob Aheera se cruzaron a un tiro de cuchillo.

Tan urgente era la misión de Alí Kareeb Ahash que no quiso desviarse cuando su enemigo se deslizó junto a él, ni detenerse a zanjar aquella cuenta largo tiempo pendiente; pero el que Boob Aheera no hiciese intento alguno de alcanzarle fue motivo de asombro para Alí. Siguió dándole vueltas hasta que las luces eléctricas del vapor se fundieron tras él en un único resplandor, y la canoa estuvo cerca de su punto de destino; porque la sutileza de su mente oriental le decía que no era propio de Boob Aheera pasar de ese modo por su lado.

Alí no comprendía cómo Boob Aheera se había atrevido a presentar una causa como la suya ante el Ídolo de Diamante; pero mientras se acercaba al santuario de oro entre las palmeras que ninguno de los que llegaban en los grandes buques había descubierto jamás, empezó a ver con más claridad en su pensamiento que era allí adonde Boob había ido esa noche calurosa. Y cuando varó su canoa se le disiparon todas las dudas, dando paso a aquella resignación con que siempre contemplaba el Destino: porque allí, en la blanca arena de la playa, estaban las huellas de otra canoa, las marcas de los bordes hundidas y recientes. Boob Aheera había estado en el santuario antes que él. Alí no se culpó de haber llegado tarde: así lo habían dispuesto los dioses, que sabían lo que hacían, antes del principio de los tiempos; sólo que su odio a Boob Aheera, enemigo contra el que había llegado a rezar, iba en aumento. Y cuanto más aumentaba su odio, más claramente le veía; hasta que los ojos de su imaginación no vieron ya otra cosa que su flaca y oscura figura, sus piernas endebles, su barba gris, y el gracioso taparrabo de Boob Aheera, su enemigo.

No podía siquiera imaginar que el ídolo de Diamante hubiera escuchado las plegarias de semejante sujeto; le odió por su presunción de acercarse al santuario, por haberlo visitado antes que él, cuya causa era justa, por los muchos agravios del pasado, pero sobre todo por la expresión de su rostro y el aspecto general de su persona al pasar en su canoa y su doble pala bajo la luz de la luna.

Alí se abrió paso a través de la brumosa vegetación. El lugar olía a orquídeas. No hay sendero hasta el santuario, aunque son muchos los que van. Si hubiese senderos, algún día daría con él el hombre blanco, y acudirían a visitarlo lanchas cargadas de pasajeros, cada vez que llegase un vapor; y aparecerían fotografías del santuario en las revistas semanales, acompañadas de crónicas escritas por hombres que jamás han salido de Londres; y desaparecería todo el misterio y no quedaría nada original en esta historia.

Apenas había avanzado Alí un centenar de yardas entre cactus y enredaderas bajo las palmeras, cuando llegó al santuario de oro que nadie guarda salvo la espesura de

la selva, y halló al Ídolo de Diamante. El Ídolo de Diamante tiene cinco pulgadas de alto, y su base una pulgada cuadrada; y posee más aguas que esos diamantes que el señor Moses le compró el año pasado a su mujer cuando, al ofrecerle un condado o los diamantes, su esposa Jael le respondió: «Cómprame los diamantes y sé el señor Fortescue a secas».

Más puras que las de éstos eran sus aguas, y estaba tallado como no se talla en Europa; y aunque son pobres los nativos y dicen no tener miedo, no quieren vender ese ídolo. Y puedo decir aquí que si alguno de mis lectores llega alguna vez a ese puerto laberíntico donde los fuertes de los portugueses se desmoronan en medio de un verdor infinito, donde el baobab se alza aquí y allá como un cadáver entre palmeras, y desembarca donde nadie tiene intereses que visitar, y donde ningún pasajero de los que llegan en vapor ha puesto los pies (aunque hay poco más de una milla desde el muelle), que yo sepa, y descubre un santuario dorado muy cerca de la playa, y en él un diamante de cinco pulgadas tallado en figura de un dios, será mejor que lo deje y regrese a su barco, y no intente vender ese ídolo por ningún precio del mundo.

Alí Kareeb Ahash entró en el santuario dorado; y cuando alzó la cabeza tras las siete reverencias debidas al ídolo, vio que éste emitía unos reflejos como sólo hace cuando acaba de responder a una plegaria reciente. Ningún nativo de esa región confunde el tono de tal ídolo: conocen tan bien sus diversos matices como conoce la sangre un rastreador; la luna entraba a raudales por la puerta abierta, y Alí lo vio con claridad.

Nadie había estado allí esa noche más que Boob Aheera.

A Alí le creció la furia y se le agolpó en el corazón, agarró el cuchillo y lo apretó hasta dolerle la mano; sin embargo, no pronunció la plegaria que había preparado sobre el hígado de Boob Aheera, porque vio que las plegarias de Boob Aheera eran gratas al ídolo, y sabía que su enemigo contaba con la protección divina.

Ignoraba cuál había sido la plegaria de Boob Aheera, pero regresó a la playa todo lo deprisa que podía caminar entre los cactus y las enredaderas que subían hasta lo alto de las palmas; y con toda la rapidez que podía llevarle la canoa, recorrió el puerto sinuoso, cruzó junto al vapor que iluminaba su entorno, y oyó aumentar y decrecer los sonos de su banda de música; saltó a tierra, y se acercó esa noche a la cabaña de Boob Aheera. Y una vez allí, se ofreció a su enemigo como esclavo. Y esclavo de Boob Aheera ha seguido siendo hasta hoy; y su amo continúa gozando de la protección del ídolo. Y Alí va en canoa a los vapores y sube a bordo de ellos para vender rubíes de vidrio, y ligeros vestidos para los trópicos, y servilleteros de marfil, y kimonos de algodón, y conchas preciosas. Y los pasajeros le insultan a causa de los precios que pide; aunque no deberían hacerlo, porque el dinero que Alí Kareeb Ahash les saca es para Boob Aheera, su amo.



LORD DUNSANY (1878-1957), autor anglo-irlandés injustamente olvidado, fue educado en Eton y luego en la escuela militar de Sandhurst. Combatió en la Guerra de los Boers y en la I Guerra Mundial; posteriormente enseñó literatura inglesa en Atenas. Desarrolló con destreza diversas actividades al margen de su dedicación a la creación literaria, como la caza del león, el críquet o el ajedrez. Escribió más de sesenta libros. En su primera obra, *Los Dioses de Pegana* (1905), se consagró a imaginar una mitología personal que define su actitud literaria.

Como dramaturgo participó junto a Yeats y a Synge en el desarrollo inicial del «Teatro de la Abadía» en Dublín; su primer estreno fue *The Glittering Gate* (1909). También publicó ensayos, traducciones, poemas y un relato autobiográfico, *Patches of Sunlight* (1938).

Notas

[1] Título original: *The Gods of Pegana* (1905). <<

[2] Título original: «Time and the Gods» (*Time and the Gods*; 1906). <<

[3] Título original: «The Coming of the Sea» (*Time and the Gods*; 1906). <<

[4] Título original: «The Secret of the Gods» (*Time and the Gods*; 1906). <<

[5] Título original: «In the Land of Time» (*Time and the Gods*; 1906). <<

[6] Título original: «The Vengeance of Men» (*Time and the Gods*; 1906). <<

[7] Título original: «Night and Morning» (*Time and the Gods*; 1906). <<

[8] Título original: «The Dreams of a Prophet» (*Time and the Gods*; 1906). <<

[9] Título original: «The Men of Yarnith» (*Time and the Gods*; 1906). <<

[10] Fin. <<

[11] Título original: «The Sword of Welleran» (*The Sword of Welleran*; 1908). <<

[12] Título original: «The Highwayman» (*The Sword of Welleran*; 1908). <<

[13] Título original: «In the Twilight» (*The Sword of Welleran*; 1908). <<

[14] Título original: «The Ghosts» (*The Sword of Welleran*; 1908). <<

[15] Título original: «The Wonderful Window» (*The Book of Wonder*; 1912). <<

[16] Título original: «The Hoard of the Gibbelins» (*The Book of Wonder*; 1912). <<

[17] Título original: «The Man with the Golden Earrings» (*Fifty-One Tales*; 1915). <<

[18] Título original: «The Assignation» (*Fifty-One Tales*; 1915). <<

[19] Título original: «Thirteen at Table» (*Tales of Wonder*; 1916). <<

[20] Título original: «The Three Sailor's Gambit» (*Tales of Wonder*; 1916). <<

[21] Título original: «The Three Infernal Jokes» (*Tales of Wonder*; 1916). <<

[22] Título original: «The Loot of Loma» (*Tales of Wonder*; 1916). <<

[23] Título original: «The Watch-tower» (*Tales of Wonder*; 1916). <<

[24] Título original: «The Bird of the Difficult Eye» (*Tales of Womder*; 1916). <<

[25] Véase en cualquier diccionario, aunque es inútil. <<

[26] Título original: «The Exiles' Club» (*Tales of Wonder*; 1916). <<

[27] Título original: «East and West» (*Tales of Three Emispheres*; 1919). <<

[28] Título original: «The Gifts of the Gods» (*Tales of Tíree Emispheres*; 1919). <<

[29] Título original: «How the Gods Avenged Meoul Ki Ning» (*Tales of Three Emisspheres*; 1919). <<

[30] Título original: «The Prayer of Boob Aheera» (*Tales of Three Emispheres*; 1919).

<<